

Bárbara Blasco

DICEN LOS SÍNTOMAS



Lectulandia

Aunque Virginia nunca ha mantenido una buena relación con su padre, se siente obligada a visitarlo a diario y a hacerle compañía cuando este es ingresado gravemente enfermo en una clínica de Valencia. Para ella, obsesionada con las dolencias, los síntomas se revelan más sinceros que las palabras. En esa habitación de hospital se ponen a prueba los vínculos con su madre y con su hermana, precisamente en un momento crítico en la vida de Virginia, para quien la maternidad empieza a ser una urgencia. Un nuevo paciente, un hombre enigmático y no carente de atractivo, ocupa entonces la cama vecina. Al principio Virginia apenas cruza con él algunas palabras de cortesía, pero, poco a poco, los dos traban una complicidad ajena a la asepsia del hospital, y acaban creando un pequeño espacio compartido, un lugar en el que cobijarse. Y en el que tal vez, cuando todo esté perdido, surja algo inesperado y auténtico.

Bárbara Blasco

Dicen los síntomas

ePub r1.0

Titivillus 01.05.2021

Bárbara Blasco, 2020

Ilustración de la portada: *At the Four Points*, óleo sobre tela. © Vincent Giarrano

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Kike Parra

¿De dónde procede la cultura? Os lo diré, procede de la enfermedad. Todos los grandes artistas, Goethe, Schiller y Jean-Paul Sartre, todos lo han dicho.

KATHY ACKER

Revolotea una gran agitación alrededor de la muerte. Enfermeros, médicos, auxiliares se mueven con diligencia, sin titubeos. La medicación de las ocho, la de las cuatro, la de las doce, el cambio de gotero, el cambio de bolsa, bolsas transparentes que contienen líquidos, líquidos dorados, cobrizos, impúdicos. La cuña, el lavado de genitales, levantar el cuerpo en un, dos, tres. A la muerte se la ahuyenta con ritmo. Bandejas con puré de verduras, con pescado hervido, con yogur desnatado, con pechuga a la plancha. A la muerte le pirra la grasa. Todo parece consistir en aguardarla con orden germano, para así tratar de despistarla, como si la rutina pudiera vencerla, como si la inmortalidad se compusiera de pequeñas acciones cotidianas enlazadas una tras otra sin fin. Como si eso no se pareciera sospechosamente al infierno.

—Parece que por fin ha llegado tu hora —le susurro.

Tiene el aspecto de un anciano Leonardo, apoyado sobre la baranda del tiempo, meditando. La luz lechosa que entra por la ventana empapa su barba, sus cabellos más sedosos que nunca, más blancos que nunca, líquenes derramados sobre la roca sumergida.

No responde. Hace dos días que no habla, que ha entrado en un estado comatoso que bien podría confundirse con la paz interior. Yo creo que ha optado por cerrar los ojos como la única forma de permanecer dentro cuando ya todo lo suyo quedó fuera: sus líquidos, su resistencia, su dignidad. Los párpados son esa última persiana que puede echar.

—¿Tienes miedo ahora? Di, ¿tienes miedo, cabrón?

No responde. La enfermera entra y revisa tubos, revisa niveles, revisa constantes. Su culo redondo y blanco va y viene ante mis ojos. La asepsia es importante, aquí el blanco es importante. Las paredes son blancas, la mesita de noche blanca, la cama blanca, las sábanas, las pastillas son blancas. Aunque también las hay rosas. El silencio es blanco.

Observo sus arrugas de cerca, suavizadas desde que cerró los ojos. Y recuerdo la frase de Tolstói en su lecho de muerte: «No entiendo qué se supone que he de hacer ahora». Eso deberías hacer ahora: dudar.

Y de pronto un grito espeluznante, que no proviene de su boca en pausa sino de la anciana de la cama de al lado que, incorporada como una momia

recién resucitada, chilla con los huesos por fuera de la bata, y el pelo ralo levantado, sosteniendo una única nota en su garganta.

Pero es imposible que me haya oído, si está completamente sorda y en estado senil, si a diario asistimos al desquiciante espectáculo de una hija obesa que le grita que si hervido o lentejas, que si merluza o pollo. Veinte minutos de berridos inhumanos para elegir el menú. Y en la sobremesa, las voces de la telenovela retumbando atronadoras como patios de colegio.

Me mira, la miro. Somos dos seres perplejos mirándose, uno con sonido y el otro mudo, los dos igual de monstruosos e incongruentes. Ya sopeso la idea de hacerla callar a cualquier precio, con la almohada si es preciso, cuando, de pronto, la anciana se desploma, y el silencio se posa con la delicada velocidad de una araña descendiendo del techo. Un silencio tan frágil que casi no me atrevo a respirar en él.

Parece dormir ahora, ajena al terrible espectáculo que acaba de protagonizar.

El mundo antes del grito se me aparece como un recuerdo borroso ya.

Y cuando vuelvo la vista hacia él, noto que algo ha cambiado en su rostro, su piel brilla más que antes, un aura de luz envuelve su busto de piedra. Tal vez esté deslumbrada. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir. No, hay algo distinto, sutil, apenas perceptible. Permanece en la misma posición, no se le ha movido ni un pelo, y sin embargo su expresión ha cambiado. Sí, el muy bastardo está sonriendo.

Estoy a punto de derrumbarme cuando entra mamá.

—¿Ha pasado el médico?

Niego con un gesto. La enfermera huesuda asoma la cabeza por la puerta.

—¿Todo en orden por aquí?

—Todo bien —miento.

—Hay que ver cómo está la cafetería a estas horas —se queja mamá.

No parece advertir nada raro en el convaleciente ni en la anciana de la cama de al lado. Mamá tiene migas alrededor de la boca. Se las limpio con rectitud, como a una niña de párvulos de la que tanto se espera en la vida.

Sus ojos son dos estanques turbios, en cuyo fondo se adivina un lodo que nadie sabe a ciencia cierta a qué distancia está. Si la morfina pasara por sus manos, se la inyectaría sin dudarlo. Tiene que conformarse con las drogas que le suministra el psiquiatra, Escitalopram para levantar el ánimo, Orfidal para dormir, Tranxilium para mantener a raya el nervio cuando está despierta. El resultado es que no duerme del todo bien de noche, ni está del todo despierta durante el día.

—El médico nunca pasa antes de las once —le recuerdo.

Por supuesto, su estado semizombi no le impide zamparse dos cruasanes de los grandes para desayunar, buscando saciar a esa bestia hueca que le crece dentro. Tampoco la incapacita para las tareas prácticas de hospital, como colgar la chaqueta en la percha, acomodar el bolso en la repisa de la ventana, su sitio definitivo en este escenario provisional, o doblar la mantita en cuatro cada mañana para colocarla sobre el brazo del sillón de tortura donde duerme. El orden y la rutina vencerán a la muerte, sin duda.

—¿Tú sabes si le están dando la medicación para el colesterol? —pregunta.

—¿Y qué más da el colesterol ahora, mamá?

Me mira como a un monstruo.

—Qué dura eres —se lamenta, como si esa fuera la mayor de sus preocupaciones.

Pero ante la irrupción del médico, se traga la retahíla de reproches que cuelga de su garganta. No es el doctor del otro día, de perilla y aire juanramoniano, sino un hombre joven, moreno, atractivo: el representante supremo del blanco en la Tierra. Sonríe con unos dientes blanquísimos, inmaculados. Cada uno de sus gestos lo propulsa a años luz de esta habitación de hospital, lejos de nuestras opacas miserias, de la turbia indignidad de los cuerpos defectuosos.

Cuando pasa junto al enfermo, le da dos palmaditas a la sábana, a la altura de la pierna, como si fuera un muchacho convaleciente por una rotura de ligamentos, y no un viejo en coma.

—Sigue grave, la situación no mejora —dice— debido a la insuficiencia hepática, el sistema de coagulación del cuerpo se ha deteriorado y es posible que alguna de esas hemorragias sea la causante del coma vegetativo. —Sus ojos son oscuros, persuasivos como el lomo de un animal salvaje, la mandíbula recortada a viriles machetazos, una barba incipiente que no ensucia su aspecto, al contrario, resalta aún más el blanco de su dentadura—. La ictericia, ese color amarillo sobre todo en los ojos, y el edema en el vientre son síntomas del daño cerebral. Habrá que esperar, pero... —Aprieta la mandíbula en señal de gravedad, dibujando dos hoyuelos encantadores— todo apunta a que nos encaminamos hacia un fallo multiorgánico.

Qué guapo es. Mamá lo mira como si esa jerga misteriosa con la que se expresa nada tuviera que ver con nosotros. Se niega a decodificar sus palabras, como si así pudiera mantenerse a salvo de su significado. Casi temo que le pregunte: Y mi marido, ¿cómo está?

—Fallo sistémico —recalco yo, para demostrar que he entendido, que no solo entiendo palabras como multiorgánico, sino que alcanzo a emplear sinónimos, y no como nuestros vecinos de habitación, incapaces de repetir la palabra *catéter*.

El médico asiente.

—Supongo que es cuestión de tiempo pero... ¿sufre? —Ahora lo miro directamente a los ojos, disfrutando de esa suerte de intimidad acelerada que nos regalan los hospitales.

—No tiene aspecto, ¿verdad?

Y los tres miramos al convaleciente y quedamos atrapados en su burbuja luminosa, en esa dimensión plácida en la que él flota desde hace unos días, y que convierte la muerte en algo tan leve como la vida, algo incluso mejor que la vida.

—En cualquier caso, nuestro trabajo consiste en evitar, en la medida de lo posible, su sufrimiento.

Y le da otra palmadita a la pierna incólume del paciente, afianzando así la tácita complicidad entre ellos, una complicidad que de pronto me repugna. Se va a ir sin sufrir, va a conseguirlo.

—¿Ves? Si en el fondo te preocupas por él —dice mamá en cuanto nos quedamos a solas.

Hay una ternura siniestra en sus pupilas de gelatina.

La salud es sin duda el mayor de los misterios. Existen saludes ferrosas, que se quiebran con una corriente de aire, y enfermos de cristal fino, crónicos, que nos sobrevivirán a todos.

Mamá, por ejemplo, setenta y cuatro años, extracción de amígdalas a los doce, fiebre de Malta a los veintiocho, un aborto natural y dos partos, uno de ellos con hemorragia y riesgo por su vida —no fui yo—, una depresión diagnosticada a los cincuenta y seis, hernia discal a los sesenta y dos, ciática, algo de artritis —me matan los días así, nublados— y un porfiado estreñimiento que la ha acompañado a lo largo de su vida, una vida entera de supositorios de glicerina, de salvado en el yogur, de laxantes de todas las formas y colores, para ayudar a esas heces a encontrar el camino de salida.

Tras un novio diabético, hace ya casi medio siglo, lo conoció a él, setenta y ocho años, ninguna enfermedad diagnosticada más allá del egoísmo patológico, que no afecta al portador sino a sus convivientes. Miento, a los trece años, una apendicitis estuvo a punto de mandarlo al otro mundo. A partir de entonces, un desierto de salud, una inmunidad descorazonadora, psicopática. Carajillos con medida, habanos con medida, grasas saturadas con

medida. Ni azúcar, ni úlcera, ni hipertensión, solo un poco de colesterol pasados los sesenta y cinco. Su muerte va a ser una película sin un anuncio previo antes del estreno.

Y ella, la mujer de las mil teclas, la coleccionista de síntomas, va a sobrevivirlo. Pero ni siquiera es capaz de hacer una lectura victoriosa del hecho, de celebrar que la historia de los cuerpos, que es la historia de lo físico, que es la historia de los hechos en definitiva, vaya a darle la razón.

Todo síntoma es una metáfora, ya lo dijo Lacan. Trato de descifrar la poética de mamá, los versos ocultos entre sus quejas. Lo cierto es que cada día me caen más gordos los psicoanalistas.

Anoto en mi libreta:

La enfermedad parece un arte abstracto pero es figurativo.

La oigo suspirar en su silla, como una carcasa vacía ya, y me pregunto cómo se las ingeniará para existir sin él, para seguir girando cuando su luz se extinga, tras cincuenta años siendo su sombra. Si orbitará alrededor de su recuerdo, como un planeta al que los astrofísicos le han arrebatado la categoría.

La maldad nos sobrevivirá. Leí en Facebook que la primera línea de células inmortales descubiertas pertenece a una mujer, Henrietta Lacks, que en 1951 fue ingresada por una hemorragia vaginal. Padecía un cáncer de cuello de útero muy agresivo que se la llevó a la tumba poco tiempo después. Se le realizó una biopsia y se guardaron parte de esas células cancerígenas. Lo insólito es que llevan más de setenta años reproduciéndose sin cesar, sin necesidad de un cuerpo que las sostenga. Cada veinticuatro horas, nace una nueva generación de células malignas, todopoderosas, inmortales, sin que nadie acierte a explicar por qué.

—¿Qué hora es? —pregunta mamá.

—Once y veinte.

Las horas discurren lentas en el hospital, pero los días se suceden veloces. Solo poseemos tiempo aquí, tiempo por los cuatro costados. Abandonadas a él, jugamos a pasarnos los minutos la una a la otra, como una pelota abandonada en la playa.

Las dos sabemos que este juego acabará en la palabra muerte, como todos los tiempos. Lo sabemos y lo ignoramos a la vez. Ella por miedo —salta por encima de la palabra con agilidad de turista sobre un charco—, yo por falta de fe: me cuesta creer que él vaya a desaparecer definitivamente.

Cómo limpiar tu hígado bebiendo zumo de limón. A María José Abellán le ha gustado esto. Me maravillan los hitos que alcanza la estupidez humana. Detesto a los *hierbas*, en general a todo aquel que pretenda salvarnos colectivamente y no de uno en uno. Y, sin embargo, pincho en el enlace y leo: medio limón en un vaso de agua media hora antes de desayunar, medio limón en un vaso de agua poco antes de dormir, sigue este tratamiento a lo largo de una semana y descansa la siguiente para que tu hígado se regenere por completo.

Veo imágenes de uñas afiladas, garras que se sumergen en ríos viscosos y dibujan ondas de colores irisados, espirales hipnóticas. Veo gatitos, veo bebés adorables, veo rostros de mujeres que se maquillan con pericia, que hacen de la belleza alta tecnología, y cuando terminan su obra, miran a cámara con cara de descerebradas. Las desprecio y las veo.

—Ya estás otra vez enganchada al aparatito —dice mamá.

—Te he explicado mil veces que no es un aparatito, que se llama Internet, un pequeño invento que ha cambiado a la humanidad, no sé si te suena... Conecta a millones de personas a través de la red.

—Ay, como los adolescentes, todo el día enganchada.

—Que no estoy enganchada —protesto.

Pero no se puede nada contra quien sujeta la razón con firmeza, por raquítica que sea esa razón. Como si ella fuera la más indicada para ir dando lecciones.

—Como si tú fueras la más indicada para hablar de adicciones.

Ahora compone una expresión de indignación tan exagerada que está a punto de darme la risa.

—Lo que me faltaba por oír.

Voy a replicar cuando revienta una burbuja del Messenger y aunque sé que estamos en plena discusión y no debo mirar el móvil, no debo mirarlo, lo miro: «¿Cenamos esta noche?».

No reconozco el perfil, esa imagen en blanco y negro. Abro el mensaje con ansia para identificar una barba exageradamente hípster, unos ojos claros.

Y ella concluye, victoriosa:

—¿Tú lo ves? Enganchada al aparatito. Ni una conversación se puede mantener contigo.

Y no puedo sino darle la razón. Se trata de un cliente del bar, un asiduo con el que no he compartido más que banales conversaciones de barra.

—¿Y no va a venir hoy tu hija predilecta? —contraataco.

—No digas tonterías.

—Sí, ya sé que es tontería esperar su presencia.

—No digas bobadas —repite—, la pobre Esther hace lo que puede, ya tiene bastante con los niños. Ha dicho que pasará luego...

Tecleo: «¿dónde y a qué hora?».

Por supuesto, Esther apenas puede deleitarnos con su presencia porque es madre de dos niños que ocupan todo su tiempo, dos niños trinchera, dos niños excusa, dos niños centro del universo, que nos convierten al resto en suburbio, en miserable periferia. La realidad es que a Esther, este aire viciado de hospital no le sienta bien, corrompe sus pulmones, mustia su cutis, le opaca el cabello. Esther ha nacido para algo más que para pudrirse en un hospital.

No recuerdo cuándo se convirtió en mandamiento familiar proteger a Esther, supongo que a raíz de la enfermedad. Pasó a ser un objeto precioso que había que resguardar de las inclemencias de la realidad, qué importaba si para ello había que sacrificar a algún otro miembro de la familia menos perentorio.

Puede que no se vendan bien las esculturas de Esther, pero qué delicadeza en sus figuras de aire *fauve*, en esos brazos danzarines terminados en punta, tendentes al infinito, que apuntan lejos, tan lejos como empujan a Esther de este hospital. El caso es que no sabe esculpir manos ni pies, por eso las puntas. Siempre mostró gracia para los rostros, para las expresiones, para los torsos, pero las extremidades le quedan como apéndices muertos, postizos demasiado grandes o demasiado pequeños, que remiten a engendros deformes. Por eso las puntas.

A los ocho años, Esther padeció una meningitis que superó sin secuelas pero que casi le cuesta la vida. A partir de entonces, se desplegó sobre ella un escudo sobreprotector. Niña endeble, a todas partes iba con su angustia amarilla y su caja de rotuladores de dos pisos. Le bastaba alegar un leve dolor de cabeza para eludir el colegio, si decía que no le apetecía bañarse, respetaban su deseo. No había que contrariar a Esther bajo ningún concepto. Yo sospechaba que a menudo fingía sus síntomas, pero no podía probarlo.

Aquella niña tímida desembocó en una adolescente de mirada lánguida, pómulos pronunciados y talle cimbreante. Se hizo hermosa, se hizo artista. Cuando vimos *Mujercitas*, apretados en el sofá de escay, todos aceptamos que ella era Amy, que moriría joven, de melancolía o de cualquier otra causa por la que mueren las jóvenes de pupilas aguadas. Y hasta que llegara el momento, había que darlo todo por ella, había que sacrificarse por la etérea Amy, por la efímera Esther, a un paso de disolverse entre la niebla.

De esto hace ya más de veinte años. Esther apenas coge un resfriado. No la han operado nunca, nunca ha estado ingresada. Padeció una neumonía sin complicaciones a los veintitrés, eso es todo. Se casó con un ingeniero de telecomunicaciones con el que ha tenido dos hijos, niño y niña, dos embarazos ejemplares, dos partos en cuyo relato no cabe ni la placenta, ni las heces previamente expulsadas, ni las hemorroides. Esther va al gimnasio, Esther no fuma, Esther apenas bebe. Esther toma litros y litros de té verde, de boldo y de hierbaluisa. Esther ingiere fruta y verdura ecológica en cantidades obscenas, y brotes de alfalfa y pan de centeno de masa madre y quinoa. Esther conserva una indolente mirada de miope, como si la felicidad la pillara desprevenida y a la vez le viniera de paso.

—Entonces, ¿a qué hora viene Esther? —insisto.

—En cuanto pueda, ya hace bastante con venir, la pobre.

—Es por si aún pillaba el súper abierto, que no tengo nada en la nevera.

—Pues claro, ve tranquila.

Miento. Lo que quiero es ducharme y acicalarme sin prisa para mi cita de esta noche.

La anciana de la cama de al lado continúa sin abrir los ojos cuando la luz naranja de un sol cansado, a punto de tenderse como un caballo sobre la loma, me chiva que son cerca de las ocho.

Tengo la sensación de que los tumbados forman equipo en este partido, se comunican en silencio, igual que mamá y Esther, que también hablan un idioma privado que solo ellas conocen.

Recuerdo haber leído que Virginia Woolf veía a los enfermos como a desertores del ejército de los erguidos que, por tener su propia batalla que librar, la del cuerpo, rehúsan participar en ninguna guerra. Los tumbados como los más radicales pacifistas.

También decía que son los que mejor saben mirar el cielo, a los convalecientes les crece un extrañamiento en la mirada que hace renacer el mundo ante sus ojos. Pero ¿y los que están en coma, Virginia? ¿Qué pasa con ellos?

Me despido de mamá con un beso que no llega a rozar su mejilla.

Cubro mi boca con el fular y atravieso los pasillos del hospital, voy leyendo los carteles que indican las especialidades, los quirófanos, las salas de espera, avanzo de pantalla en pantalla, buscando alcanzar el nivel final, el que da acceso a la realidad. Paso junto a una familia de gitanos congregada alrededor de la máquina de café como si fuera un fuego, a punto siempre de arrancarse con un cante. Alegres y ruidosos, juegan a confirmar el estereotipo,

no sé si dentro o fuera de mi cabeza, armados con cadenas de oro, zapatillas de andar por casa recubiertas de plumas, las lorzas asomando entre el algodón y la licra, y están unidos de forma tan ostentosa que me provoca envidia.

Sigo mi camino, busco en cada espalda de bata blanca al médico guapo. Me decepciono cuatro, cinco, siete veces.

Por fin salgo a la insignificancia de la calle donde todo parece irreal.

—Tienes unos pechos firmes aún.

En sus palabras he visto bocas que succionan con ansia, pezones como manguitos de goma, duros, plásticos, invencibles. Y una gota de leche que chorrea, triunfante.

Aún es la palabra central de su frase, un perfume de vieja dulzón que permanece en el ambiente.

Es alto, algo más de metro noventa. Solo ha dejado de tocarme para desvestirse él mismo, con movimientos precisos. Se ha desabrochado los botones de la camisa a cuadros con una sola mano, ha desatado los cordones cruzados de sus botas con un único movimiento. Me ha besado, con cariño de robot me ha besado, con la misma mecanicidad que guía todos sus actos, como si una orden anterior a su voluntad le imprimiera determinación a sus acciones pero no verdadera intención. Sospecho sin embargo que es de los que no dudan cuando una página les pide que escriban un *captcha*: demuestre que no es un robot.

Está orgulloso de su cuerpo. De sus hombros anchos como el manillar de una bici, de sus espaldas, de sus bíceps. Y aunque está bueno, no dejo de pensar en esa probable úlcera, en el gesto amargo de acariciarse la tripa en la sobremesa.

Úlcera y narcisismo como dos puntos que pertenecen a una misma línea.

En la cena no ha parado de hablar. Me ha contado de su afición al montañismo, de la tremenda emoción al contemplar la visión picada de la tierra, allá arriba, en la cima del monte Cervino, en los Ojos del Salado. Argentina, ha aclarado con esnobismo de viajero.

—¿Algún ochomil? —he preguntado, tratando de parecer interesada.

—Eso son palabras mayores —ha respondido.

Y he visto a un niño al pie de una enorme montaña cuando lo decía.

Me ha contado de los negocios millonarios que se tejen allá en el Everest, de la locura coronadora que lleva a diletantes a gastar ochenta mil euros por jugarse la vida, bien provistos, en su locura, de guías locales.

Me ha hablado de refugios, de compañerismo, de las mejores latas de conserva, de los mejores calcetines, los que nunca se mojan, de una afición en suma que más tarde han confirmado sus gemelos, duros como panes de una semana.

Me ha contado lo que le dijo hace unos días a una clienta del banco, una limpiadora: que reclamara la cláusula suelo de su hipoteca. Se lo advirtió en un susurro —yo no te he dicho nada—, cuando el subdirector andaba distraído. Él, un hombre de altura, solidarizándose con la cláusula suelo de la barrendera. Satisfecho, ha bebido un trago de vino.

No ha dejado de hablar durante la cena. Me ha contado que a los doce años ganó un concurso de inventos de su colegio, en un pueblo de la Ribera del Júcar, y viajó a Santa Cruz de Tenerife con todos los gastos pagados. Él, que es de montaña. Me ha contado que el sol le quemó la piel y que por la tarde, cuando subió al escenario a recoger el premio, se quedó en blanco. Tenía que pronunciar ante el auditorio unas palabras de agradecimiento que llevaba escritas en un papel, pero fue incapaz de leer una sola frase, de articular una sola palabra.

Lo he imaginado con la misma barba hípster de ahora y el uniforme de colegial, como un cabezudo de feria recogiendo su premio. Acto seguido, ha bebido vino como un colegial imberbe.

Y ha seguido contando, ocupando uno a uno todos los espacios vacíos con sus palabras, transformándome en escenario mudo donde desplegar su actuación.

Ya en la calle, ha propuesto subir a mi casa —no queda lejos, ¿no?—, en su afán incansable de seguir escalando, con el tono de la voz, con la aproximación corporal cada vez más osada.

—No, no queda lejos —he admitido con pasividad de cima.

Mi piso es funcional, aunque también podría definirse como deprimente. Claro que él no es de los que se fija en los detalles, en que no hay cortinas, ni cuadros, ni alfombras, y sí platos por lavar en la pila, y mugre silenciosa y verde creciendo en las juntas de las baldosas.

Solo ha dejado de hablar para gemir, no de forma grotesca, más bien como un roedor de tamaño mediano. No ha abierto los ojos durante el acto, se ha derramado sin apenas ruido. No ha proferido piropo alguno salvo el *aún* de tus pechos. Un *aún* que sigue marcando el ritmo, un minuto antes de que se desborde la nostalgia.

—Debe de ser bonito contemplar el mundo desde ahí arriba.

—Es una sensación que no se puede explicar con palabras. Hay que vivirla.

—¿Y cuánto dura? ¿Cuánto tiempo permanece uno allá en la cima, disfrutando de las vistas?

—Pues no hay un tiempo establecido.

—Ya, pero ¿cuánto suele ser lo habitual? ¿Cinco, diez minutos, media hora? ¿Cuándo sabe uno que ha llegado el momento de bajar?, ¿hay algún tipo de convención al respecto?

—Pues depende, no sabría decirte...

—¿O alguien, cualquiera, propone: bajamos ya? Quiero decir, ¿es una decisión consensuada o en toda expedición hay alguien que manda y que establece el tiempo de subida, el de permanencia en la cima, el de bajada? Y sobre todo, ¿cuánto de media se disfruta de esa vista del mundo?

Ahora me mira como si nos halláramos a cinco mil metros de altitud y le estuviera preguntando por la boca de metro más cercana.

—No entiendo la pregunta, no sé adónde quieres llegar.

Tal vez ha entrevisto alguna alusión metafórica al clímax sexual en mis palabras, algún reproche oculto en el subtexto. Me apresuro a aclarar:

—Estoy pensando en montañas, solo en montañas.

Pero eso solo lo empeora. Se ha puesto serio, adopta un tono crispado:

—No hay un tiempo establecido, coronas y bajas. Punto. Depende de la situación atmosférica, de la hora que sea, normalmente no puedes demorarte mucho porque las montañas además de subirlas, hay que bajarlas. Las cimas no son miradores, no sé si te haces cargo —dice con ironía.

—Ya..., pero por tu experiencia, ¿cuánto dirías que es de media? Supongo que más bien cinco minutos que treinta, ¿no?

A estas alturas, necesito un número, una cantidad física mensurable, un valor objetivo al que aferrarme. Un maldito número.

Sus brazos cruzados sobre el pecho expresan un claro rechazo.

Tampoco yo entiendo su afán de despreciar la muerte por una postalita cenital del mundo, por sacudirse la adrenalina de niño pijo. ¿Por cuánto exactamente? ¿Cinco, diez, quince minutos de placer en la cumbre? ¿Media hora? ¿Cuánto?

Ni se molesta en contestar.

—Es que de pronto me ha parecido que hay algo triste en ese momento, algo melancólico en el gesto de emprender la bajada tras haber alcanzado la cumbre, sin transición. Quiero decir que no hay nada que separe la gloria del descenso, no hay una meta que cruzar, ni una legión de seguidores

aplaudiendo entusiasmados, ni siquiera un tiempo establecido para disfrutar del éxito.

Ahora me mira con asco. Tal vez hubiera sido mejor hablarle abiertamente de sexo, de la inconveniencia de ir directo al mete saca, sin una lengua que antes recorra el camino. Claro que mis prioridades ahora difieren bastante del placer.

—No tiene nada de triste —replica—, has coronado, es un triunfo.

—¿Y nadie ha querido quedarse allí, nadie se ha aferrado a la cima, ninguno ha enloquecido, aunque solo sea por la falta de oxígeno, o por el tremendo esfuerzo, sobre todo en esas montañas tan duras?

—Pues no, que yo sepa. Precisamente en esas montañas, cualquiera es consciente de que permanecer arriba más de la cuenta es un suicidio. Una cima no es un mirador, no sé si te haces una idea.

Otra vez el mirador. Hay una rabia contenida en su voz. Solo espero que la paciencia no sea una cualidad que se transmita genéticamente.

—Ya, bueno, solo me preguntaba si conocías alguna historia, por curiosidad.

Lo importante es que parece sano, que no fuma, que bebe con moderación, que tiene una constitución atlética, fibrosa, un aspecto saludable salvo por la úlcera. Rezo por que no exista ninguna enfermedad congénita en su familia, aunque ya es tarde para pensar en ello.

Esther dice que soy hipocondriaca pero no es verdad. Si lo fuera, no tendría relaciones a pelo con desconocidos. Es solo que me interesa la enfermedad, que no consigo olvidar el sentido trágico de la existencia, el hecho de que mi cuerpo quiere acabar conmigo y finalmente va a conseguirlo. Que camino hacia la decrepitud, que se me caerán los dientes, como pinzas de tender desde un séptimo piso, con el ruido insignificante que hacen las cosas importantes al caer. Que me arrastrarán unas piernas mordidas por la artritis, que borrachos indigentes acamparán en mi hígado. Y a pesar del drama, encuentro cierta poesía en la enfermedad, cierta belleza jubilosa en la decadencia.

—¿Sabes?, un primo de mi madre, vasco, deportista, montañero, fuerte como un camión, empezó a padecer insomnio de la noche a la mañana. Pensaron que tenía problemas en el trabajo, tal vez el estrés le robaba el sueño. Pero iban pasando los días y él seguía sin dormir. Pensaron que tenía una aventura, un hijo ilegítimo. Pasaron más días y él seguía sin pegar ojo, y no era una hipérbole, literalmente no dormía ni un minuto, no reiniciaba el sistema, se había borrado la transición entre los días. Pensaron que sufría una

depresión, de causa impronunciable, como casi todas las depresiones, que se negaba a confesarse el problema incluso a sí mismo. El pobre hombre visitó médicos, visitó psicólogos, psiquiatras, tomó toda clase de tranquilizantes, de somníferos, de hipnóticos. Pero seguía sin poder dormir, ni un solo minuto. Enloqueció. Sus pupilas se contrajeron, la presión sanguínea aumentó, hasta que alcanzó un estado de letargo. Tras varias semanas sin dormir llegó a tal punto de agotamiento que ya no podía caminar, ni hablar, ni pensar. Estaba completamente ido, lobotomizado por la vigilia. A esas alturas, al menos, su familia sabía que no se trataba de un problema psicológico, sino de algo mucho más grave. La fase final del insomnio lo llevó a un coma profundo y sin retorno. Por lo visto, padecía una enfermedad genética degenerativa muy rara llamada *insomnio familiar fatal*. La sufren muy pocas personas en el mundo. Aparece un día, en la edad adulta, sin haber manifestado antes ningún síntoma y todo termina en pocas semanas. No tiene cura. Una noche no puedes dormir y es el principio del fin.

—Joder, qué miedo. ¿Y tú podrías haberla heredado?

Y tanto, desde que vi el documental en televisión, cuando no consigo conciliar el sueño siempre pienso que se ha activado la enfermedad.

—Realmente era el marido de la prima de mi madre, no compartimos genes.

Respira aliviado, como si estuviera a salvo del contagio.

—Y en tu familia, ¿ha habido alguna enfermedad rara?

—No, que yo sepa. Pero al mejor amigo de mi padre, de la noche a la mañana le diagnosticaron una ELA. Fue un palo ver cómo se le doblaban las manos, cómo iba perdiendo fuerza, él, que había sido un *crack* en baloncesto. Cuando yo era pequeño...

—Pero en tu familia, nada, ¿no?

No me interesa el sentimentalismo de la enfermedad.

—No, en mi familia no.

Esther confunde mi interés por las dolencias, que intente comprender el mundo a través de ellas, con la hipocondría. Solo porque me gusta reflexionar acerca de las patologías, porque la mayoría de las veces me parecen más sinceros los síntomas del cuerpo que las opiniones de quienes los habitan. Porque encuentro que no hay trampa en ese lenguaje físico emancipado de la hipocresía social.

Si tuviera que escoger un único aspecto para estudiar la historia de la humanidad, solo uno, elegiría sin duda la historia de las enfermedades. Claro que Esther hasta se niega ya a oír de mi boca los partes médicos por si he

sembrado en ellos alguna mina que pueda estallarle entre las manos. Sostiene que, ante cualquier mención de enfermedad, hasta los silencios los cargo de paréntesis, de subtítulos y de glosas, que de cualquier dolencia extraigo conclusiones y construyo teorías, que completo casillas de un crucigrama imaginario que yo misma he creado y cuya resolución invariable es muerte. Que estoy obsesionada con la enfermedad y con la muerte. Vaya tontería.

Solo porque una vez se me ocurrió conectar la diverticulitis de su amiga Nati con el trabajo de contable de su marido. Hay que ver cómo se puso, como si no fuera evidente la relación. Y el año pasado la operaron de almorranas por si te interesa, me respondió en un tono airado, totalmente fuera de lugar. Fue muy desagradable, sobre todo para su amiga, que, estoy segura, no necesitaba compartir ese dato conmigo.

Realmente no entiendo cómo a alguien puede no interesarle ordenar los datos que escupe la realidad a través de los cuerpos.

Recuerdo que esas navidades, en un alarde de ingenio vengativo, Esther me regaló *El enfermo imaginario*, de Molière. Oh, me encanta, lo leí en el instituto, pero esta edición es preciosa, le agradecí. Y tomé la mano que yo le había traído como regalo, una de esas manos articuladas que sirven de modelo en bellas artes, y se la tendí para estrechar la suya.

Esther dice que tengo un humor enfermo.

Claro que no creo que puedan extraerse conclusiones definitivas de las enfermedades, pero me entretiene observar la poesía de la casualidad, interpretar los síntomas, no para llegar a una conclusión definitiva, sino como una forma de viajar en clase turista por el sentido de la vida. No creo que haya nada malo en ello.

Por supuesto, no quisiera caer en la infamia de culpabilizar al enfermo.

Leí a Susan Sontag y su metáfora de la enfermedad, donde ponía en evidencia la cruel mezquindad de los símbolos levantados socialmente en torno a algunas enfermedades, y que a menudo resultan más duros de soportar que la propia enfermedad.

La metáfora del cáncer, por ejemplo, huele a vergüenza y a culpa. Hace que no se trate de una enfermedad colectiva sino privada, propia de personas amargadas que han desdeñado su felicidad, que no han sido todo lo positivas que debieran, que son culpables.

Sin embargo, a la tuberculosis le creció un halo romántico, que llevaba a la gente de la época a creer que *únicamente* atacaba a personas de carácter artístico, sensible, melancólico. Jóvenes poetas la deseaban en secreto, ansiaban la delgadez azulada, la hondura del esqueleto, la transparencia de lo

efímero que proporcionaba la enfermedad. Por supuesto, la metáfora social despreciaba la parte más escabrosa, el tremendo padecimiento de la asfixia, el hedor de las flemas, la muerte prematura.

El sida, por su parte, ha sido considerado desde sus inicios como una enfermedad bíblica, y ha cargado con el símbolo del pecado y del castigo divino.

En definitiva, toda una simbología creciendo alrededor de la enfermedad, en ese espacio en sombras que aún no ha sido alcanzado por la luz de la ciencia.

Porque la ciencia consiguió explicar y erradicar la tuberculosis, y siguieron existiendo los poetas románticos y las almas melancólicas.

Se ha amansado el sida y siguen existiendo la promiscuidad y el puritanismo.

Se erradicará el cáncer y seguirá existiendo la culpa.

En realidad, no sé si se erradicará el cáncer, Henrietta Lacks se empeña en sostener que no.

En el fondo no parece un mal tipo. Pero desconfío de su úlcera, de esos ácidos que recorren su interior y le provocan llagas secretas, de su afán por escalar montañas, del té con leche siempre a la misma hora, del pincho de tortilla de patatas los viernes. Desconfío de la gente de costumbres.

Todos los días, desde hace un par de meses, acude al bar a eso de las diez, y toma un té con leche, con la leche no muy caliente pero tampoco fría, sentado en el extremo derecho de la barra. Los viernes, solo los viernes, le sirvo un pincho de tortilla de patatas y una caña. Lee el diario, siempre de atrás hacia delante. A pesar de su aspecto de leñador canadiense, trabaja en el banco de la esquina, un banco hecho de siglas, de nombre impronunciable.

Tiene los ojos intensamente azules, la mirada ruda e infantil, y un leve acento de la Ribera.

Ahora que *aún* permanece en mi cama, su aspecto físicamente interesante es ya anecdótico. Y pienso que *aún* vendrá todos los días a tomar el té o el pincho de tortilla, *aún* se sentará en el extremo derecho de la barra a leer el periódico.

—Te invitaría a dormir, pero mañana he de ir temprano al hospital, tengo a mi padre ingresado.

—No, por favor, me visto y me voy, no quiero molestar.

Ha contestado rápido, demasiado rápido. He detectado alivio en su voz.

—¿Es grave lo de tu padre?

—Una simple operación de próstata —contesto.

Ha sido la segunda mentira. La primera: que tomo anticonceptivos.

Empieza a vestirse, con la misma mecanicidad con la que se desnudó. Y entiendo, en ese sencillo gesto, que es un buen montañero.

—Tranquilo, no hay prisa.

—Es que si me apalanco, me da pereza. Si pienso que aún he de coger el coche, aparcar, subir a casa, desvestirme...

Aún. Me ha invadido un cansancio triste, el vértigo de la melancolía del que está a punto de descender la montaña.

Aún es una palabra hermosa si lo piensas, *aún* es el único tiempo posible, un limbo que se extiende desde que aprendemos que somos mortales hasta que lo comprobamos. Aún tengo treinta y nueve años, y soy fértil. Aún no tengo hijos, pero aún puedo tenerlos. Aún tengo un padre que está vivo, que aún no ha muerto. Aún existe la posibilidad de que uno de sus espermatozoides esté ahora mismo escalando mi cuello uterino, dispuesto a coronar mi óvulo.

—¿Cuál fue el invento?

—¿Qué?

—El invento con el que ganaste el concurso del colegio.

—Un cepillo para limpiar los zapatos con velcro en la parte superior para eliminar la pelusa de la ropa.

Me conformo con poco, con unos genes. Normalmente soy yo quien desaparece. A menudo doy un teléfono falso, a veces un nombre falso.

Cuando se va, anoto en mi libreta:

En los humanos, el músculo más fuerte del cuerpo, en relación con su tamaño, es la lengua. Esa y no otra es nuestra ventaja frente al resto de las especies. Y además está el sexo oral.

Aquella tarde vino mi amiga Marieta. No me apetecía que Esther jugara con nosotras, pero ella no dejaba de torcer el gesto, de denotar su presencia de forma insistente. Peinaba a sus muñecas con orgullo, la barbilla alzada, su escudo de soledad desplegado contra el mundo. Piqué.

—¿Juegas al pollito inglés?

Le brillaron los ojos y fingió gratitud con sonrisa angelical.

Pero a la tercera ronda, cuando yo pagaba, de cara a la pared, oí que le susurraba a Marieta:

—Vámonos y la dejamos sola.

Y echaron a correr las dos, escaleras abajo, hacia la calle, cuando la calle era solo un espacio adoquinado donde dibujar una rayuela, y no un vivero de pederastas.

No tenía gracia el juego al que se empeñaba en jugar: si ella sí, entonces yo no, si yo sí, entonces ella no, un silogismo excluyente y demoledor.

También yo hice aquello sin pensar. Al día siguiente, vi un gusano de bola enroscado sobre la baldosa y lo eché en su plato. Lo camuflé entre las patatas, los guisantes, la zanahoria y los trozos de carne del guisado. La observé de reojo mientras comía. Aplastó las patatas, las verduras, tenía costumbre de aplastarlo todo. Dejó el plato limpio, apenas un trocito de nervio de la ternera.

El diagnóstico de meningitis cayó como una bomba en casa.

Tras dos días de fiebre intensa, el médico dijo que había que matar al bicho. Mamá lloraba, él no mostró ninguna emoción, como siempre, pero se derrumbó sobre la silla como un árbol que ha recibido el hachazo definitivo.

Yo callaba, aterrorizada por la culpa.

Y cuando en clase de biología la profesora nos enseñó el dibujo de un escarabajo pelotero, vomité. Como además tenía la frente caliente, llamaron a casa. Casi dieron por sentado que se había producido un contagio a pesar de las precauciones.

—Y ahora la otra, lo que nos faltaba —exclamó mi padre.

No pareció desorientado, con esa mirada perdida que le había visto cuando le comunicaron el diagnóstico de Esther. Se lamentó con fastidio, como si enfermara para importunarlo.

Yo deseaba estar enferma, tener también el bicho dentro de mí, que ella se hubiera vengado y estuviéramos en paz.

Lo mío fue una simple gastroenteritis. Esther permaneció dos semanas ingresada en el Clínico, donde le administraron antibióticos, revirtieron la sepsis de su sangre y consiguieron matar al bicho. La sometieron a todo tipo de pruebas por si habían quedado secuelas, hablaron de un posible retraso en el desarrollo.

Yo la imaginé como una menina de Velázquez, por una asociación gratuita entre meninges y meninas. La meningitis como esa enfermedad que podía volver a las niñas cabezonas, repelentes y privilegiadas.

Él siempre la prefirió a ella, pero con la enfermedad el privilegio se acentuó.

En mi ingenuidad yo confiaba en que la inminencia de la muerte de él le conferiría un punto de inflexión al relato. Imaginaba una reacción extrema a las puertas, una fe de erratas final, una glosa explicativa de un texto indescifrable, críptico. Qué tonta.

Su inconsciencia lo altera todo.

Y fallo sistémico, pero ¿qué clase de enfermedad es esa? Suena a error informático que no se ha tenido en cuenta, a desconexión programada de un cuerpo artificial. Ni para morir es claro, hasta para eso se muestra egoísta, y nos niega una razón contundente que arroje algo de luz genética al asunto. Se va a ir sin darnos un nombre, va a hacerlo.

Anoté en mi cuaderno sobre la enfermedad que Virginia Woolf se quejaba de la pobreza léxica en cuestiones de salud, de lo injusto que era que una colegiala dispusiera de Shakespeare, de Keats cuando se enamoraba, pero cuando un enfermo intentaba describirle un simple dolor de cabeza a su médico, el lenguaje se le agotaba de inmediato.

Kafka se quejaba de lo mismo. Ingresado en el sanatorio en el que moriría dos meses después, decía no enterarse verbalmente de nada. Cuando se discutía de su tuberculosis, todos se expresaban de manera tímida, evasiva, mortecina, tanto que llegaba a dudar de que la enfermedad existiera realmente. La tuberculosis no es en realidad ninguna enfermedad concreta, le escribió a Max Brod, solo el germen de la muerte intensificado.

Claro que todas las enfermedades son vagos intentos de nombrar a la muerte, metáforas que viajan desde el sentido real del cuerpo hasta el sentido figurado de la muerte. Torpes balbuceos de la palabra hasta una buena pronunciación final.

Me sigue costando creer que él vaya a dejar de existir, que el hombre de acción vaya a dedicar sus días, pongamos que una eternidad, a no hacer nada, absolutamente nada.

Tal vez esa sea la razón por la que regreso día tras día a ese hospital.

A ver qué dicen los síntomas.

Ha muerto la anciana de la cama de al lado. Ahora es un cuerpo intermitente que no puedo dejar de ver cuando miro hacia esa cama vacía, y la imaginación completa su figura tendida sobre ella, inseparable de ella. Esa cama que ya no es una cama, sino un cruce extraño entre vieja y cama, un híbrido imposible, como aquel *ligre* del circo de mi infancia, como cualquier metáfora en que el río deja de ser del todo río y el espejo, espejo, para convertirse en algo nuevo, en una realidad que recuerda a ambas, pero que ya no es ninguna de ellas. Una *viejama*, una *camieja*, o vete a saber qué.

Ni siquiera conocía su nombre.

A eso de las diez, ha aparecido la hija obesa para recoger los enseres personales de su madre: una especie de faja de color carne, un cepillo del pelo que, al golpearlo con los nudillos, suena a madera maciza, un portarretratos inverosímilmente plateado. Todo objetos del siglo xx, hoy más inútiles que nunca, que ha ido introduciendo en un bolso plástico de correa extensible. Se oía el frufrú del nailon bajo la falda, rozándole los muslos, mientras se movía por la habitación.

Mamá, no inmediatamente, pero sí unos minutos después, le ha dado el pésame, muy afectada, como si se tratara de un familiar nuestro. La mujer, orinal en mano, se ha encogido de hombros:

—A todos nos tiene que llegar.

Y ha seguido recogiendo, rozando muslos, revisando cajones por si quedaba algún rastro del siglo xx en su fondo.

Ignoro si la sequedad que nos muestra es propia de su falta de educación o fruto de algún desprecio concreto hacia nosotros. ¿Sabe ella que no somos lo que aparentamos? La gente de su clase es incapaz de fingir, de aparentar algo distinto de lo que son, y menos en un hospital. En los hospitales, como en los bingos, como en los prostíbulos, como en los aeropuertos, impera una ley distinta, una ley que promulga que no será necesario el fingimiento, puesto que estos lugares ya se edifican sobre él. ¿Qué sabemos de la muerte?, ¿y del azar?, ¿y del sexo?, ¿y de volar? Nada. Menos que nada. Apenas fingimos saber.

No, la gente de su clase es ajena a nuestra hipocresía burguesa, ensayada con parsimonia durante siglos. Ellos reconocen la impostura a simple vista, de la misma manera que detectan a alguien con estudios aunque no hayan terminado la primaria, tras una sencilla operación interna que ni siquiera discurre por el intelecto.

Prueba irrefutable de esa sencillez es morir en domingo, a principios de otoño como ha hecho la anciana, un acto propio de gente sin artificio, incapaz de retorcer las cosas.

—Pues no parecía muy afectada —comenta mamá en cuanto la hija abandona la habitación.

—Si ya era un vegetal —replico. Y me acuerdo del grito espeluznante, y de aquel estudio que demostró que las plantas, cuando las privan de agua o les cortan los tallos, también gritan, emiten sonidos ultrasónicos—. ¿Cuántas muertes se producen antes de la definitiva? ¿Tú crees que es necesario llorarlas todas?

—No digas tonterías.

—Mamá, ¿por qué no te vas a casa y descansas? Te duchas, te acuestas un rato.

Parece no haber oído mi sugerencia, hasta que se gira bruscamente hacia mí:

—¿Y te vas a quedar a solas con él?

Sin la supervisión de las personas normales, incultas pero normales, parece añadir.

—No creo que sea más difícil que cuidar de un ficus.

Y ante su amago de escandalizarse, añado:

—Ve tranquila, que está todo bajo control.

A solas con él representó durante tantos años una amenaza nuclear, un peligro invisible que contenía todos los peligros del mundo. *A solas con él*, que leía el periódico en el sofá modular de la gran casa del Ensanche, con sus patillas setenteras, y su omnisciencia por encima de cualquier década. *A solas con él*, mientras juego a adivinar la clave oculta en el dibujo de baldosas hidráulicas, en el rojo, el amarillo, el azul que forman culebras de hexágonos, con el intenso placer que hallan los niños en las formas simples, en el bálsamo de la repetición: rojo, amarillo, rojo, azul, rojo, amarillo, rojo. En el fondo juego a fingir que juego, sigo la consigna de no llamar la atención, consciente de que la ocupación principal es estar *a solas con él*.

—¿Y si pasa algo justo cuando no estoy?

Así podría resumirse su vida: lo importante sucediendo en su ausencia. Dudo solo un segundo y me reafirmo. Soy fuerte, ahora vivo a unos cuantos palmos de esas baldosas, y piso con fuerza el rojo, amarillo, rojo, azul.

—Pero ¿qué va a pasar? Ya has oído al médico.

A solas con él supone además una buena ocasión para comprobar hasta qué punto finge, si es verdad que no siente nada. Si justo antes de escapar a través de la inconsciencia, el dolor había descubierto alguno de esos órganos que hasta entonces habían permanecido invisibles, no solo hígado, un riñón, acaso una conciencia.

Si es por eso por lo que decidió huir, por eso calla de forma ostentosa a través del coma.

Claro que también es posible que lo único que desee sea reencontrarme con el médico a solas. No resulta fácil rastrear las intenciones, ni siquiera las propias, calibrar el tamaño de esa enorme placa de hielo sumergida, de la que apenas asoma la ridícula punta de nuestros actos.

Mamá duda. Tiene el cabello cansado, las lanzas cruzadas sobre su labio superior que rememoran antiguas batallas son cada día más profundas.

—Bueno, pues me voy un rato a casa y vuelvo después de comer. Aprovecho y riego las plantas, y me traigo otras zapatillas, que estas me están matando. Pero recuerda: si el gotero de tu padre llega a este nivel, hay que llamar a la enfermera.

No soporto cuando usa el posesivo tu padre, transfiriéndome toda la responsabilidad, como si fuera yo quien lo hubiera introducido en la familia con mi empeño en nacer. Claro que aún me molesta más cuando dice papá, a secas, sin un artículo que mantenga la distancia de seguridad.

—Ah, y algo importante, tu padre a veces tiene..., eh...

Vacila. Baja la voz a pesar de que estamos las dos solas.

—Eso que tienen los hombres...

—¿El qué? ¿Próstata?

Sonríe, benevolente.

—Erecciones —dice. Y señala absurdamente su propia ingle—. Aun en su estado, tu padre tiene erecciones.

Y al decirlo, su lengua perezosa se arrastra por sus dientes con algo emparentado lejanamente con la lascivia. Mira a su alrededor, hacia la cama vacía, como si el espíritu de la muerta pudiera oírnos.

—Esta semana cuatro. —Pega las pupilas arriba—. No, cinco.

Las ha contado. Ha contado las erecciones.

—¿Las has contado?

—Cuando sucede, yo le pongo la mantita así, como dejada caer, formando arrugas justo en esa parte..., ¿ves?

Y mamá compone una pequeña escultura a cuadros en el centro exacto de su cuerpo. Parece un muñeco de nieve con los brazos abiertos, terminados en punta, como las figuras de Esther.

Tras la demostración, dobla de nuevo la mantita en cuatro y la coloca en el brazo del sofá, entre las dos, como un secreto pestilente que nos une.

Y añoro de pronto a la anciana muerta, miro su cama vacía con nostalgia. Entiendo que gritara, que gritara sin motivo, y también que dejara de hacerlo.

—¿Quieres bajar a tomar un café antes de que me vaya?

—No.

Su mano derecha, con el anillo de casada, permanece posada sobre la mantita. Sé que está fría esa mano, está helado ese anillo.

—Pero ¿has desayunado? —insiste.

—Sí.

—A saber qué, un vaso de leche deprisa y corriendo no es desayunar.

Y hace amago de tocarme con la misma mano que ha tocado la manta.

—Que te vayas de una puta vez, joder.

Ya está. He gritado. He perdido los papeles. Se ha puesto de manifiesto cuál de las dos mantiene un conflicto con la realidad. Nunca lograré ser adulta.

Mamá me mira sorprendida, aunque no lo suficiente para mi gusto.

—Tranquilízate, cariño. Si prefieres que me quede, me quedo.

Ahora es ella, la comedora compulsiva, quien pilota la nave, la adicta a los barbitúricos, la comandante cuenta-erecciones, quien ha de conducirnos sanos y salvos hasta nuestro destino.

—No, de verdad que no, vete.

Después de todo, las erecciones demuestran que sigue despierto ahí debajo, que aún conserva la capacidad de sufrir.

Mientras mamá termina de recoger y de dar instrucciones, me consuelo con la idea de tratar esas misteriosas erecciones con el médico, de forma científica, en un tono desprovisto de sensualidad, y por ello mil veces más excitante. Preguntarle mientras lo miro a los ojos si es posible que alguna vena oprima su cerebelo y eso provoque que la sangre fluya hacia sus genitales, igual que les sucede a los ahorcados.

También a las ahorcadas se les inflama la vulva cuando penden de un hilo, aunque eso no interesa a nadie. Esa es nuestra suerte y nuestra desgracia: poder fingir. Fingir que somos buenas hijas a los pies de una cama de

hospital, fingir que tomamos anticonceptivos ante un banquero montañero. Y absolvernos de inmediato porque es por una buena causa, si es que alguna vez la especie humana mereció ese calificativo.

—Pues me voy y así hago de vientre en casa. Que aquí no es lo mismo.

Cuando se va, anoto en mi libreta:

Son nuestros pulmones los que limpian la atmósfera. Cada vez que respiramos, filtramos el aire y lo devolvemos puro al exterior.

Es un gran misterio el coma. Nadie sabe bien qué sucede exactamente en ese territorio de azufre y bruma, qué leyes rigen al traspasar la puerta blanca. Tal vez las mismas que aquí, eso sería sin duda lo más espeluznante.

Jean-Dominique Bauby sufrió una embolia y, tras veinte días inconsciente, despertó sin poder mover un solo músculo, salvo el párpado del ojo izquierdo. Los médicos desconocían que había retornado a la consciencia hasta que un parpadeo les reveló no solo que estaba despierto, sino que mantenía intactas todas sus facultades mentales. Con un guiño podía responder a las preguntas que le lanzaban, su idiosincrasia quedó reducida a un aleteo con pelos. Pero ¿qué hubiera pasado si la embolia hubiera afectado también a su músculo ocular? Es lo más parecido que se me ocurre a ser enterrado vivo.

Inquieto ante esta terrorífica perspectiva, en 2006, el médico Adrian Owen llevó a cabo un estudio para comprobar el verdadero grado de consciencia de los pacientes en estado vegetativo. Colocó a varios de ellos bajo un escáner de resonancia magnética y les pidió que imaginaran que estaban jugando al tenis. Sorprendentemente, en Scott Routley, un canadiense de treinta y nueve años, en coma tras un accidente de coche, se activaron las áreas cerebrales asociadas al juego. Le pidieron que imaginara que estaba paseando por la playa, y el escáner reveló actividad en la misma zona del hipocampo que se activaría en una persona sana. Repitieron las pruebas con idénticos resultados. Bajo un cuerpo vencido, bajo las ruinas de lo que fue un muchacho activo y sano, Scott permanecía en pie, alerta, quién sabe si desgañitándose. Era capaz de escuchar, de entender y de elaborar una respuesta mental, aunque no fuera capaz de mover un solo músculo. Si quieres decir sí, piensa en jugar al tenis, si quieres decir no, piensa en pasear por la playa.

—Y tú, ¿en qué lado estás tú? ¿Eres capaz de devolver las pelotas?

Me fijo en su párpado derecho, en las delgadas venas azules que lo recorren. Lo miro. Lo miro con tal intensidad que creo que puedo provocar movimiento, no en vano soy hija televisiva de Uri Geller.

En la realidad, nada cambia.

Algunos lograron regresar de ese mundo de radical indolencia. Leí el caso de un coruñés que pasó quince años en estado vegetativo. A su padre le ofrecieron desconectarlo y se negó en redondo, quién sabe si porque era muy creyente o un sindicalista convencido, pero alegó que aquello era faena de Dios y solo de Dios. Su hijo había hecho mutis por el foro en un accidente automovilístico en 1987. Por aquel entonces, era un joven aficionado a las motos que trabajaba como informático, con tarjetas perforadas y ordenadores descomunales. Cuando despertó en otro siglo, frisando la cincuentena y sin apenas arrugas en el rostro, la ciudad se había llenado de *parkings* subterráneos y la gente hablaba sola por la calle. Ignoraba lo que era un móvil, no reconocía la informática de lo mucho que había cambiado, así que descartó la idea de reciclarse profesionalmente. En la entrevista confesaba que se aburría sin trabajar. Cobraba una pensión, pero se aburría. Me pareció imperdonable en alguien que ha pasado todos esos años en coma.

—Seguro que tú también te aburres ahí dentro, sin nada que hacer, sin dar órdenes, acostumbrado como estás a mandar. Apuesto a que deseas huir, huir de tu cuerpo, huir de ti mismo. Si lo piensas, eso es justamente lo que ofrece la enfermedad: la posibilidad de tomarse unas vacaciones de uno mismo. El cuerpo enfermo expulsa temporalmente al yo. Y es que nadie considera a un cáncer hijo suyo, ni siquiera un constipado lleva nuestros apellidos. Pero por alguna razón que se me escapa, tú te empeñas en despreciar esa posibilidad y optas por el coma. Prefieres no ser antes que ser otro. ¿De verdad vas a irte sin decirnos quién eres?

Su respiración continúa inalterable, pura máquina sin conciencia.

—¿Sabes? Me gustaría estar muy gorda el día de tu entierro, lucir una barriga estratosférica que me borrara los pies, que no me permitiera mirar al suelo sin marearme. Me gustaría robarte el protagonismo ese día, despedirte con un bombo universal donde dieran vueltas las partículas elementales, a puntito para la gran fiesta del Big Bang. Y que todos hablaran de mí, de esa hija pequeña que nadie sabe quién ha preñado, si ni siquiera tiene pareja.

Sin mamá, sin nuestros vecinos, se respira una tranquilidad sobrenatural en la habitación. Ni siquiera roncas ya. Tú, que imponías tu presencia incluso durmiendo, ni en la noche era posible escapar a tu discurso. Leí que el silencio es el original y la palabra la copia, pero no recuerdo quién lo dijo. Facebook es una Thermomix de citas, hecha con el jugo de miles de cerebros. Tampoco sé cuál es el original y cuál la copia, si el consciente o el comatoso. No soy capaz de desentrañar el significado de tu silencio, ¿orgullo?, ¿arrepentimiento?, ¿vergüenza? Puede que derrota.

Me deshago del imperdible que cierra el escote de mi vestido y te pincho en la pierna, clavo la aguja con la limpieza de un acupuntor oriental.

Una culebrita roja se desliza por tu pantorrilla con pasmosa autonomía. Observo tu rostro, el ritmo de tu respiración. La única vida está en esa culebra que escapa por la pierna.

¿Y si después de todo la maldad no existiera?, ¿y si esperásemos encontrarla allí donde no crece más que el vacío? Que exista la bondad no significa que exista impecablemente la maldad. ¿O acaso existe lo «pepinable»?

Siempre me fascinó la paradoja de Epicuro, sencilla, clarividente, que va estrechando caminos hasta colocarte al borde mismo del barranco:

Si Dios quiere prevenir la maldad, y no es capaz de hacerlo, ¿es que no será tan omnipotente?

Si es capaz pero no desea hacerlo, igual el malvado, el sádico, es él.

Vale, pongamos que es capaz y desea hacerlo. ¿Por qué seguimos entonces hablando de maldad?

Y si ni es capaz ni desea hacerlo. ¿Por qué seguimos hablando de Dios?

Como ausencia, la maldad nunca aparecerá en la foto.

Cuando murió el padre de mi amiga Carol de cáncer de páncreas, su madre, que siempre había padecido la enfermedad de Addison, colocó, en la entrada del velatorio, unas octavillas de publicidad de la ONG con la que colaboraba, y para apoyarla, con más de sesenta años, había atravesado ella sola la antigua Yugoslavia, en un viejo Volkswagen Polo. No encontró nada ese día que la distrajera de sus ocupaciones humanitarias, absolutamente nada.

Y justo antes de la incineración, sonó la música de Céline Dion, la cantante preferida de su madre que su padre odiaba. Carol aseguró que jamás se lo perdonaría, que estaba muerta por dentro, vacía.

En realidad, no es tan incongruente tu coma. En casa siempre se llevó el silencio. Uno podía reconocer los problemas por el perímetro de mutismo con que se acordonaban sus alrededores, como zonas muertas de Chernóbil. Me río del aquí y ahora tan de moda hoy, de ese *carpe diem* que parece recién estrenado. En casa solo existía el presente selvático, crecíamos en una jungla de inmediatez, abriéndonos paso a machetazos, rodeados de grandes depredadores que habían devorado el pasado.

Nunca se hablaba de la historia familiar y eso nos hacía vivir en un estado gaseoso, sin raíces que nos anclaran a una guerra, ni a una posguerra, ni a una dictadura. Flotábamos a la deriva, sin ruido de motor.

Tenía más de veinte años cuando me enteré por la tía Sole de que mi padre no era hijo único, que había tenido un hermano que murió en 1943, a los ocho años de edad, probablemente a causa de una meningitis. Y que la abuela, a quien yo no llegué a conocer, enloqueció tras su muerte. El pequeño llevaba varios días con mucha fiebre, y habían avisado al médico. Mi padre tenía cuatro años, la prima Sole, que jugaba en casa ese día, siete. La abuela les dijo que el niño estaba mejor, le había bajado la calentura y por fin estaba frío, que no hicieran ruido para no despertarlo. Dice la tía que aún recuerda el melódico susurro de la voz de la abuela, su extraña sonrisa, entre beatífica y espeluznante, mientras la cortina detrás de ella se agitaba suavemente por la brisa.

Cuando llegó el médico, solo pudo certificar que el niño ya era cadáver. Se tiraron las cosas del muchacho. Nunca se volvió a hablar de él.

La abuela descuidó la casa, dejó de limpiar, dejó de coser, dejó de componer sus *collages* con recortes de revistas y dibujos propios. Dicen que era costumbre en aquel hogar que todo el que cogiera un vaso lo frotara contra su ropa antes de echárselo a la boca. La mugre, como una capa aislante del mundo, lo fue cubriendo todo. Mantuvieron las apariencias, continuaron trabajando, él en su despacho de abogado, ella con sus fotografías de comuniones, de niños marineros que no estaba previsto que fueran a zarpar en ningún barco que los llevara lejos para siempre.

Continuaron paseando los domingos por la alameda, ella con su falda abullonada, él con su traje salpicado de lamparones y su tristeza espigada. Siempre excusaba a la abuela: es la hipermetropía.

El recuerdo de un mundo más limpio quedó enterrado bajo una gruesa capa de polvo.

Lo único bueno del silencio, o del trauma, que viene a ser lo mismo, es que conserva las historias intactas, no se diluyen en la genealogía familiar, aguadas por el relato de cada miembro, desaboridas por el trasiego de una memoria a otra, de una lengua a otra.

La tía Sole me contó que aquel niño era muy guapo, el preferido de su madre, que tenía ángel, un concepto hoy trasnochado, en una época en que se hace constante apología de la infancia y en la que todos los niños vienen de serie con ángel.

Dijo también que poseía una sensibilidad extraordinaria, un talento innato para las artes. Aunque bien pudiera ser que todas estas cualidades las hubiera ido adquiriendo una vez muerto.

Es bien sabido que la realidad se especializa en la decepción.

—¿A que sí, papá?

Ni siquiera conozco el nombre de aquel chiquito con ángel.

—¿Cómo se llamaba tu hermano? ¿Cómo se llamaba ese niño muerto? —
le pregunto.

En pago a su silencio, vuelvo a clavarle la aguja, esta vez en el dedo gordo del pie, muy cerca de la uña. Me estremezco de un dolor que no siento.

Leí que uno de los métodos científicos que se usaban en los hospitales hace un par de siglos para determinar la muerte del paciente consistía en soplarle muy fuerte al oído, de forma sorpresiva, con una trompetilla.

Al cerrar el imperdible, se me escurre la aguja, pero hasta que no veo mi propia sangre correr por mi dedo, no me doy cuenta de que me he pinchado. Tampoco yo experimento dolor alguno.

—A ver si vamos a estar hechos del mismo material tú y yo.

—¿No está mamá?

Esther está plantada en el umbral de la puerta, los haces de luz acosando su silueta por detrás.

—Pensé que hablabas por teléfono —dice.

—No, he convencido a mamá para que se fuera a casa a descansar un rato.

—Pensé que hablabas por teléfono —repite, repasando visualmente la estancia, esperando ver salir a alguien del armario, de debajo de la cama.

No le contesto.

—Me ha costado horrores aparcar y encima he tenido que hacerlo en la ORA. Es inconcebible que un hospital de estas dimensiones no tenga un *parking* propio. Es ridículo, sobre todo habiendo un descampado ahí detrás, que seguro que es municipal. ¿Cómo se supone que tenemos que llegar hasta aquí?

—¿En el siete?

Me ignora.

—¿Cómo está el papá? ¿Sigue sin reaccionar?

Miro el punto rojo de mi dedo, que ahora sí late y me duele.

—Y van setenta años ya —respondo, bajito.

Pero Esther es inmune a la ironía. Se mueve por la habitación como la maestra de infantil que viene a revisar que los rayotes no se salgan de las líneas marcadas del dibujo.

—¿Hace mucho que se ha ido mamá?

Y justo en ese momento aparece el médico, el ser de luz blanca, encargado de dar validez a la mañana.

Esther toma la delantera y se presenta ella misma, le tiende la mano, y un mechón de su pelo casual cae sobre su rostro, sobre su piel fresca, no infectada por el ambiente hospitalario.

El médico hace un resumen del parte de ayer, prácticamente calcado, dirigido en exclusiva a ella. Hoy suena más viril, aún más triunfador.

—¿Y no es probable que salga del coma, que recupere la consciencia aunque sea solo para... despedirse?

¿De dónde ha salido, de un telefilm de sobremesa? Tengo ganas de soltar una carcajada.

—Resulta impredecible —responde el médico, tropezando ligeramente en la erre—. De todas formas, no demos por hecho que los enfermos no sienten la presencia de los seres queridos.

Y Esther deja escapar un pequeño suspiro, muy pequeño. Su pecho sube y baja en un fugaz movimiento del que él toma buena nota.

—Sí, es importante seguir viéndolos como fueron siempre. No hace mucho, un cliente me encargó la escultura de un familiar que había fallecido tras una larga enfermedad. No quería que tomara como modelo su imagen de los últimos tiempos, ni tampoco de cuando era joven. Me pidió que trabajara a partir de fotografías antiguas y lo envejeciera en mi imaginación, que me mantuviera fiel a su espíritu.

—Sería una fidelidad manca —digo, bajito.

Pero no me oyen. Es admirable cómo en apenas dos frases Esther ha logrado colar que es artista y que posee una sensibilidad exquisita, a prueba de hospitales.

Como portavoz familiar, ahora le pregunta por el desenlace, cuándo prevé él que se producirá, tal vez por el coche, por calcular el importe de la ORA.

Si antes el médico se dirigía a mamá como a su interlocutora principal, ahora Esther ha tomado el testigo limpiamente, de forma sutil pero contundente. Mi invisibilidad es ya un hecho físico demostrable. El médico le dice que si no hay mejoría en los próximos días, el hígado acabará colapsando, y eso significa que el final estará cerca.

Pienso que el tiempo es una anécdota, un bucle eterno. Que hay una fuerza superior que ordena el mundo, pero lo ordena siempre igual, por más que le divierta alterar las apariencias. Desde el inicio de los tiempos y por los siglos de los siglos.

—¿Y el tema de las erecciones? —pregunto.

A los tres nos sorprende mi voz chillona, repentinamente aflautada. Esther se gira como si acabara de descubrir mi presencia, como si hubiera olvidado

que alguna vez tuvo una hermana.

—Mamá dice que son frecuentes. Cuatro, no, cinco, en los últimos días. Eso le preocupa.

Me mira con asco, tal vez con alarma. Me he puesto en pie para hablar y donde antes el imperdible cerraba el vestido, ahora asoma la carne y un enajenado sujetador visón.

Busco el imperdible sobre la mesilla, trato de cerrar el vestido, se me escurre, me pincho y esta vez sí se me escapa un grito de dolor.

El médico mantiene una benevolente sonrisa de hospital, donde todo patetismo es pasado por alto.

—En principio no son reacciones fisiológicas comunes pero tampoco...

—Es evidente que no tiene ninguna importancia. No hay que hacerle caso a mamá, ¿no ves que está afectada y dice tonterías? —me recrimina Esther, como si tuviera que hacerse cargo no solo de un padre en coma, de dos hijos menores y una madre inestable, sino también de una hermana retrasada.

Agacho la cabeza y asiento. Cuando nos quedamos a solas, le pregunto:

—¿Te quedas tú hasta que venga mamá a las siete?

—No puedo, he dejado a los niños con Manuel y tiene que ir al aeropuerto a recoger a unos clientes. Me voy ya. ¿Quieres una barrita de *muesli* con frutos rojos?

Me ofrece un paquetito de colores que saca del bolso. Esther siempre ofrece pequeñas cantidades, una barrita raquítica, una porción de tiempo diminuta, una sonrisa que no muestra los dientes. Niego con la cabeza. Me arrepiento al instante.

—Bueno, sí.

Y masticamos en silencio las barritas que no crujen, que se pegan a las muelas como caramelos de café con leche de la infancia, mientras miramos al comatoso en silencio. Componemos una simbólica escalera los tres: él tumbado, ella sentada, yo de pie.

Al fin y al cabo, es domingo, el día más extraño de todo el muestrario de días extraños, y sin duda es mejor estar en el hospital haciendo algo que estar en casa viendo crecer mi vientre de forma imperceptible.

—Te he llamado.

—Tenía trabajo, no he podido cogerlo.

—Ay, qué poco me gusta ese trabajo tuyo, con tu carrera y poniendo carajillos en un bar de... de...

—De mierda, mamá, en un bar de mierda. Pero es un trabajo, al fin y al cabo, y me pagan un sueldo a fin de mes.

—¿Has visto lo del orangután en la tele?

—¿Qué orangután?

Mamá y sus bruscos virajes. Sujeto el teléfono con el hombro mientras abro el lavavajillas.

—Un orangután enganchado al tabaco. Ha salido en las noticias de la Uno. Por lo visto, los turistas echaban colillas a la jaula y el pobre animal se ha vuelto adicto. Y ahora resulta que está embarazada, porque es una orangutana, y le están tratando la adicción.

Mamá y sus giros sin señalar, como si el resto viviéramos en su cabeza, y como si tuviéramos que estar siempre atentos para anticiparlos y proseguir el delirante trazado de su mente sin sobresaltos. Lo peor es que yo sí los comprendo.

Esquivo el vaho, coloco las cucharillas en el apartado correspondiente del cajón, las de café con las de café, las de café con leche con las de café con leche, las tazas en el estante.

—No sabía que un orangután pudiera fumar...

—Cariño, ¿tú te lavas? Quiero decir a menudo, quiero decir lo suficiente.

El vaho de las tazas desaparece casi al instante, opacando la loza, produciendo una nostalgia instantánea.

—¿Que si me lavo? ¿A qué viene eso?

—La higiene es importante. Cuando uno empieza a descuidar el físico, el resto va detrás.

—¿Detrás de qué?

—Resulta que hace dos meses, la pareja de la orangutana falleció. Habían pasado toda su vida juntos en la jaula, desde que ella llegó de otro zoo hace más de siete años. Por lo visto, los médicos que la tratan han detectado que,

además de tabaquismo, padece depresión. Quién sabe si una cosa no es consecuencia de la otra, pobre bicho.

—¿Bicho? Bonita manera de referirte a un...

—Cariño, no estarás oyendo voces, ¿verdad?

—Algunas me gustaría dejar de oírlas —replico.

Pero su determinación salta por encima de cualquier ironía como una atleta de triple salto. Repaso con fuerza los restos de pintalabios del borde de una taza, la huella rosa chicle que se resiste a desaparecer.

—¿Te acuerdas de la hija de Mari, la vecina? Lo lista que era, con esos ojos vivarachos y esos dientecitos de ratón, y luego empezó a oír voces, la pobre. Ay, qué pena. Era la mejor de los cuatro hermanos, la más lista, la más cariñosa, la mejor. Y las notas que sacaba, y los dibujos que hacía, aún me acuerdo de aquel del *Un, dos, tres*, qué cantidad de detalles, con el escenario en perspectiva, las azafatas, la Ruperta y hasta el apartamento en Torre vieja. Ni Esther hacía esos dibujos. Y luego empezó a oír voces. Acuérdate de lo que hizo con aquel hámster en la azotea..., aún se me ponen los pelos de punta solo de pensarlo...

—Mamá, lo cuentas como si hubiera guardado los plastidecores en la caja y acto seguido hubiera subido a la azotea a enloquecer. Pasaron muchos años entre una cosa y otra. Y probablemente una enfermedad mental, con nombre y apellidos.

—Para que luego digan que los animales no sufren cuando les clavan el estoque, igual que cuando pierden a un ser querido. Lo mismo, lo mismo que nosotros o más. Pobre orangutana. De cualquier forma, tú haz caso a tu madre y cuídate.

Conozco sus tretas, remata sus delirios con evidencias que nada tienen que ver con el tema en cuestión, para dar así validez a todo su discurso.

Me canso de colocar bien las tazas, y dejo las últimas apiladas de cualquier manera, sin repasar.

—Mamá, de verdad que no sé adónde quieres ir a parar, y además tengo trabajo.

—Por cierto, ¿a qué hora vendrás al hospital? Esther ya me dijo que hablasteis con el médico, y no le dijiste nada del colesterol. Nunca le haces caso a tu madre. La hija de Mari tampoco hizo caso a su madre en nada. En nada.

Cuando cuelgo, el cliente habitual de los crucigramas me mira por encima del periódico. Mala hija, pobre hija, no sé qué piensa y me da igual.

¿Que si me lavo lo suficiente, que si oigo voces? Puede que la enfermedad de mamá sí tenga un nombre, al fin y al cabo: síndrome de Munchausen por poderes. Ahora que la muerte de él amenaza con arrebatarle su ocupación principal, trata de enfermar a quien tiene más cerca para garantizarse así su ración diaria de sufrimiento.

—Un carajillo de Negrita.

Pongo el carajillo con pulso torcido. El olor del ron por la mañana me produce una leve náusea.

Leí que ayer se inauguraba una exposición de Picasso, *Máquinas de sufrimiento*, una sucesión de retratos de mujeres llorando. Gran parte de ellos los protagoniza Dora Maar, la fotógrafa que fue su pareja y musa durante años. Y cuando digo musa, pienso en musaraña, en mujer diminuta e intrascendente, aplastable como un insecto.

Salvo Françoise Gilot, todas las parejas de Picasso se suicidaron, enloquecieron o ambas cosas tras pasar por sus brazos. Marie-Thérèse Walter contó en un libro que, cuando era adolescente, aceptó prácticas sádicas con el pintor, que incluían que él le apagara cigarrillos en el cuello. Gilot fue la única que consiguió abandonarlo.

Por supuesto, ninguna de estas inconveniencias femeninas distrajo al artista total, que dibujó, pintó, esculpió y grabó sin descanso, con un talento que escapa a todos los medidores, con una compulsión obscena que no le dejó ni tiempo para deshacerse de los despojos femeninos que iba dejando a su paso, de esos juguetes cubistas que ya no recuperarían nunca el orden del realismo.

El artículo recogía unos supuestos versos del pintor, escritos en 1937:

«Dora es terriblemente tentadora con su disfraz de lágrimas y su maravilloso sombrero, puesto por los golpes del destino».

Sostengo la teoría de que hay una estrecha relación entre cursilería y crueldad. A partir de la minuciosa observación de Facebook, he constatado que cuantas más frases gazmoñas y almibaradas se exhiben, más violento se puede llegar a ser. Al fin y al cabo, qué puede esperarse de alguien a quien le gustaba hacer pedazos a las mujeres, hacer mujeres con pedazos, por cubista que fuera.

—¿Hablabas de Picasso?

El montañero sonríe al otro lado de la barra. El cliente de las diez y media aunque son algo más de las once. Por lo visto, hablo sola.

—He visto que hacen una exposición en el Reina Sofía. En realidad, solo son mujeres que lloran pintadas por Picasso.

—Parece interesante.

—Sí, siempre es edificante el llanto femenino.

Sé que solo pretende ser amable. Por gusto, hago el ejercicio de recuperar la mirada antes del *aún*, cuando la imaginación correteaba a sus anchas completando vacíos, rellenando a su antojo la carcasa de hípster.

Ahora la barba es solo pelo crecido, el azul de sus ojos puro azar genético. Qué fértil es la belleza, cuántas tonterías hace crecer sobre ella.

Y no solo la belleza. También a los sueños les crecen significados absurdos. El otro día, sin ir más lejos, soñé que mi jefe amamantaba a un cachorro de pitbull. Lo llevaba sujeto al cuerpo con un colorido pañuelo anudado al hombro, como una madre africana, y le daba el pecho mientras me explicaba cómo hacer un *quemaíto*. De vez en cuando se quejaba porque el cachorro le mordisqueaba el pezón con excesiva fuerza, pero lo hacía con paciencia de madre abnegada, con gozosa resignación. Una vez saciado, el retoño se quedaba dormido en su regazo y le asomaban, involuntarios, dos colmillos feroces, enganchados en la encía pegajosa, que le conferían un aspecto amenazante. No logré desprenderme de aquella imagen nocturna durante toda la mañana. De hecho, ha pasado a formar parte del todo que compone mi jefe, así de azarosa es la construcción de la realidad.

—¿No era Picasso el que decía yo no busco, encuentro?

—Y por lo visto encontró a un montón de mujeres llorando. ¿Te pongo lo de siempre?

Recalco lo de siempre para atornillararlo a la barra, a su pequeña rutina, mientras todo a su alrededor se acelera.

—¿No te gusta Picasso? —pregunta.

—Claro que sí, era un genio.

Él tampoco busca, solo encuentra. Un polvo, una aventura. Lo dejó claro la otra noche: no busco una relación. Como si la palabra *relación* tuviera algún significado más allá de una intersección vacía entre dos conjuntos vacíos. Como si las realidades pudieran caber en el angosto perímetro de las palabras.

Se le ve incómodo, sonrío en exceso. Se nota que quiere acelerar la transición, deshacerse del nosotros de la otra noche y regresar cuanto antes al binomio camarera-cliente, a esa distancia de seguridad que marca la barra.

—¿Sabes que hay un orangután que está enganchado al tabaco?

—¿En serio?

Se esfuerza por ser amable.

—Por lo visto, recogía las colillas que echaban los visitantes del zoo y se ha hecho adicto, adicta en realidad porque es una orangutana.

—¿Y eso dónde?

—No lo sé.

Qué más da dónde en este mundo globalizado. Me revienta la gente que se fija en el pájaro que pasa cuando le señalas el incendio. Son los mismos que se fijarían en la nube cuando señalas el pájaro.

Vi una fotografía de Picasso con Brigitte Bardot, parecía un caimán a punto de abrir la boca y hacerla desaparecer entre sus dos hileras de dientes.

—En algún zoo del mundo. En Asia o en África supongo. Salió en las noticias.

—Pensaba que solo los humanos tenían adicciones.

Y de pronto lo he visto claro. Mamá ha hablado con Esther, que le ha contado que voy desaliñada, que ando medio desnuda y hablo sola, que digo tonterías ante los médicos, que estoy perdiendo la razón.

La cucharita para servir la espuma de la leche me tiembla en la mano.

Una sola visita al hospital y Esther ya dirige la narración. Pretende continuar la labor del patriarca, que permanezca vivo su legado.

Y lo peor de todo es que no es improbable que ella misma crea lo que cuenta. A menudo, la inteligencia consiste en saber relacionar las cosas a nuestro alrededor. Pero hay una inteligencia superior que consiste en abstenerse de relacionarlas cuando no tienen relación, de la que carece Esther.

—En un templo de la India vi unos monos que sabían distinguir la bisutería del oro. Hasta habían aprendido a abrir los cierres de los collares como chorizos profesionales. Y persíguelos, allí esos bichos son sagrados...

¿Bicho?, ¿ha dicho bicho? Él no busca, solo encuentra. Toma limpiamente lo que necesita. Ya lo advirtió, no quiero una relación, como si la negación *a priori* tuviera más sentido que la afirmación *a priori*. Como si ambas no condujeran al mismo vacío. Como si el lenguaje procediera de la realidad. Que no busca nada, dice el muy apriorista.

Yo sí busco. Unos diminutos, microscópicos espermatozoides, fuertes, sanos, aguerridos. Los mejores espermatozoides del mercado.

Busco un hijo que ahuyente definitivamente los malentendidos entre la palabra y la realidad.

—¿Y qué hace luego un mono con todo ese oro?

Se encoge de hombros.

Pienso en un batallón de hembras deprimidas, por exceso o por defecto. En mamá empeñándose en darle la razón a Picasso. En mamá como una

orangutana fumadora.

Y de pronto he visto que es un grave error que siga viniendo al bar todos los días si mi barriga comienza a hincharse.

—¿Sabes qué va bien para la úlcera? Unas gotitas de angostura.

—¿Te he contado lo de mi úlcera? —pregunta sorprendido—. De todas formas, es solo un principio.

—La orangutana fuma porque es viuda desde hace dos meses. Está sola y deprimida, por eso fuma. ¿Tú no oyes voces a veces? ¿Voces dentro de tu cabeza que no sabes bien de dónde vienen?

—A veces. En la soledad de la montaña, uno habla bastante consigo mismo.

No hay manera, el otro día intentaba parecer normal y me miraba como a una demente, hoy intento parecerle una loca de remate y, por más que me esfuerzo, no lo consigo. Todo está siempre fuera de sitio.

—¿Sabes? Siempre he querido casarme y formar una familia.

No dice nada, sonrío bobaliconamente. Creo que con eso será suficiente.

Leí que un ciudadano chino acudió al médico, aquejado de un fuerte dolor de estómago, y resultó que tenía la regla, que además de pene poseía un útero y unos ovarios que habían permanecido ocultos, agazapados en su interior, como solo un cuerpo sabe esconder las cosas.

Entró en aquella consulta con un dolor físico, localizable, y salió con un dolor metafísico, ontológico. Entró como hombre y salió con todas las posibilidades de género intactas.

Me pregunto si seré lo suficientemente femenina ahí dentro como para engendrar un hijo, si mi cuerpo dispondrá de todo lo necesario para albergar una vida.

Antes de encaminarme hacia el hospital, me pongo desodorante, plancho concienzudamente mi camisa, doy lustre a mis zapatos. Me paso ocho veces el cepillo por el pelo.

La calle es un hígado brillante al sol, que piso con seguridad.

Nada más entrar en la habitación 234, descubro con fastidio que hay un nuevo ocupante en la cama de al lado. Y aunque tiene el mismo derecho a estar aquí que nosotros, haber llegado después lo precipita unos escalones más abajo en la pirámide hospitalaria. Mamá no disimula su hostilidad. Se mantiene digna a los pies del comatoso, como una virgen adorando al niño. Ignora al extraño con devoción.

Bien mirado, debería estar contenta por contar con un nuevo espectador ante el que desplegar nuestro teatro familiar. Cada día se hace más patente que somos una compañía en gira, de viaje a ninguna parte, que subsiste mejor en las miradas ajenas.

Tras la familia inculta pero normal, llega ahora el hombre extraño, de cincuenta y tantos años, pelo cano, gafas sin montura, que lee, que ni siquiera levanta la vista del libro cuando entro.

La historia del chino me acompaña, se superpone como una capa semitransparente a la del nuevo vecino, aquejado sin duda de alguna dolencia tan ambigua como misteriosa. Así de azarosa es la construcción de la realidad.

—Apenas ha orinado entre ayer y hoy —dice mamá—. Eso no es bueno.

«¿Y no crees que ya ha orinado bastante?», me dan ganas de contestarle.

Pero me contengo:

—A partir de ahora, habrá que estar preparado para cosas no demasiado buenas.

Me esfuerzo por mostrar compasión, una compasión inequívoca, estándar, normalizada. Uso un tono de voz dócil y sosegado. Trato de representar con convicción el papel de hija corriente, de hija que se lava, de hija instalada en el centro mismo del equilibrio.

Pero a mamá no le interesa mi relato, que es el relato médico, que es el relato de los hechos.

Ignora que la realidad es un líquido que siempre encuentra la grieta, y acabará por desbordarnos. Imagino maremotos violentando puertas y ventanas, penetrando por los orificios de nuestros cuerpos, sacudiendo convenciones, arrasando nuestros estúpidos prejuicios.

La realidad, y no otra cosa, acabará con nosotros, con todos nosotros.

—¿Le importa? He de pasar al baño.

El tono del extraño es neutro y sin embargo despectivo.

Mamá retira un poco la butaca, que obstruye en parte la entrada al baño, pero solo en parte. Mira al extraño con discreta aprensión cuando pasa junto a ella. También yo me fijo en sus pantorrillas sin pelo, en ese culo escuálido que asoma por la terrible abertura de la bata.

Aguardamos en silencio los incómodos momentos que se suceden tras cerrarse esa puerta. Esperamos oír y a la vez deseamos no oír ningún ruido que provenga del interior de ese baño, del interior de ese cuerpo.

Mamá susurra algo.

—No te oigo —le digo en tono deliberadamente alto.

Señala la puerta cerrada y hace una mueca de fastidio, temerosa de que la descubran.

—¿Qué dices? —insisto.

—Hablé con Esther —cambia de tema.

—Ya sé que hablaste con Esther —respondo, recriminatoria.

Pero ella no se da por aludida.

—Cree que habría que cerrar lo de la donación cuanto antes, ¿te acuerdas de aquello que se empezó a poner en marcha con los terrenos del pueblo? Me ha parecido sensato.

—¿Y cómo lo vamos a hacer ahora que él está en coma?

—Tu padre lo dejó medio firmado, el notario sabe que era su voluntad, así que no sería problema.

—¿Medio firmado qué quiere decir? ¿Puso solo las dos primeras letras de su nombre? No veo cómo puede acabar de firmar ahora que está en coma.

—Bueno, un poco sí puede.

—No, mamá, eso es como estar un poco embarazada, o lo estás o no lo estás.

—Hija, cómo te pones, no es más que un trámite sin importancia. Y además era su voluntad.

—¿Era?

Y la puerta del baño se abre y las dos nos sobresaltamos como si hubiera aparecido un fantasma. Mamá posa un dedo sobre sus labios en señal de que se terminó la conversación.

Pero al extraño no parecen interesarle en absoluto nuestras intrigas.

—Si no están viendo la televisión, ¿les importa que la apague?

Es el último en llegar y quiere imponer sus normas. Ignora que, en los hospitales, la televisión despliega una cortina de ruido blanco bajo la que resguardar los maltrechos restos de intimidad. Pero al extraño le molesta la butaca, le molesta la televisión, le molesta nuestra presencia. Al extraño parece gustarle el silencio descarnado, donde circulan libres los ruidos de cañerías del cuerpo, donde nuestra lamentable sintaxis familiar queda en carne viva, a la vista de todos.

Ante el gesto claudicante de mamá, apaga la tele, se tumba y sigue leyendo.

Cada vez hablamos más bajo ella y yo, cada vez tenemos más que ocultar. Hasta que desembocamos en el silencio, un silencio que en los hospitales es como un panecillo prieto y sin sal.

Y me asalta la idea absurda de que no saldremos nunca de aquí, que el coma se prolongará hasta el infinito y nos atraparé en su limbo. La vida antes del hospital se proyecta en mi memoria como una de esas películas rusas, de paisajes lentos, irreales, quemados por el sol, con fotogramas que se mueven a hachazos de leñador extenuado. Pasaremos el resto de nuestros días sentadas en esta especie de purgatorio, esperando.

Puede parecer absurdo pero la realidad a menudo elige la opción más inverosímil. Y si no que se lo digan a Charles Osborne, un ciudadano de Iowa. Leí su historia en una página llamada *Las enfermedades más inverosímiles*. Pesaba un cerdo para sacrificarlo cuando le sobrevino un ataque de hipo. Creyó que pasaría. La lógica le chivó que pasaría. Todo el mundo le aseguró que pasaría. Pero lo que pasaron fueron los días, las semanas, los meses. Pasaron los años, los hijos, miles de cerdos bajo sus

manos y el hipo permaneció. El hipo lo acompañó a lo largo de su dilatada vida. Charles murió a los noventa y siete años, hipando, como había venido haciendo los últimos sesenta y ocho años. Se calcula que hipó unos cuatrocientos treinta millones de veces en su vida, a razón de veinte hipadas por minuto. Estoy segura de que ese primer día en que le sobrevino el hipo, entre la miríada de posibilidades que le ofrecía la realidad, como un bazar chino, esa fue la única que desechó por inverosímil.

¿Qué lee el extraño? Algo de una tumba, muy apropiado para un hospital. Lleva gafas sin montura, flotan sobre su nariz recta como una galleta sobre la natilla espesa. *Canción de tumba*, y en la portada, un niño moreno y guapo que, a pesar de la inocencia, parece no ignorar que la muerte nos canta desde la niñez.

La irrupción del médico a las once y siete minutos nos devuelve algo del viejo orden, refuerza nuestra posición frente al extraño.

Pero el guapo doctor, lejos de tratarnos con familiaridad, nos despacha en apenas dos minutos, como si fuéramos un periódico atrasado, y se dirige al paciente nuevo.

—Mañana a las ocho lo bajaremos para operar. Hoy le servirán una comida ligera y a partir de las seis, solo líquidos. Todos los que quiera, pero solo puede tomar líquidos.

El médico le habla en tono alto y claro, como si el paciente tuviera problemas de oído o un leve retraso mental.

—¿Sus familiares han salido? —le pregunta.

—No.

—¿Y dónde están?

—No están.

—Pero ¿van a venir?

—No creo.

—¿Y mañana?

—No lo creo.

El médico parece más contrariado que desconcertado.

—¿Y no hay nadie a quien podamos avisar en caso de...?

Deja en suspensión la frase.

—¿En caso de qué exactamente?

—En caso de que surja algún problema, en caso de que hubiera que tomar una decisión. Es algo protocolario.

—Podemos dejarlo todo zanjado ahora mismo, estoy en disposición de decidir. Dígame las posibles opciones y yo le digo qué prefiero.

—No es tan sencillo...

—Entonces hagan lo que crean mejor. Tienen mi consentimiento.

—No funcionan así las cosas. Habrá al menos un teléfono para avisar a algún familiar. No quisiera inmiscuirme en su vida pero...

—Pues no lo haga.

El extraño se ha quitado las gafas para mirarlo fijamente, con una calma oceánica.

El rostro del médico se ha convertido en cera fría que alguna vez fue una sonrisa, pero no encuentra la forma de salir de ella ni de volver a ella. Golpea el boli, nervioso, contra la carpeta de su historia.

—Muy bien, como usted quiera. Voy a llamar a la enfermera para que lo bajen a rayos —dice.

Y en mi mente completo la frase: a que lo partan en dos.

Se llevan al extraño en camilla como a un emperador romano en su litera, con el bombo florido de los trágicos vencedores. Como si los hubiera de otro signo.

Entiendo al extraño. Ese protocolo que enlaza rutina y enfermedad es nauseabundo. Para un enfermo, su dolencia supone un suceso extraordinario, acaso el acontecimiento más importante de su vida, el que podría conducirlo por un pasadizo secreto hasta la muerte. Y el médico se empeña en convertirlo en rutina, en odioso protocolo, quiere domar sus síntomas, negar la autoría de su enfermedad, que no le pertenezca al paciente sino a la ciencia.

El enfermo se resiste, claro, se niega a ser protocolo, a engrosar la estadística. Se niega a que la tecnología le prive de la intimidad de su dolencia. Desea permanecer ahí, seguir siendo él, singularmente él, tras la enfermedad.

—Qué hombre más raro —dice mamá en cuanto nos quedamos a solas—. Eso de no tener a nadie, absolutamente a nadie, resulta de lo más siniestro.

—A ver si ahora la soledad va a ser un delito...

—No, pero no puede uno fiarse de alguien que está tan solo, por algo será. Quién sabe si maltrataba a su mujer, tú que eres tan feminista. O si acaba de salir de la cárcel. Tiene pinta de cualquier cosa. La gente normal establece vínculos. A mí ese hombre me pone los pelos de punta.

—La gente normal pertenece a la categoría de seres mitológicos, mamá, no existe. El otro día vi una película que hablaba justamente de eso, de esa manía de condenar a los que no tienen pareja. Era una distopía que...

—¿Una qué?

—Una distopía, es como una utopía pero al revés. Imaginar un futuro no muy lejano en el que el mundo ha cambiado mucho y para mal.

—Ay, eso que tanto te gusta a ti, para mal...

—En la película, estaba prohibido ser soltero, era un delito no estar casado. En cuanto alguien enviudaba o lo abandonaban, venían las fuerzas de seguridad a por él, y como si de un criminal se tratara, lo expulsaban de la ciudad y lo recluían en una especie de balneario *kitsch*, a medio camino entre Suiza y Benidorm.

—¿Y qué película es esa?

—*Langosta*. Allí en el hotelito, disponían de la última oportunidad de reciclarse y formar pareja con otro huésped, antes de ser desahuciados definitivamente. La forma de ganar tiempo pasaba por cazar solteros salvajes que habitan en los bosques de los alrededores y que conforman la resistencia, maquis echados al monte que, al contrario que ellos, tienen terminantemente prohibido emparejarse, no pueden enamorarse, ni mantener relaciones sexuales.

—¿Y por qué se llama *Langosta*?

—Porque si el protagonista no consigue reciclarse y emparejarse de nuevo, se convertirá en una langosta.

—¿Y por qué?

—Porque las personas que llevan más de cuarenta y cinco días solteras se convierten en animales.

—Pero ¿por qué en una langosta? No tiene sentido.

—Porque es lo que él ha elegido. Y claro que no tiene sentido, tampoco que sea obligatorio tener pareja, que sea un delito la soltería. Nada tiene sentido, es lo que viene a decir la película. Es una metáfora de...

—Pero por qué en una langosta, no lo entiendo.

—No sé, mamá, qué más da una langosta o un leopardo de las nieves. La película es una crítica a las rela...

—¿Has visto las gambas de la cafetería? No me las comía yo ni loca. Cualquier cosa menos frescas. Claro que si has de sufrir una intoxicación, qué mejor sitio que un hospital...

Es imposible avanzar con ella a ningún sitio, desisto.

Ahora que se han llevado al extraño, tomo el libro que tiene sobre la mesilla, *Canción de tumba*, y con cuidado lo abro y leo: «Lo delicioso de los primeros días de luto era el preciso instante de despertar: cuando aún no cobraba conciencia de que mi madre estaba muerta y a la vez podía disfrutar la desaparición de la angustia permanente que durante un año me causó su

padecimiento. Luego, casi enseguida, emergía: no hay nada más siniestro que la luz. Entonces nació Leonardo: todo abismo tiene sus canciones de cuna».

—¿Tú crees que él nos escucha? —pregunta de pronto mamá.

—¿Dios?

—Tu padre.

—No lo sé. Es posible.

—Yo estoy convencida de que sí.

No concibe seguir viviendo fuera de su mirada, él es el dios que da sentido a su existencia, esa es su enfermedad. Ahora que está en nuestras manos vengarnos, enderezar el cuadro torcido de la historia, sin crueldad, por simple justicia, en vez de hacer una lectura victoriosa, ella prefiere rezar.

Alza el vuelo, mamá, despega en solitario, toma distancia y lo verás todo con claridad.

Qué importante es mirar con perspectiva. Siempre me sorprende lo perfectamente ordenada que se ve la tierra desde un avión, los campos roturados, las carreteras bien definidas, las calles trazadas a escuadra y cartabón, como si el caos humano abajo fuera pura impostura. Todo está perfectamente bien desde los aires, geométricamente bien.

Y entonces, el moribundo ha exhalado una pequeña tos, un carraspeo de dios vigilante.

Y mamá y yo hemos callado, no sé si por respeto o por otra cosa.

Me quedé en casa por la tarde. Le dije a mi jefe que tenía que ir al hospital. Le dije a mamá que tenía que ir a trabajar. No me encontraba bien. No me encuentro bien. Me acomodé en esa intersección ficticia, en ese limbo en forma de cama blanca y rectangular, donde depuse las armas. Al fin y al cabo, todo deseo de desaparecer a través del lecho es síntoma de alguna enfermedad.

Ni siquiera sé qué clase de salud me sostiene, o sostengo, si endeble o robusta, si paterna o materna.

A los ocho años, enfermé de paperas. Recuerdo que él se rio despectivamente porque pregunté si las paperas tenían algo que ver con el Papa. Había observado las abultadas papadas de los curas, estranguladas sin piedad por el alzacuellos, y las asocié a la enfermedad, no porque le supusiera un origen religioso, sino por las mágicas raíces subterráneas que, a menudo había observado, le crecían al idioma.

Él soltó una sonora carcajada, jajaja. Disfrutaba burlándose de la ignorancia de los demás, especialmente de la de los niños, especialmente de la de sus hijas.

Me quedé en casa tres días, con el rostro deformado, la mirada de menina sorprendida cada vez que pasaba frente al espejo. Leí historias de *Tintín* y *Astérix*, con algo de fiebre y bastante dificultad para tragar. Permanecí aislada. Prohibieron a Esther acercarse a mí. Fueron días de placer, de bula papal, de deambular por la casa en horarios vírgenes, de descubrir la luz inédita de las mañanas sobre el aparador de los discos, de comer a la carta, de disfrutar de esa placentera enajenación que a ratos produce la fiebre.

Dos años más tarde, cogí la rubeola. La profesora me preguntó en clase si me encontraba bien. Me tocó la frente, y a pesar de mi respuesta afirmativa, me mandó a la enfermería del colegio, donde me diagnosticaron la enfermedad, sin experimentar yo síntoma alguno. Era excitante entonces estar enfermo, rompía de cuajo el aburrimiento, la enfermedad hacía del niño el centro, el imán de todas las atenciones. Y, además, rubeola sonaba a

gominola, a moras rojas y negras del kiosco, a enfermedad benigna, dulce y rugosa en la lengua.

Cada dolencia tiene su propia sonoridad. Me gusta la rubeola, me gusta la enfermedad del beso, la candidiasis, la tuberculosis. No soporto la hernia de hiato, la úlcera duodenal, la artritis reumatoide, el flemón.

En el espejo, con el rostro afresado y las pupilas brillantes, me encontré hermosa. La enfermera dijo:

—Así no tendrás que preocuparte cuando estés embarazada.

Y entonces vi a una niña sin tetas, con el vientre grotesca y líricamente hinchado.

A los diecinueve años, caí en una depresión. No sé qué clase de enfermedad es una depresión, acaso todas las enfermedades del mundo juntas.

A los veintitrés padecí un cólico nefrítico.

—Peor que un parto —dijo la enfermera de turno, haciendo orbitar de nuevo el relato sobre el maldito eje de la maternidad.

Y por fin, como una boya en altamar, como un ochomil en mi historial médico, a los treinta y seis años, mi cuerpo produjo un cáncer.

Siempre que digo cáncer, veo un cangrejo gigante en una playa oscura.

Una tarde de septiembre, tumbada sobre la cama, desnuda porque aún hacía calor, mi índice, en un acto reflejo, fue directo a buscar aquel pequeño bulto en el pecho izquierdo, como guiado por una fuerza superior.

Por supuesto que no creo en las señales divinas, pero una voluntad que no pasó por mi cerebro, o al menos por la parte encendida de él, condujo mi mano certeramente hasta esa lenteja dura, esquiva, que se agazapaba tras dos bultos más grandes, familiares.

Acababa de quedarme sin trabajo en la revista, me había echado un amante por primera vez en mi vida y estaba pensando en romper con mi pareja después de siete años. Mi futuro era un grafiti interrumpido por la huida, no alcanzaba a imaginar su forma más inmediata, no sabía cómo continuaría esa historia cuyo relato nos avanzamos constantemente hacia dentro.

Era el final del verano pero parecía el final de una era. Escribía mis pequeñas historias, planteamiento, nudo, desenlace, pero no acertaba a saber qué le iba a suceder al personaje que yo misma encarnaba.

Hasta que toqué el bulto. Entonces lo vi claro. La protagonista de mi historia tendría un cáncer, eso era. Como en una revelación, supe que esa lenteja era el punto de giro que impulsaba la trama de mi vida. Y ya no pude pegar ojo esa noche. El lunes por la mañana, a primera hora, me desplazé

hasta el centro de diagnóstico precoz de la calle de la Estrella, donde un médico alto y simpático, que me trataba con una confianza sin coartada, no consiguió localizar el bulto a la primera. Y cuando por fin lo hizo, dijo:

—A mí no me parece que sea nada, pero la mamografía nos sacará de dudas.

Esperé junto a otras mujeres de rostros circunspectos, sentadas con las piernas muy juntas y los zapatos alineados, segura de que esta vez era yo la cruz en la estadística. Cuando de nuevo el médico pronunció mi nombre, y entré en la consulta, y me enseñó el negativo, esas sombras venidas de algún tenebroso reverso y dijo:

—¿Lo ves?, no hay nada.

Yo no lo podía creer. Siempre rehúyo de esos primeros bocetos de la muerte, no me interesa mi calavera absurdamente sonriente, ni mi esqueleto absurdamente doliente. Pero esta vez clavé los ojos en esa nebulosa interestelar plástica que gritaba que estaba sana.

El médico repitió:

—Todo bien. Nada de que preocuparse.

Pero Aristóteles no podía estar equivocado. La estructura que sostenía la literatura era la misma que la que sostenía la vida, el punto de giro narrativo seguía teniendo el tamaño de una lenteja.

Tan angustiada me vio el doctor que, para tranquilizarme, me extrajo una muestra de células de la zona para mandarlas a analizar.

—No esperes a que te llamen, estoy casi convencido de que no van a hacerlo.

Tres días después, recibí la llamada del IVO: carcinoma en mama izquierda. La simpatía nunca es portadora de buenas noticias. Los dos fibroadenomas asentados delante enmascaraban el tumor, creando una zona oculta a los rayos X, una sombra blanca donde lo oscuro crecía sin ser visto. El relato seguía avanzando.

No le hablé a mi familia de mi enfermedad, a mi padre menos que a nadie. En realidad, nunca llegué a sentirme enferma, todo era una posibilidad teórica, abstracta y apocalíptica, un relato médico de terror en el que había que confiar, del que había que desconfiar más bien. Avancé con fe en la palabra cáncer, en la palabra cura. De la noche a la mañana, entré en un quirófano, me rajaron, me extirparon el tumor, un perímetro de seguridad en forma de carne mamaria, y también el ganglio centinela, al que imaginé apostado en una torre vigía, avisando del paso de las hordas bárbaras.

Me cosieron, me radiaron, confiando todos en que el relato médico era el verdadero, el único posible.

Faltaba el tratamiento final, una cuestión de estilo. Mi oncólogo dijo que yo era perfecta para un tratamiento experimental que permitiría una terapia a la carta. Pensé en fresas con nata. Siempre pienso en fresas con nata cuando alguien dice a la carta. Mandarían parte de mi tumor a Holanda, que sonaba a tecnología superior y a modo de vida infinitamente desarrollado, y tras analizarlo y compararlo con una extensa base de datos tumorales, ajustarían al máximo el tratamiento.

Desgraciadamente, la cadena de frío se rompió y la muestra nunca llegó en condiciones a su destino. Mi oncólogo me preguntó:

—¿Qué hacemos?

Por protocolo, a las menores de treinta y cinco años se les da quimio, por protocolo, a los tumores de más de un centímetro se les da quimio. Deambulaba por una frontera peligrosa, con mis perplejos treinta y seis, y un tumor recién extraído, de 1,2 centímetros, como único equipaje.

Mi oncólogo repitió:

—¿Qué hacemos?

Y acto seguido se levantó, fue al despacho contiguo, habló con una colega y volvió armado de una seguridad ontológica, casi medieval:

—Tenemos que poner quimio.

—Vamos a pensarlo —objeté.

—Tienes que ir a la quimio —aseguró.

Estuve tres semanas recabando información en Internet, justo lo que me desaconsejaron expresamente hacer los médicos. Consulté un artículo en la *Revista de Oncología Chilena* sobre recidiva de cáncer de mama y quimioterapia y no entendí nada. Volví a leerlo al cabo de tres semanas y era cristalino.

Entretanto, un centenar de artículos científicos, consultas en la base de datos mundial más grande sobre cáncer de mama, de lo cual extraje que el porcentaje de recaídas sin quimio para tumores hormonodependientes como el mío no llegaba al siete por ciento, y las posibilidades de muerte apenas alcanzaban el uno por ciento. Era como matar moscas a cañonazos. Así se lo dije al médico:

—Es como matar moscas a cañonazos.

Puso cara de preocupación. Tuve ganas de añadir: tranquilo, que esta historia no acaba aquí, aún he de atravesar el nudo, virar en el segundo punto de giro y vivir el desenlace.

A pesar de las presiones de todo el estamento clínico, me mantuve firme y decliné amablemente su quimioterapia preventiva. Solo una ginecóloga, en una visita rutinaria, me dijo:

—Yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo.

La verdadera razón, la que no le confesé a nadie, ni siquiera a mi oncólogo, es que deseaba tener hijos, producir cigotos del tamaño de una mosca que él proponía exterminar pulverizando mis ovarios con su veneno.

Y de nuevo la maternidad en el centro, haciendo orbitar el relato.

Leí un libro de Kathy Acker que decía que tener un cáncer era como tener un bebé. Si eras mujer y no podías tener un hijo, siempre podías pillar un cáncer. Notabas un bulto y sabías que iría creciendo sin parar. Y mientras el bulto se te comía, gradualmente aprendías, como aprenden todas las madres, a amarte a ti misma.

Tal vez existiera otra razón aún más enterrada para mi negativa: el terror a quedarme calva, que venía a ser el terror a confesarle a mi familia, sobre todo a mi padre, mi enfermedad. No mostrar debilidad fue siempre un imperativo familiar. No sé si por orgullo, por rebeldía o por vergüenza, pero no podía soportar que me vieran caer. Y mucho menos tenerlos a mi alrededor durante el proceso. En el fondo les culpaba de mi enfermedad. Si el cáncer era de ellos, ¿por qué lo sufría yo?

Estar enfermo es vivido en nuestra sociedad como una debilidad deshonorosa, el símbolo del fracaso por excelencia, así que mejor quédate en casa, mejor reclúyete en un hospital, mejor muérete en privado. Como si degradarse no fuera el camino natural, como si la enfermedad no fuera más que el tiempo pasando por nosotros.

El oncólogo trató de convencerme pero desistió pronto, respetó mi decisión. Debía de pertenecer a alguna comunidad cristiana por la cantidad de hijos que asomaban por los marcos de las fotografías de su consulta, pero también era un tipo razonable y un buen médico.

Sin duda, lo más difícil del proceso fue pensar en la nada como en algo sustancial. La pequeña, diminuta idea de pasar a ser nada no cabía en mi cabeza. Desistí por agotamiento.

Nunca se lo dije a mi familia, a mi padre menos que a nadie.

A partir del cáncer, arrancó un tiempo de descuento y también esa afición que yo llamo poesía de la enfermedad y Esther, hipocondría. Ese gusto por hallar metáforas en forma de síntomas, en las que nunca sé con certeza si el sentido figurado es la carne o el esqueleto. Me atiborré de literatura de enfermedad y duelo. Leí la desgarradora *La hora violeta* de Sergio del

Molino, donde relata la muerte de su hijo Pablo de leucemia. El dolor puro, el más exacto, el definitivo.

Y también *Diario del hombre pálido*, de Gracia Armendáriz, donde narra su enfermedad renal y los largos días de diálisis. El universo entero girando en torno a esa isla en el mapa de sí mismo que es su maltrecho órgano, un terruño al que se aferra como un náufrago. Solo riñón y espera, una espera en forma de barco trasplante que lo rescate. Me gustó el tono amarillo del libro, el dolor como un eficaz tratamiento de belleza.

Leí a Anatole Broyard, *Ebrio de enfermedad*, un libro también autobiográfico, donde el periodista afronta un cáncer de próstata con lucidez, es decir, con sentido del humor. De los dos lugares comunes ante una enfermedad grave, el miedo o la sensiblería, no quedaba ni rastro. El relato del cáncer de su padre, «Lo que dijo la cistoscopia», era sencillamente maravilloso.

Empiezo a notar el fluido anestésico del sueño. Cierro los ojos, no sin antes pactar conmigo misma que mañana voy a limpiar. Los platos se acumulan en la pila, la ropa sucia en el cesto, los pelos en el lavabo. Hay cosas podridas en la nevera que sin embargo generan vida, esa locura imparable y sin sentido que es la vida, que crece caótica y locuaz, en los sitios más insospechados, cuando nadie mira. Pero no dentro de mí. Quizá sí. No dentro de mí. O quizá sí. Aún es pronto para hacer un test de embarazo.

Me acuerdo del chino, y de su posibilidad repentina de engendrar vida. Pienso que todos los síntomas pertenecen a una misma enfermedad.

Me vence el sueño.

Mamá dice, desordenando las palabras: asfixia, enfermera, oxígeno, el médico de la quinta, se nos iba. Su voz es un eco que proviene del sueño, de una realidad que imita al sueño.

La imagen de violencia ejercida por médicos y enfermeros contra el cuerpo de él se traga la absurda vergüenza que me asalta siempre que me pillan durmiendo, no importa la hora que sea. Las cuatro y doce de la madrugada. Hoy no será día de limpieza.

—Voy para allí.

El taxista me observa sin disimulo desde el espejo retrovisor. Dos ojos flotantes como un cartel de óptica, emancipados del rostro. No trato de poner cara de persona respetable que no vuelve de un after, hoy tengo derecho a transitar en las horas desiertas de la madrugada.

—Al Hospital General, por favor —le indico a los ojos flotantes—. Deprisa, mi padre se está muriendo.

Sé que es innecesaria la información, que sobreactúo. He pronunciado la frase con deliberado dramatismo, la he escupido al exterior para poder verla bien, para que me alcance de fuera a dentro y así forme parte de eso llamado realidad.

—Lo siento —dice el hombre sin girarse.

Hay un silencio, pero no es incómodo.

—Mi padre murió hace siete años y no hay un solo día en que no me acuerde de él.

Ya será menos, pienso. Los ojos se han vuelto ahora más húmedos, mucho más negros. El hombre pisa el acelerador, pero gira el volante con una suavidad futurista, como si condujera una ligera nave a través de la negrura espacial.

—¿Y cómo es alguien que lleva siete años muerto?, ¿permanece intacto o sigue cambiando?

—Yo no soy mucho de ir al cementerio —responde, incongruente—, pero cada vez está más presente en mi vida. Cada día que pasa, me asaltan más recuerdos de cuando yo era un crío y él me llevaba al Mestalla los domingos,

del bocata de blanco y negro con habas antes de entrar al partido, en el bar de..., cómo se llamaba ese bar... Sí, el que estaba detrás, en la calle de...

La imagen en el retrovisor se llena de patas de gallo. Qué más da el nombre del maldito bar. Parece leer mi pensamiento.

—Y lo recuerdo cada vez más joven, y cada vez mejor persona. Cuanto más tiempo transcurre, mejor hombre me parece, de los que no quedan, de los que no quedan —repite, afirmando con la cabeza.

—¿De qué murió?

—De un ataque al corazón.

Acaso la bondad sea genética, se transmita como un azul de ojos o una psoriasis. Y lo mismo la maldad.

Bajo un poco la ventanilla en busca del aire lúcido y enlaguecido de la noche. La madrugada convierte el caos diario en una travesura sin importancia, la madrugada como una madre consentidora que vela por nosotros, que hace el trabajo sucio, que recoge la basura, que riega las aceras, que reordena el mundo mientras dormimos para devolvérselo intacto al despertar.

Me conmueven de pronto esos ojos, la firme sencillez de esas manos sobre el volante.

—Y lo sabio que era, ojo, que ya vaticinó hace más de veinte años que todos esos moros de mierda iban a acabar con nuestro mundo. Y mucho antes de lo de las torres gemelas.

Ha pisado el freno con algo de brusquedad ante el semáforo rojo. Ahora agita el dedo índice frente al espejo retrovisor, como si a través de ese púlpito se dirigiera a un masivo auditorio.

—Él ya vio la solución, cada uno en su casa y Dios en la de todos. Cada uno su dios, claro está, que tampoco a ellos conviene mezclarlos. El tío ese del cinturón que ha salido hoy en las noticias, mano dura con él, pena de muerte y ya verás como se les quitan a otros las ganas de imitarlo.

Bajo aún más la ventanilla para que el aire de la madrugada me golpee en la cara.

Mi ceguera es sin duda la más oscura de las noches.

Llegamos por fin a la entrada del hospital, vacía a estas horas.

—Siete con veinte —dice el taxista—, y mucho ánimo.

Le doy las gracias. No tengo el valor de recuperar los ochenta céntimos que sobran de la carrera, ni siquiera de dar un portazo. Cierro con suavidad cobarde.

En la habitación, me encuentro con la misma calma de siempre. ¿Y qué esperaba: luces de emergencia, médicos corriendo de un lado a otro, un cortejo fúnebre? La realidad es un lugar sosegadamente hostil.

Mamá, sentada en su sillón, conserva la altiva languidez de la nobleza retratada. Él permanece en la misma posición que cuando lo dejé, salvo que ahora incorpora una mascarilla de oxígeno que le da un aire a Dennis Hopper en *Terciopelo azul*, un monstruo neutralizado.

En cuanto se apercibe de mi presencia, se activa el drama, los gestos, el relato de una tragedia que aquí no conmueve a nadie, ni a enfermeros, ni a médicos, ni a celadores, tampoco al extraño. Un anciano que se muere es poca cosa en un hospital.

La luz que cae sobre los muebles, sobre las paredes, sobre la piel, sobre los cabellos, es una luz fluorescente, mate, agónica. Y me apiado del viejo moribundo, de la pobre mujer, de este mundo de taxistas.

El extraño abre los ojos.

—Vaya nochecita le estamos dando —le dice mamá—. No habrá podido pegar ojo.

—No se preocupe, en un rato me espera una buena siesta en el quirófano.

Creo que es la primera vez que se muestra amable. A mamá la adrenalina de la noche parece haberla rejuvenecido, su piel resplandece como la de un anfibio.

Esperamos el amanecer, cada uno en su puesto, como si el día hubiera trasnochado y se retrasara a su cita habitual.

Esther aparece cuando el sol despunta ya tras el edificio de maternidad. Abraza a mamá, la abraza con una pena que parece tan auténtica que me desconcierta.

—El médico ha tardado una eternidad en venir, y las enfermeras no sabían qué hacer —se regodea mamá.

—Voy a hablar con algún responsable. No puede ser que no haya un solo médico de guardia en toda la planta.

De nuevo su manía de subrayar las frases con rotulador rojo, de superar su culpa con exigencias a los demás.

—El médico ha tardado tres minutos en llegar —dice el extraño.

—¿Cómo lo sabe? ¿Acaso estaba cronometrando?

Más que contrariada, Esther se ha girado hacia él agresiva.

—He avisado yo, y sí, no tenía otra cosa que hacer que mirar el reloj que tiene justo ahí encima —señala el extraño.

Y Esther mira el crono sobre su cabeza, como si estuviera armado con una hoz mitológica.

—Tres minutos y siete segundos para ser exactos.

Disimulo una sonrisa.

Esther cambia de tema. Se mueve nerviosa por la habitación, revisa la bomba de oxígeno, pregunta por el mantenimiento, cambia el bolso de mamá de sitio, aparta la cuña.

—Eso es mío, si no le importa —dice el extraño.

Esther la ha soltado con asco, como si aún contuviera restos de orina. Ahí sí se me ha escapado una risa, en un primer momento, pero he conseguido cortarla limpiamente.

Solo cuando Esther se va, me doy cuenta de que hay un gran centro de flores en el estante, junto a la ventana.

—¿Y esas flores?

—Son para tu padre. Vino un chico a traerlas, un impedido.

Esa forma que tiene mamá de decir impedido, disolviendo a partes iguales compasión y desprecio. Es un ramo sencillo pero con gusto. Leo la nota que lo acompaña:

Y su afanoso sueño
de sombras, otra vez, será el retorno
a esta corporeidad
mortal y rosa donde el amor inventa su infinito.

Brígida K.

No la entiendo. Releo los últimos versos: a esta corporeidad mortal y rosa donde el amor inventa su infinito. No puedo desentrañar su significado. Vuelvo a leerlos, a esta corporeidad mortal y rosa donde el amor inventa su infinito. Sigo sin entender.

—¿Qué quiere decir esto?

—No lo sé, no he tenido tiempo de pensar en flores, como comprenderás.

Se la leo en voz alta:

—Y su afanoso sueño de sombras, otra vez, será el retorno a esta corporeidad mortal y rosa donde el amor inventa su infinito.

—Es bonito. Parece un poema.

—Pues claro que es un poema. Pero ¿a qué viene?

De pronto me saca de mis casillas.

—¿Y quién es Brígida K? ¿Tú tienes idea?

—Una cliente, creo.

—No entiendo a qué vienen estos versos. ¿Tú lo sabes?

—Son de un poema de Cernuda, si no recuerdo mal. Son los versos que tomó prestados Umbral para su *Mortal y rosa* —interviene el extraño.

Miro a través de él, a través de sus palabras como de una gelatina turbia. Trato de penetrarlas pero solo tiemblan. Es la combinación lo que no puedo asimilar: poesía, flores y él.

La enfermera más dulce sobre la tierra entra y le ajusta con delicadeza la mascarilla al monstruo de las flores, comprueba los niveles, cubre con su bondad todos los rincones de la estancia.

La realidad siempre me saca una cabeza de ventaja, estoy cansada de correr. Me desplomo sobre el sillón.

—¿Quiere un poco de agua? —Me ofrece el extraño.

Me gusta la ternura sobrevenida que se cuele entre dos cuerpos desconocidos, imperfectos. La intimidad derivada de esa aceleración espacio-tiempo a la que nos arroja la abrupta desnudez de los amantes que aún no han transitado el camino de la confianza.

No hace falta enamorarse para disfrutar de esa intimidad. De hecho, es necesario no enamorarse. Sin el lubricado del amor, los cuerpos se rozan con incómoda violencia. Sin el baño del enamoramiento, emerge el patético desvalimiento de la carne, brillan los defectos a secas.

Óscar es joven aunque no está bien formado, por más que a diario se machaque en el gimnasio. Vestido lo disimula, pero desnudo sus hombros resultan demasiado estrechos, su trapecio se desploma con abrupta tristeza.

Pertenece al grupo de nueva generación. Puedo identificarme sin problemas con una persona de sesenta años, pero de la generación inmediatamente posterior a la mía me separa una brecha insalvable, como si estuvieran emparentados con chinos o con robots. Destilan un individualismo que me desconcierta, una incapacidad para el sufrimiento que no entiendo, cierta rebeldía desde el acomodamiento. Tengo la sensación de que este mundo les pertenece más.

Óscar es del Atlético de Madrid. A ratos, su conversación está a punto de ser inteligente, pero cae inopinadamente en la asepsia. Ha estudiado ingeniería industrial, aunque es perfectamente inculto.

En su perfil, va en bicicleta por la montaña. Los elijo sanos, es el requisito más importante, lo cual es absurdo si tenemos en cuenta que los hábitos no se transmiten a través de los genes. Nunca dejo que me inviten, por más que insistan.

Tolero la inmadurez. No soporto la prepotencia, ni la violencia, aunque tampoco se transmitan genéticamente. Óscar se sorprende de que haya estudiado filología hispánica, le ha faltado preguntar: pero ¿no hablabas ya español? Igual es porque trabajo en un bar. Lo cierto es que también a mí cada día me parece menos evidente el sentido de mi carrera.

Óscar tiene los muslos gruesos. Come con ansia, cosas sabrosas, vulgares, que aún no le pasan factura porque es joven y hace mucho deporte. Imagino a

un niño con sus muslos y no me desagrada, un niño antiguo y macizo, con faldones bordados.

Habla alemán. Le pregunto por esa palabra que significa alegrarse del mal ajeno, y que incomprensiblemente no existe en español. No sabe de qué le hablo. Le gustan las series, le gusta el waterpolo, no le gusta pasar dos horas solo en una terraza al sol.

Me aburre.

A pesar de eso, me esfuerzo sexualmente. He imaginado al extraño, tumbado a nuestro lado, con su bata azul y las gafas flotando sobre la nariz, mirándome, aprobando mi técnica. Buen movimiento, ahí has estado bien, un cambio de ritmo interesante.

Pienso en la improbabilidad de que el extraño tenga un perfil en una red social, fantaseo con su identidad, quién es, a qué se dedica, y sobre todo cuál es su enfermedad.

—¿Qué piensas? —ha preguntado Óscar.

Me he ruborizado.

—En que este otoño, con lo que ha llovido, habrá muchas setas.

—A mí me encantan las setas. Sobre todo los boletus y los rebollones.

Su frase en el perfil de Badoo lo dice todo: Sencillamente yo.

Busco amantes sanos, deportistas, como si eso garantizara algo. Busco amantes que no sean promiscuos en exceso aunque advierto la contradicción, pues propongo sexo a pelo en la primera cita. Suelen aceptar. Los condones permanecen en el bolsillo del pantalón, envueltos en la oscuridad del plástico.

Cada vez son más jóvenes. Cada vez nos separa más el lenguaje, y su falta de patologías manifiestas.

Nadie conoce mi plan, salvo yo misma. A veces me pesa y trato de simultanear varias citas en la misma semana para permanecer yo también en el otro lado, el de la duda, para no mirar un día a ese niño sin padre y repetir aquella noche en bucle, con toda su espiral de detalles.

El montañero fue un error, una oportunidad que debí dejar pasar. A la mayoría los pesco en la red, donde resulta fácil concertar relaciones esporádicas en la era postsida. Una foto de medio rostro en un favorecedor blanco y negro me permite acceder a un vivero de fértiles desconocidos.

Hubo un ruso que viajaba solo, había vivido en Bruselas, en Riga, en Cracovia, en Ámsterdam, había trabajado de albañil, en el campo, como repartidor, de lo que saliera, todos trabajos sudorosos y manuales. Me gustaba. Provenía de una pequeña ciudad cerca de los montes Urales donde la policía, de noche, apalea a los borrachos que sucumben en su camino de

vuelta a casa, los cose a patadas y puñetazos para que no mueran congelados. Y ellos se lo agradecen.

Hubo un reponedor de Carrefour de veintidós años que cantaba ópera, un estudiante de física al que le faltaba un riñón, un economista experto en paraísos fiscales que leía poesía inglesa del XVII.

Con todos ellos compartí una larga vida imaginaria que duró entre cuatro y ocho horas, junto a la posibilidad de unir para siempre nuestras líneas genéticas.

Tenemos tendencia a atiborrar de romanticismo nuestra historia genética y es un error. Me es difícil querer a mi padre por llevar sus genes, me es difícil odiarlo porque llevo sus genes. No quiero esa trampa para mi hijo.

Debo amarlos a todos, porque todos serán su padre, el mundo será su padre putativo. Esto es una cursilería importante, por lo que debo de estar siendo cruel en algún punto.

Óscar tiene treinta años y la autoestima manoseada por el paro. No encuentra trabajo, está pensando en irse fuera de España pero no lo hará, no es de los que se marchan. Vive con sus padres aunque intenta esconderlo tras un piso compartido que ahora temporalmente ha tenido que abandonar. El paro resulta aún más devastador en los hombres.

Quiere volver a quedar conmigo aunque no sepa quién soy. Pide un asalto más, pero ni siquiera rebasará los límites de su *ring* interior, solo pretende demostrarse a sí mismo que puede conquistar.

Pago la habitación del hotel con la tarjeta, sesenta y dos pavos.

Él es aún demasiado joven para considerar ninguna enfermedad. Ignora que nuestras dolencias, de alguna manera, nos acompañan. Para Umbral, su bronquitis era multitud. Cuando tosía, decía que era como si apaleasen una alfombra histórica, con miles de cuerpos mediocres, con docenas de yoes escondidos que se desprendían de él y quedaban indecisos en el aire de diciembre. Cuando estoy sano, soy yo solo, decía.

Empiezo a comprender que somos mortales y rosas.

Nos despedimos en la esquina, con un beso. Le doy mi teléfono, nueve números al azar que no llegarán a ninguna meta.

Tampoco es seguro que esa carrera de espermatozoides vaya a tener un claro vencedor.

En el puerto, me recibe el escenario de aquellas lejanas mañanas de domingo, de principios de los ochenta: el mismo muelle, el mismo edificio de oficinas cagado de gaviotas, el agua tranquila y fosca en la que nos reflejábamos Esther y yo, cuando apenas alcanzábamos el metro de estatura. Es el mismo paisaje aunque en el recuerdo la luz es claramente distinta, más azul, más verde, más polaroid en definitiva.

Algunos domingos por la mañana, Esther y yo acompañábamos a nuestro padre a la oficina de transportes en el puerto, a que supervisara, a que diera alguna orden, a que aplacara en definitiva la desazón que le producía estar demasiado tiempo lejos del trabajo, sin imponer su ley.

Hoy me parece imposible que estos dos tiempos de vida hayan sucedido en una misma localización. La adulta asegura que sí, pero la niña se empeña en negarlo con encono.

Tal vez la luz sí sea objetivamente distinta, y el cambio climático tenga un impacto directo sobre la nostalgia al fin y al cabo. Una profesora de física me explicó una vez que el maravilloso cielo anaranjado y fucsia que contemplábamos se debía en gran parte a los altos niveles de contaminación de la ciudad, que multiplicaban su brillo, que hacían que refulgieran sus colores hasta casi parecer sobrenaturales. Los gases acumulados formaban una capa donde el cielo se reflejaba cual narciso en un espejo. Cuanta más contaminación, más intenso el atardecer. El apocalipsis como el más sublime de los espectáculos. Me pareció triste y hermoso a la vez.

Aquella niña polaroid evitaba cogerle de la mano cuando caminaban por los tinglados, y si lo hacía, solo existía ya mano y sudor, y luego solo sudor, hasta que se soltaba.

Cuando entro en la oficina, el ambiente es distendido. Sandra, de pie junto a la fotocopidora, ríe con un compañero de coleta mustia y camisa con exceso de brillo, circunstancias que ella pasa por alto a juzgar por la coquetería con que apoya su brazo sobre la cadera.

El espacio se ha achicado. El sol loncheado que se filtra por las venecianas le da a la estancia un tono más alegre del que recordaba. Por fin

Sandra se apercibe de mi presencia y se dirige hacia mí, mientras compone un rictus grave por el camino.

—¿Cómo está tu padre?

Me habla en susurros, como si no quisiera despertarme de una pesadilla. Hace más de quince años que no nos vemos, sin embargo su familiaridad es fresca, de la semana pasada.

Anoto otro de los logros de la enfermedad: contraer el tiempo a voluntad.

—Estamos todos consternados —añade.

Consternados, que es palabra de telediario.

—Duerme —le digo—. Duerme todo el rato, como un recién nacido.

—Ah, mucho mejor —asegura ella con alivio.

—Según los médicos, no es probable que salga del coma. He venido porque quería pedirte algunas direcciones. Hemos recibido flores y mensajes de apoyo, y la familia quería agradecerlo, con una nota al menos, ahora que él aún está... aquí.

Y cuando digo *aquí*, pienso en el agua oscura del fondo del muelle, no en el vaivén tornasolado de la superficie sino en la negra quietud allí abajo.

Sandra se muestra solícita. Se agacha hasta el ordenador, y la falda de lanilla se ciñe a sus caderas, inventando la curva. Cuántas veces habrá clavado él su mirada en esas caderas. Todo su cuerpo se asienta sobre ellas, sus ojos frágiles, casi transparentes, sus manos finas, sus pechos pequeños, todo encuentra acomodo en esas caderas. El edificio entero se asienta sobre ellas.

Saco un papel, lo desdoblo y leo:

—Lucía Méndez.

Sandra, frente al ordenador, de espaldas a mí, apunta.

—Carlos Vergara.

—Estará muy afectado, Carlos. Apreciaba mucho a tu padre. Aprecia —se apresura a corregir.

Aprovecho su azoramiento para lanzar el nombre.

—Brígida K.

Se produce una pausa.

—Venía así firmado, solo K.

Su coleta alta, como un detector sísmico, permanece quieta, sospechosamente quieta.

—Parece un nombre de espía —comento, frívola.

Sandra tarda unos segundos más en reaccionar.

—Debe de ser Brígida Kozlowski —apunta al fin—. El teléfono no lo tengo, solo la dirección.

Y sé que miente, que de espaldas busca una respuesta por si pregunto: «¿Y quién es Brígida, Sandra?, ¿cómo alguien tan insignificante como tú, a pesar de tus caderas, conoce secretos familiares que hasta yo misma ignoro?».

—Con la dirección será suficiente, gracias. Es solo una nota de agradecimiento.

Las dos fingimos. Y cuanto más fingimos, mejor va todo. La vida se compone en tres cuartas partes de fingimiento, un inmenso océano en el que flotan unas pocas verdades como islotes. Si anudáramos los minutos, las horas, los días dedicados a la simulación, los saludos amables a los vecinos cuyas plantas gotean, cuyos hijos molestan, las continuas negaciones, pero qué me va a haber sentado mal a mí eso, claro que me ha gustado tu libro, compondríamos una vida que nadie sabe bien a quién pertenece, tal vez una vida colectiva, fruto de algún peaje social obligatorio.

De alguna manera siempre he admirado su sinceridad, o más bien su capacidad de pasárselo todo por el forro, de mostrarse socialmente incorrecto. Pensaba que su posición lo libraba de fingir, que es cosa de pobres, de asalariados. Por supuesto que había imaginado putas, secretarias, pero nadie que lo soportara con regularidad, nadie que fingiera quererlo de forma sostenida, más allá del perímetro familiar. ¿Quién eres, Brígida Kozlowski?, ¿cuánto tiempo llevas fingiendo desde el otro lado?

Mi frase favorita de Cioran es «Yo sé que todo es irreal, pero no sé cómo probarlo». A ella podría contraponer: «Yo sé que todo es real, pero no sé cómo imaginarlo».

Me despido de Sandra y de sus caderas contundentes, por las que siento un repentino cariño, y dirijo mis pasos hacia la dirección que arrugo en el bolsillo, plaza de Santa Mónica, número 37. Es bueno tener una misión y además el sol es cada vez más azul.

Pero al llegar a mi destino, caigo en la cuenta de que no tengo ningún plan. Me siento en un banco en el parque de la plaza y espero, no sé muy bien qué.

La realidad se parece a la espera, tiene ese ritmo estático, preñado de verdades, un poco irritante también porque uno siente que algo está a punto de suceder y todo lleva sucediendo desde hace millones de años.

Un abuelo vigila a su nieta que juega en el columpio. Podría ser una bellísima persona o un pederasta, un amante tierno que barre la casa y friega los platos después de cenar o alguien que tiró barras de labios a la basura o

rompió de un puntapié la puerta del dormitorio. Pero ahora, el vaivén del columpio suma el cuerpo de la niña al movimiento de la vida.

Cuento los pisos, un, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, hay plantas en el presunto balcón, presuntas flores bien cuidadas.

Hago guardia en una frase mortal y rosa, mientras pienso que tal vez nos parezcamos más a nuestro fingimiento que a nuestras verdades, que puede que esta sea la última mentira que me conduzca por fin a la realidad.

Pasadas las dos, se aproxima al portal del número 37 un muchacho que camina con dificultad, el impedido. Alabea el cuerpo con cada paso que da, sus piernas forman una equis hipnótica, imposible no atender a su enigma. Su rostro es agraciado, pelo largo, moreno como el mío, boca ancha y bien formada, a pesar del rictus espasmódico que tensa su expresión, a pesar de esos hilos que estira una naturaleza cruel.

Se despide de sus compañeros en la esquina. No hay compasión en los chavales, ni un gramo de autocompasión en él.

Imagino la mirada de él sobre el chico. Él, que siempre consideró la debilidad física como una debilidad del alma que el cuerpo no ha logrado contener.

Seguro que por eso se esconde tras el coma y me niega lo que he aguardado pacientemente durante años: su vulnerabilidad.

El sol me da en la cara y me deslumbra. Aun así, creo que sería capaz de reconocer a Brígida entre todas las mujeres que entraran en ese zaguán.

Desperté en el banco un rato después, sin recordar cómo me había quedado dormida. Tres hojas de castaño habían caído sobre mí, como si yo fuera un haiku o una tumba.

Una, dos semanas, no creen que llegue a tres. Los médicos no pueden precisar, nos aseguran, eso sí, que no se observa ninguna mejoría. Ahí sí se afirman en la negación. El lenguaje médico es un contralenguaje, siempre reaccionario, que se resiste a traducir con fidelidad la realidad del cuerpo. Sorteando no solo la muerte con finísimos tropos, también los secretos mecanismos de la enfermedad, rehúye de la claridad a través de calambures y retruécanos.

Por lo visto, por razones retóricas que no me han quedado del todo claras, sus órganos acabarán colapsando, eso ha dicho el doctor. Y en ese «colapsando», he visto coches en forma de riñón, embotellamiento de vísceras echando humo al final de la tarde.

El hígado llevará la batuta en esa orquesta que se desafinará hasta la estridencia, dando paso al silencio, que son todos los sonidos juntos, igual que el blanco es la suma de todos los colores. Por eso no podemos oírlos, porque pronuncia todas las palabras del castellano a la vez, un enjambre indescifrable de la Real Academia de la Lengua Española en la boca.

Será el hígado el que arrastre al resto de sus órganos hacia el fondo, él, que nunca ha bebido en exceso.

Por un capricho gastronómico, hígado e higo comparten la misma etimología en español. A los romanos les gustaba alimentar a ciertas aves con higos para después comerse su hígado bien dulce, de ahí la unión eterna a través del lenguaje.

Imagino su hígado rojo, dulce por dentro, a punto de colapsar. Imagino romanos comiendo de él. Imagino aves picoteándolo. Imagino romanos comiendo esas aves.

No sé cuánto voy a heredar. El dinero se yergue en un tabú tan poderoso como la muerte, cada vez nos avergonzamos más del sucio tacto de los billetes, como un día hicimos con el frío tacto del oro. El dinero que va haciéndose elipsis, y cuanto más desaparece de la narración, más la impregna. Cuanto menos se habla de él, más se acumula en secreto. Aparte de la donación, ¿habrá alguna herencia directa?, ¿a cuánto ascenderá?, ¿tendrá cuentas secretas? No me atrevo a preguntar.

¿Quién es Brígida, padre? Creo que voy a empezar a llamarte padre a partir de ahora. Por la palabra asoma Shakespeare para procurarme sosiego. Se cuelan también tragedias, traiciones y muertes, pero amansadas todas por el tiempo hasta tornarlas indefensas.

De vuelta al hospital, la pregunta marca el paso, se convierte en un bulbo del que florecen otros pasados posibles, con colores mucho más vivos que el oficial. Quién es Brígida, padre. Zumban las abejas alrededor. Busco una respuesta como un atajo a la realidad.

En cuanto entro en la habitación, aprovechando que mamá está en el baño, le suelto a bocajarro:

—¿Quién es Brígida?

Silencio. Todas las respuestas juntas. Oigo el líquido correr tras la puerta del baño.

—¿Quién es Brígida? —repito con autoridad.

Las evidencias no necesitan de palabras.

—Ve a tomarte un café —le digo a mamá cuando sale del baño, casi se lo ordeno.

Comprendo a la velocidad de la luz, una luz que abrasa los últimos rincones y hace caer las vendas que cubren los ojos, y hasta los ojos de leche con ellas.

Por supuesto que sospechábamos que tenías amantes, que eras infiel a pesar de tu timidez, pero siempre dentro de la gama de secretarias o de prostitutas, sexo de fogueo, transacciones con fingimiento como moneda de cambio, penes de charcutería, gemidos de los chinos y billetes de curso legal, eso era todo.

Nunca la posibilidad real del amor, jamás alguien que pudiera quererte más allá de mamá. Y más extraño: que tú pudieras querer a alguien. Y más extraño aún: que hubiera poesía entre vosotros.

De pronto estoy jugando en la calle donde vive mi amiga Marta, en una avenida con palmeras. El día está nublado. Salto al tres de la rayuela, abro las piernas para pisar el cuatro y el cinco a la vez, disfruto del movimiento como solo lo hace la carne que crece. Y cuando levanto la vista, ahí está él, al otro lado de la calle, de pie junto a un coche. Reconozco su perfil, sus patillas negras, de pelo rebelde, su ligero tupé, el cuello robusto de quien hubiera querido ser boxeador.

Su brazo se apoya en la espalda de una mujer rubia, apenas la roza, su mano está dejada caer al final de esa espalda, casi muerta, y al mismo tiempo toda la vida se concentra en ella. La niña mira esa mano, como si tuviera que

descubrir las siete diferencias. Algo desentona en aquella imagen pero no acaba de desentrañar qué. Es un acertijo que no logra descifrar. Y entonces él se gira y sus miradas trazan una línea fluorescente muy recta, ella está a punto de gritarle algo, de levantar el brazo en señal de saludo, pero él se da la vuelta, y aparta la mano de esa espalda. La larga cabellera rubia se revuelve en cascada y los dos desaparecen por la avenida.

Me pregunto ahora quién temía a quién en el fondo, si todo el desprecio de tantos años, tu dureza, tu indiferencia, tu rechazo en definitiva tenían su origen en ese gesto sorprendido de intimidad. Si traducidos no significan más que miedo, miedo a que la niña hable, miedo a que la niña haya visto, miedo a que la niña sepa.

Si no has sido otra cosa que reacción durante todos estos años, y yo la mina terrestre que podía hacer saltar por los aires tu vida paralela, tu gran mentira.

Pero la niña nunca dijo nada. Ni siquiera supo que lo sabía. Simplemente archivó ese anacoluto mano espalda, ese verso suelto en forma de gesto, en algún rincón de su memoria, en un estante del almacén donde nadie mira nunca, donde ahora rebusca, ya adulta, entre el polvo y las telarañas.

Si son insondables los misterios del cuerpo, aún lo son más los de la memoria.

Si era solo una niña, por Dios. Bastaba con haber dicho: te lo inventas. O: no era yo, la niña está confundida.

Pero el secreto en forma de amor rubio fue creciendo como un callado tumor, devorando cualquier sana evidencia.

Sin abrir los ojos, sin activar un solo músculo, sigues moviendo los hilos desde tu cama. Ahora alteras el pasado, desplazas el eje unos cuantos grados haciendo que nuestra historia familiar se reescriba, y tu mal humor de aquellas noches lejanas muta como por arte de magia en frustración, tu desprecio en justa contrapartida por el sacrificio de permanecer junto a nosotras, anclado a la familia. Tu inquina en temor a que revelara tu secreto.

Has pasado de verdugo a mártir sin mover una ceja. Un último giro digno de ti.

La enfermera rechoncha despierta suavemente al extraño.

—Tome.

El extraño abre los ojos, y casi al unísono la boca. Tiene el salir del sueño dócil y confiado de un niño. Se traga la pastilla. Su piel está tensada como un sillón de cuero, aunque tiene el color del pollo hervido.

Aun así, consigue ser él todo el tiempo, posee una rotundidad que desprecia cualquier variación cromática o de textura, que obvia que la palabra enfermo significa justamente falta de firmeza.

Los contornos de tu barba por el contrario se difuminan sospechosamente, podrían transformarse en cualquier momento en algodón de feria, en tentáculos de medusa, en cables eléctricos de un robot desguzado.

Tu rostro varía según la luz. A veces sereno, otras enfadado, a veces te crecen sombras macabras entre los relieves. Ahora pareces triunfante, sutilmente divertido.

La enfermera amable extiende decorosa la mampara de separación y conmina al extraño a orinar. El ajeteo al otro lado me da una idea de lo que sucede, la cuña, el amarillo derramándose sobre el blanco, el olor. Cuántas humillaciones de hospital seremos capaces de soportar.

—Encontré el poema. No era de Cernuda sino de Salinas. Dedicado a Katherine.

No puedo creer que la cabeza que sobresale del biombo me esté hablando.

—¿De Salinas?, ¿de Pedro Salinas?

Seguro que no es de Julio Salinas, futbolista. Me entretengo arreglando las sábanas del comatoso para desviar la vista.

—Sí, dedicado a Katherine, la profesora norteamericana que conoció en uno de sus cursos en la Universidad de Santander: Katherine Whitmore.

Katherine y Brígida K. se funden en mi mente en una única rubia, extranjera, distinguida, amante.

—Y supongo que se enamoraron.

—Dan buena cuenta tres poemarios dedicados a ella y cientos de cartas.

—Y él estaba casado, imagino.

—En aquella época, todo español o era cura, o estaba casado.

Sonrío. En un instante, al comatoso se le ha puesto cara de párroco.

La enfermera retira el biombo que nos separa y veo un gesto de molestia en el rostro del extraño.

—¿Le duele?

No es empatía, tampoco sadismo. Me interesa su dolor físico. Me interesa todo lo que tiene que ver con su intervención, con su enfermedad. Quisiera saber el momento exacto en que descubrió el primer síntoma, qué estaba haciendo cuando el primer aviso en forma de dolor, de sangre o de pinchazo, si imaginó entonces que aquello lo conduciría hasta esta cama de hospital donde yace ahora. La única historia que me interesa es la historia de los

cuerpos, su deriva. El cuerpo como la única manera de medir esa convención que llamamos tiempo.

Me produce una gran impotencia cuando leo noticias sobre muertes famosas y pasan por alto el motivo del deceso, o lo despachan con una línea eufemística, larga enfermedad, dejando fuera el verdadero interés del relato. Repaso la loa a su trayectoria profesional en diagonal, con ansia, buscando el dato fundamental que ya sospecho van a escamotearme una vez más.

Informar sobre la enfermedad debería ser un derecho básico, un servicio público.

—No mucho —responde el extraño—. Las drogas hacen su trabajo. La mujer de Salinas se enteró de la existencia de Katherine e intentó suicidarse.

Ahora mamá engulle tres cajas de Tranxilium y dos de Orfidal.

—El poeta nunca abandonó a su esposa. Vivió su amor con Katherine en la clandestinidad, en la distancia, en multitud de cartas, en varios poemarios. Una suerte para nosotros, después de todo, un amor literario y por tanto universal.

—Un amor virtual antes de las redes.

El agua del vaso sobre la mesilla forma una línea recta perfecta. Es increíble cómo algo líquido puede describir tan limpiamente la rectitud.

—Pero no consigo desentrañar esos versos —digo—, no sé si son de amor o de despecho.

Y el extraño toma sin permiso la nota de la mesita que nos separa y los lee en voz alta, con dicción impecable, con una voz actoral antigua, de Estudio 1 de Televisión Española: «Y su afanoso sueño / de sombras, otra vez, será el retorno / a esta corporeidad / mortal y rosa donde el amor inventa su infinito».

Definitivamente, Katherine y mi padre vivirán su gran amor una vez muertos, retozarán en la eternidad, sobre un lecho de nubes, donde inventarán su puto infinito.

—La poesía siempre ha de contener un misterio.

—¿Es usted profesor de literatura?

—No.

No se considera en la obligación de ampliar su respuesta.

—Yo estudié filología hispánica.

Hago una pausa que no espera nada.

—Aunque trabajo en un bar. Pongo cañas. Cañas, cafés con leche y carajillos. Ese sería el orden: cañas, cafés, carajillos. ¿Y cómo acabó esa historia de amor?

En ese preciso momento aparece mamá. Y quiero que el extraño se calle, entenderá que ha de callarse. Pero él sigue hablando.

—No sé si acabó. Los amantes siempre son eternos, solo las parejas se rompen.

Tal vez busque provocar, dinamitar los falsos cimientos sobre los que se asienta nuestra familia. Supongo que a estas alturas ya sabe que somos una compañía teatral de gira.

—Dice Esther que hay un médico que practica una terapia de choque que funciona con algunos pacientes en coma —comenta mamá.

—¿No lo dirás en serio?

—A mí me parece sensato intentarlo.

Me indigna de pronto.

—Si Esther te propusiera criogenizarlo, te parecería sensato. Si propusiera que lo embalsamáramos y compráramos un terrenito en Egipto para construirle una pirámide, te parecería sensato.

—No digas bobadas.

—Creo que no has entendido la situación: se muere, mamá, no va a salir de esta. Sus órganos están viejos, ya no funcionan. Fin de la historia. Claro que igual queréis que salga del coma a toda costa para que firme...

Ahora se ofende. Escenifica el agravio con gestos mudos, como un actor de kabuki. Me dan ganas de arrojarle a Brígida a la cara.

—Tu padre lo dejó preparado porque era su deseo. Dice Esther que el jueves tienes que ir a la notaría a firmar, a primera hora mejor.

—Dice Esther, dice Esther, si tiene algo que decir Esther, ¿por qué no viene aquí y lo dice?

—¿Les importaría bajar un poco la voz? Es imposible concentrarse —nos interrumpe el extraño.

Lo miro indignada, pero él no levanta la vista del libro, continúa leyendo como un perfecto idiota.

—También podemos llamar a José Luis Moreno y que le meta una mano por el culo para que firme ante el notario —le espeto a mamá, bajito, entre dientes.

La he visto, al extraño se le ha escapado una sonrisa. Puede que ella tenga razón y sea un sádico, después de todo.

—Tú nunca has sido muy buena para los asuntos prácticos, así que mejor déjaselo a tu hermana —zanja mamá.

Y me callo porque tiene razón y porque en el fondo me da igual lo que hagan con los terrenos prácticos y la práctica casa del pueblo. Nunca se me

han dado bien los asuntos prácticos. Tengo carnet de conducir pero jamás he cogido un coche que me lleve a ningún sitio, me parece un milagro que los vehículos pasen tan cerca unos de otros sin chocar, hago como que entiendo, el tráfico, la declaración de la renta, el cambio horario, si ganamos o perdemos una hora, por qué he de ir cada mañana al bar, qué relación tiene eso con darle al interruptor y que se haga la luz, con abrir el grifo y que se haga un río, con meter una llave y poder resguardarme del mundo, pero en realidad no entiendo nada, prácticamente nada.

—No, si a mí en el fondo me da igual. Arregladlo como queráis.

No me importa el notario, no me importa que sea Esther quien lleve los asuntos económicos, que me expulsen del país de las cosas prácticas.

Pero por primera vez deseo estar en el hospital, siento que este es mi sitio, junto a la muerte, la cosa menos práctica que se me ocurre. Este espacio junto a la cama es una conquista de la realidad en la que planto bandera.

La ilusión de finitud, de que el puzzle llegará algún día a completarse y arrojará una figura nítida, reconocible, cada día se me antoja más como eso, como una ilusión. No cesan de caer piezas nuevas que ensamblar mientras se mantiene el absurdo empeño por las formas finales, la obsesión por el sentido, por fijar lo que está en continuo movimiento. Imposible enfocar la fotografía borrosa de la realidad. Moriremos inciertos, desdibujados, igual que vivimos.

Aun así, busco encajar a Brígida en nuestros huecos familiares, a ella y a su hijo.

A esta hora de la mañana, el bar está tranquilo. Ya pasó el tiempo del desayuno, y no es hora aún de la caña sin culpa. Han desfilado los habituales: Manolo, que dice estar prejubilado, pero percibe un subsidio miserable y mide su exigua paga en quintos, como en la antigüedad se medía en sal. Paco, que de buena mañana se mete en el hueco del cuerpo un carajillo y una cazalla, antes de encaminarse a esnifar pintura en la obra. Elvira, que limpia las oficinas de la esquina y hace una parada a las ocho para tomar un café con leche y una tostada con tomate. Se produce una simbiosis entre los clientes y lo que consumen que los convierte en sinécdoques andantes, y así el cuerpo de Elvira es de loza blanca, huele a café recién hecho, Manolo tiene los ojos de vidrio y la piel de lúpulo, Paco es un monte agrio de moras fermentadas, el gesto rápido de levantar el vaso.

Cada vez quedan menos bares como este, de barra metálica, escupideros a los pies, y búfalos heridos resoplando en la barra. Se extinguen los machos. El paro, las cada día más humillantes condiciones laborales, ayudan a socavar esa antigua forma de virilidad.

Desde este lado, disfruto de alguna manera del declive, de ese derrumbe que nos traerá una nueva montaña, como decía aquel verso de María Auxiliadora Álvarez.

Sobre las diez, he creído ver al extraño en la mesa cuatro. Por un momento me ha parecido que esa espalda era la suya. Pero al girarse, no debía de tener más de cuarenta años. ¿Cuántos tiene el extraño? Es difícil precisar, podría ser mi padre, como vulgarmente se dice. Claro que mi padre también podría haber sido mi padre.

Me gustaría conservar buenos recuerdos de él, pero por más que revuelvo en mi memoria, asoma siempre distante, viendo la televisión, pidiendo que callemos, que apaguemos la luz, que cerremos el grifo. Consigo rescatar algo parecido a una lejana admiración, emparentada con la sabiduría, con la cultura, pero pronto se la traga el rencor.

Me acuerdo de Clara, aquella compañera de colegio de tercero de primaria. No solo en la India, también en la escuela perviven las castas, en el patio se arrastran los apestados sin derechos, la casta pisoteable. A veces me gustaba juntarme con alguno, no por solidaridad, en aquella época aún no estaba de moda ni el concepto ni la palabra, sino porque presentía que nos unía un vínculo natural. Por más que yo fingiera estar integrada, sacar buenas notas, ser lo suficientemente normal como para pasar desapercibida, algo apestaba en mi fondo. Me movía como una espía doble sin saber bien a cuál de los dos bandos traicionaba.

Clara tenía lo que seguramente hoy diagnosticarían como autismo o síndrome de Asperger, pero en aquella época de imprecisión semántica, selvática y rasadora, donde era más común la anormalidad que la normalidad, Clara tan solo era rara.

Entonces, la realidad estaba poblada de monstruos ahí fuera, el sexo era un monstruo, el Estado, un monstruo, Dios era un monstruo, y todos esos monstruos los asumíamos con naturalidad. Que el español era desgraciado por naturaleza, también lo acatábamos sin más.

Clara y yo pasamos muchos ratos calladas, jugando a las canicas, a la goma, a las muñecas, acechadas por los monstruos. Me gustaba estar en silencio con ella, en una esquina del patio, lejos del bullicio. Clara tenía una belleza de iceberg, no solo porque sus ojos tuvieran el color del hielo sumergido en el agua, sino por su perfil de líneas filosas. Clara se mostraba a un tiempo reservada y carente de pudor. Podía enseñarte la mierda que había quedado en sus bragas, solo porque tenía la forma de un trébol, podía pasar horas sin pronunciar una palabra si un extraño estaba cerca de nosotras.

La mayoría de la gente concibe el silencio como un lapsus pasajero hasta que encuentra la palabra precisa que reinstaure el orden natural. Con Clara era al revés, las palabras interrumpían el orden natural, esperábamos a que murieran para seguir a lo nuestro.

Un día vino a casa y padre, no recuerdo a santo de qué, dijo:

—A esta niña le falta un hervor.

No se molestó en que ella no lo oyera.

Imaginé a Clara literalmente hervida, como un espárrago blanco. La cara de mi amiga no expresó nada, menos que un vegetal.

Al día siguiente, la maquinilla eléctrica de padre amaneció con el cabezal completamente retorcido. Quién la ha roto, a quién se le ha caído, se quejaba él mientras Esther y yo negábamos con énfasis.

Un día en el patio, jugando a las canicas, sin venir a cuento, Clara dijo:

—Tu padre es un vampiro.

No lo tomé como una revelación alarmante, sino como una explicación casi científica a su comportamiento, el vampirismo como un chorro de luz apuntando a la realidad.

Hoy resulta tentador querer reducirlo todo a enfermedad, a trastorno, psicopatía o Asperger, alexitimia o autismo. En aquella época, cuando solo éramos niñas, aún tan bucales y anales, nos bastaba con el vampirismo, la enfermedad era pura abstracción, una forma de nombrar las cosas que carecía de cualquier consistencia.

A los pocos días, Clara desapareció sin despedirse de mí. Dijeron que su familia se había trasladado a Canarias. Su marcha me dejó desconcertada durante un tiempo. No entendía su ausencia, tan diferente del silencio, esa ausencia a la que no dejaban de crecerle ramificaciones en forma de historias en mi imaginación.

Algunas veces he estado tentada de buscarla en Facebook, pero he desistido, tal vez porque el silencio siempre fue nuestra manera de comunicarnos.

Hace tres días que debería haberme bajado la regla. Me pregunto qué estará sucediendo en la oscuridad de mi cuerpo, cómo transcurre esa vida secreta que lleva a mis espaldas, si se está gestando vida o un cáncer, si está creciendo una úlcera o arenilla en el riñón, si alguna arteria se obstruye lentamente.

La mayor perplejidad proviene sin duda del interior. Nada como el anormal funcionamiento de un órgano, un bulto foráneo, una falta del periodo para que el mundo ahí fuera se transforme. Hay una verdad teológica en la anatomía.

Hasta el tiempo lo divido en enfermedad: los años en que aún no existía y los años en los que habito dentro de su posibilidad. Creo que equivaldría a hacerlo atendiendo a las dos famosas frases: el infierno son los otros versus el infierno soy yo. En la infancia, el infierno son claramente los otros, en la edad adulta el enemigo pasa a estar dentro y podría resumirse en una sola palabra: enfermedad.

Noto un pequeño calambre, un ligero tirón de ovarios, como si un niño jugara a estirar su plastilina dentro de mí. He leído que en una fase inicial los síntomas de la regla y los del embarazo se confunden.

Me sorprende hablándole al extraño hacia dentro. A pesar de su misantropía, junto a él, las ideas se ordenan mejor. Apostado en una esquina de mi imaginación, consigue aplacar el caos y hacer más fluido el tráfico de mi mente.

Le cuento que tal vez exista una razón para la aparición estelar de mi supuesto hermano, un peligro en forma de gen que me avisa, un instinto de supervivencia corriendo mucho más rápido que mis piernas, más rápido que mi cabeza.

Lo cierto es que, gracias a mi supuesto hermano, paso la mañana disfrutando de la ligereza de mis brazos, de la flexibilidad de mis piernas, agradecida por el extraordinario control que poseo sobre mis miembros.

He visto un gesto que pertenece al extraño en el hombre de gafas en la barra, que lee el diario. Ahora todos los hombres se le parecen.

No recuerdo qué escritor alemán a la muerte la llamaba la obstetricia del alma. Aparte de lo feldespático de la palabra obstetricia, y de lo cursi de la palabra alma, no deja de ser una buena noticia que siempre esté naciendo algo en alguna parte.

Cuando llega mi jefe, le pido unos días libres.

—Enfermedad grave de familiar en primer grado —digo, como una imbécil.

Y rectifico.

—Mi padre se muere.

Anoto en mi libreta:

La enfermedad parece el género realista por excelencia, pero en el fondo se enmarca dentro de la ciencia ficción.

Le he preguntado al médico cuándo calcula que se desencadenará el fin, en parte por lo de mi permiso laboral, pero solo en parte. Él ha esgrimido sus análisis, los niveles de albúmina, de proteína, las enzimas hepáticas, mientras yo trataba de adivinar el final agazapado entre los números, un final que no sé si tiende a cero. ¿Cómo se representa numéricamente la muerte? ¿Qué cifras arroja la analítica de un cadáver?, ¿sus linfocitos, sus leucocitos, su calcio, su hierro, su potasio caen a plomo el mismo día del deceso o van disminuyendo lentamente a medida que la descomposición avanza?, ¿hasta alcanzar qué?, ¿el cero absoluto?, ¿la muerte es igual a cero?

El extraño ha recuperado gran parte de su autonomía y ya se levanta sin ayuda. Me ha asustado la idea de que un día salga del baño, recoja sus cosas y se marche. Que cierre la puerta de esta habitación de hospital y en lugar de desaparecer él, desaparezcamos nosotros.

He deseado que no sea leve lo que tiene, que se demoren en descubrir la causa exacta de su dolencia, que necesite un largo tratamiento.

Mamá suspira ruidosamente.

—¿Cómo van las lumbares?

—Ay, una se acostumbra a vivir dentro del dolor y ya ni recuerda cómo son las cosas ahí fuera —dice con cierto dramatismo—. Aprovecha ahora que aún eres joven.

Pienso en la fuente exacta de donde mana su dolor, que no es el nervio ciático, ni el sillón del hospital sino un pinzamiento en algún lugar metafísico.

Claro que no quiero caer en esa gilipollez de que todas las enfermedades son del alma, que conduce irremediablemente a emitir un veredicto de culpabilidad contra el enfermo.

Todos los días se mueren niños felices con leucemia.

No creo en las enfermedades como alegorías morales, pero tampoco que sean arbitrarias, acaso síntomas de una patología universal.

Es verdad que existen los enfermos psicosomáticos, que se empeñan en arrastrar a su cuerpo al lado oscuro, enfermos cuyos dolores no encuentran un sitio donde dolerse y tienen que ayudarlos.

Pero también están las enfermedades idiopáticas —siempre me hizo gracia la palabra técnica idiopática— cuyo origen supone un misterio para la ciencia. Y son precisamente ellas las que desdibujan las fronteras, las que incitan a sospechar las unas de las otras. No conviene decir que una dolencia es psicosomática cuando es idiopática, ni que es real cuando es psicosomática.

Leí en Facebook el caso de una mujer a la que le creció un pequeño bulto en la sien derecha. Estaba convencida de que tenía un tumor cerebral. Le hicieron todo tipo de pruebas y los resultados fueron negativos. Al poco tiempo, se le quedó paralizada la parte derecha del cuerpo. Experimentaba dificultades para caminar, para hablar, para comer, la mitad derecha de su cara era de cemento. Su médica le explicó que si uno desarrolla un tumor en el hemisferio derecho del cerebro es la parte izquierda del cuerpo la que queda paralizada, un dato que su inconsciente, artífice de los síntomas en la sombra, desconocía. Y la derivó al psiquiatra.

—Protégete bien las lumbares y no cojas frío, que por ahí entra todo —dice mamá.

Su instinto de protección se resume en una camiseta interior. Podría llamarla para contarle que me han atracado, me han dado una paliza y luego me han violado en la comisaría cuando he ido a denunciar, y ella preguntaría: pero ¿llevas camiseta interior?

El extraño sale del baño.

—Si su marido no va a usar esa almohada, ¿le importaría prestármela?

Mamá lo mira con cara de horror. Pienso que va a sublevarse por la desfachatez, por la falta de tacto, pero responde que sí.

El extraño acomoda la segunda almohada bajo su cabeza y lee.

A menudo le sorprendo con la vista fuera del libro, las letras correteando por sus ojos.

¿Y si lo de aligerar el testamento con donaciones es una treta para resguardar los bienes de las pretensiones de un heredero bastardo? ¿Y si mamá conoce de sobra la historia?

—Habría que agradecer el detalle de las flores del otro día, ¿no te parece? ¿Tú conoces a esa tal Brígida?

—Me suena de algo, no sé si la he visto alguna vez —responde tranquila.

Pero es que ella es capaz de fingir.

—Creo que es la viuda de un socio de tu padre, pero tampoco me hagas mucho caso.

Pero es que ella ha demostrado ser una excelente actriz en otras ocasiones.

—¿Y el chico que trajo las flores?

—¿El impedido? No lo había visto nunca, pero me parece de muy mal gusto mandar a alguien así a hacer recados...

—¿Por qué? ¿Da mala imagen?

—No digas tonterías, porque no puede andar bien.

Pero es que ella tiene esa forma inteligente de hacerse la estúpida, construye dobleces dentro, pequeños cajones donde guarda secretos que ella misma olvida.

La he mandado a casa, con la mantita eléctrica aunque es octubre y hace calor y no suena a plan que entusiasme. Pero quiero que se vaya, enterrarla, protegerla, hacerla callar o que se decida a hablar para siempre.

—Es que me sabe mal que estés tanto tiempo sola, y más con... —dice cuando se va, señalando discretamente hacia atrás, hacia el extraño que lee.

—Como si fuera posible estar solo en un hospital —replico en voz alta.

—Como si en este mundo superpoblado, la soledad no fuera más que una ilusión —ha dicho el extraño en cuanto nos hemos quedado a solas.

Ni siquiera me importa que la haya oído. Claro que, en su caso, ni una visita, ni una llamada, eso se parece mucho a la soledad real, eso roza el ascetismo, la sociopatía, la misantropía.

—¿No tiene usted hijos? —le pregunto.

—No.

Claro que, en un mundo superpoblado, si algo sobra son hijos. Oímos a la enfermera por el pasillo:

—El Promixin para la doscientos doce, suero para la doscientos catorce.

Las ruedas del carro se deslizan chirriantes. Se oyen pasos que rondan. Se empeña en mostrarse agrio, supongo que para él soy lo mismo que mi familia, no traza líneas divisorias, soy ellos, son yo.

—Salinas hablaba de la divina mentira de estar solo. Pero a su hija la llamó Soledad.

—No tiene mucha lógica la soledad. Mírenos a nosotras, haciendo turnos para velarlo, para que no permanezca solo ni un minuto, aunque él siga despreciando nuestra compañía.

Es estimulante esta franqueza repentina con el extraño, como si la impudicia fuera de pronto un rasgo de inteligencia.

—Y encima puede que haya mantenido una doble vida, una multitudinaria soledad durante más de treinta años.

—Ah, el gran amor de los muertos.

Lo ha dicho en tono sarcástico. Parece que le divierte la situación, que disfruta de nuestro pequeño drama familiar. Por alguna extraña razón, no me

molesta su actitud.

—¿Sabe? Hay una película que se llama *Langosta* en la que está prohibido quedarse solo. No es que esté mal visto, que uno se sienta fracasado porque su pareja lo abandone o por su torpeza congénita para ligar, es que literalmente supone un delito, las autoridades te detienen, es necesario salir a la calle identificado como casado, solo ellos gozan del estatus de ciudadanos.

—No parece una posibilidad tan descabellada.

—Lo malo es que los otros, los de la resistencia, tampoco son mejores. Ultrafanáticos de la soltería, guerrilleros organizados en el monte, se oponen radicalmente a la pareja. Creen en el individualismo extremo, prohíben el amor y toda relación carnal.

Qué antigua he sonado, relación carnal.

—A la protagonista la dejan ciega porque se enamora. Lo siento si le he hecho *spoiler*.

—No se preocupe, soy inmune a esas estupideces, si una historia hace de la sorpresa final su fuerte, no me interesa. ¿Y acaba bien?

—Mmm, sí, bueno, no. No sé. Su amante también se arranca los ojos para estar con ella. Pero no es un final feliz.

—Ya.

—Mi madre está convencida de que es usted un asesino, un violador de niñas o un maltratador. Que por eso nadie viene a verlo.

Es la primera vez que lo veo reír.

—Es curioso que, en estos tiempos individualistas, sea precisamente la soledad la que esté bajo sospecha —se lamenta.

Pero es imposible que no la sienta aquí, sin nadie que le ahueque la almohada, que le pregunte cómo estás, que quiera saber de su sangre, de su tensión, de sus sedimentos, de sus leucocitos, mientras los médicos hurgan dentro, violentan su cuerpo.

Y me acuerdo del muchacho en coma, consciente y sin poder mover un solo músculo, pienso en todas esas palabras taponándole la garganta, levantando un muro de soledad infranqueable.

El extraño ni siquiera tiene Internet en el móvil, un Nokia de plástico, sólido, anacrónico, que permanece en silencio junto al pan que ha sobrado del desayuno, uno de esos bollos pálidos de hospital. Parece leerme el pensamiento.

—Y ahora las redes han venido a dar coartada al individualismo, a maquillarlo, a hacerlo atractivo. Comunícate mucho y permanece aislado.

—El otro día leí que una adolescente de quince años enviaba de media cien whatsapps al día, unos tres mil mensajes al mes, mientras se lavaba los dientes, en clase, comiendo; nunca permanecía desconectada más de diez minutos seguidos.

—Qué monstruosa soledad —ha dicho.

Y he asentido. Le oculto que mi soledad también es monstruosa, que miraría indefinidamente el móvil si no tuviera que ir a trabajar, que dejaría que me pasara por encima el rodillo de Facebook, me abandonaría a esa cinta transportadora infinita hasta desaparecer como una astronauta a la que le han cortado el hilo y se aleja sin ruido en el espacio.

—El anonimato se ha convertido en un nuevo lujo. Poder vivir libres de miradas ajenas pronto estará solo al alcance de unos pocos. Algo tan barato como la intimidad se ha vuelto un privilegio.

Y miramos los dos por la ventana, a ese cielo tan azul y tan antiguo.

Nos quedamos callados para demostrar no sé qué teoría, o para refutarla, quién sabe.

Sé que es inútil preguntarle por su enfermedad, por su trabajo, por su soledad, forman parte de ese lujo del que disfruta. Y qué más da si acabamos convertidos en langostas.

—Voy a seguir leyendo —ha dicho, zanjando la conversación.

Y yo me he puesto roja en mi silla, sin saber bien por qué. No quiero mirar el móvil, me resisto a mirarlo.

Anoto en mi libreta:

Lo único que no envejece es el pan, el mismo desde la infancia.

Dicen que la eternidad está hecha de hueso, de fosfato, de cal, pero en realidad está hecha de agua, de harina, de levadura.

Hubo una época en que deseé su muerte con vehemencia, como si alguna vez yo hubiera sabido algo de la muerte. Y no me refiero a la idea filosófica, sino a la de estar por casa, la de a pie, la doméstica. Toda mi cultura mortuoria proviene de los libros, de lo que me han contado, siempre muertos en diferido, ninguno de primera mano. No vi sucumbir a mis abuelos, ni a ningún tío o amigo íntimo, no se me murió nadie lo suficientemente cercano. Tanto es así que cuando fui al entierro del padre de mi amiga Marisa y esta se empeñó en que me acercara con ella a darle el último adiós al difunto, que había sido un vividor, un trilero y un mal padre, yo tuve la impresión de que el cadáver se parecía a Franco, de tan pocos muertos que he visto en mi vida.

No existe un único final. Busco el elemento común que justifique un variado catálogo: murió en su cama, con la mano del hijo apretando la suya, murió durmiendo sin saber que moría, lo hizo como aquel cura, gritando en el lecho de muerte: ¡Todo era mentira!

Hay tantas formas de partir como maneras de cruzar un paso de cebra.

Susan Sontag lo hizo resistiéndose, incapaz de aceptar la idea de la nada en primera persona. Había superado milagrosamente un cáncer con muy mal pronóstico a los cuarenta y tres. A los setenta, le diagnosticaron una agresiva leucemia. Cuenta su hijo que en ningún momento lo aceptó.

Cuando el trasplante a la desesperada no funcionó, exclamó incrédula:

—Pero ¿en serio me voy a morir?

Ese empeño por negar la realidad de su cuerpo, esa suspicacia ante su propia mortalidad la llevó a someterse a tratamientos cruelmente agresivos, extremadamente dolorosos, en los que, junto al líquido cefalorraquídeo, te extraen hasta el último gramo de dignidad. Y todo por arañar un poco más de tiempo. Su hijo no pudo despedirse de ella porque en ningún momento aceptó que se marchaba a ninguna parte.

No sé si hay en esa actitud un espíritu admirablemente vitalista o un patético miedo.

Cuentan que Buster Keaton mantuvo intacto el sentido del humor hasta el final. Agonizaba en su cama cuando un familiar dudó si ya estaba muerto.

«Hay que tocarle los pies, la gente que se muere tiene los pies fríos», sugirió otro. Y entonces Keaton abrió los ojos y dijo: «Juana de Arco no».

En cualquier caso, morir desde el coma parece morir un poco menos, como cuando el avión desciende y uno empieza a distinguir las casas, las piscinas, los coches hormigueando la carretera, cada vez más grandes, cada vez más reales, perdiendo su categoría lúdica, y piensa, con cierto alivio, que si el avión cae desde esa altura, morirá un poco menos.

Trato de imaginar con verosimilitud de forense el final. ¿Cuánto durará exactamente el acto de morir: un microsegundo, un segundo, dos, cinco? ¿Concluirá todo con una breve exhalación a modo de resumen o será más bien un contener infinito de la respiración?

Me aterra la frase de Tolstói en su lecho de muerte: «No sé exactamente qué se supone que he de hacer ahora». La máxima perplejidad donde he imaginado máxima lucidez.

Busco, leo lo que viene después. Las bacterias seguirán reproduciéndose, el cuerpo continuará cobijando a millones de microorganismos que hasta hace nada le ayudaban a digerir, a que transpirara la piel. No dejará de producir gases que antes su cuerpo expulsaba y ahora se acumulan dentro. Por eso muchos cadáveres se hinchan como si se hubieran dado un último atracón de vida, o como si hubieran pasado toda la noche en el fondo de un lago, tragando limo y ranas gordas.

Las moscas verdes olerán la descomposición. Son las moscardas de la carne, del color irisado de los abalorios de las princesas. Pondrán sus huevos en los orificios del cadáver. Lo que se conoce como gusanos, en realidad no son más que larvas de mosca. Algunos aún creen que es la propia carne la que los genera en una metáfora pueril —esperando tal vez que se conviertan en mariposas y emigren al cielo— que resulta bastante *gore* en el fondo. Ya en 1648, el médico italiano Francesco Redi realizó un experimento para demostrar que el cuerpo no generaba gusanos. Colocó tres trozos de carne en diferentes botes: el primero lo dejó abierto, el segundo lo tapó con un corcho y el tercero con una tela atada. Tras unos días, solo en el bote abierto la carne contenía larvas, larvas y no gusanos, por más que el término *ca-dá-ver* siga remitiendo a esa idea, *carne data vermus*: datar la carne con los gusanos.

Las larvas de mosca devorarán el cuerpo con tal apetito que en pocos días solo dejarán los huesos. Esas larvas serán comidas a su vez por otros insectos y así, gracias a la cadena necrófaga, las bacterias no proliferarán, el entorno permanecerá limpio, la vida continuará.

Es increíble que algo tan asqueroso sostenga el equilibrio del sistema.

Seguramente lo incineremos. Ya nadie entierra a sus muertos. No lo hemos hablado pero probablemente optemos por el fuego, limpio y definitivo, sin importarnos el ecosistema ni la posteridad.

Hay una película, *Manchester by the Sea*, en la que un adolescente acaba de perder a su padre, y el tío, que es el protagonista y vive su particular infierno en forma de duelo, va a pasar unos días con él. En la funeraria les dicen que no pueden enterrarlo aún porque es invierno, y el suelo está demasiado helado para cavar, han de conservar el cadáver en la cámara frigorífica un par de meses. Pero al chico le angustia la idea de que su padre permanezca allí dos meses. El tío le dice que no se puede hacer nada al respecto. El muchacho no muestra signos de hundimiento, sale con los amigos, se queda a dormir con su novia..., hasta que, una noche, trata de cerrar el congelador de la nevera de casa y se le viene encima un pollo congelado. El bulto de carne atranca la puerta, no hay manera de cerrarla, cada vez que lo intenta, una y otra vez el pollo golpea la puerta con un ruido seco, y entonces sí, el chico se derrumba y llora desconsolado.

—En un paciente de sesenta y cuatro años con sus antecedentes no es aconsejable hacer una resección total —le ha dicho el médico al extraño, como si el paciente de sesenta y cuatro años fuera un ser que habitara en la estadística, que se alimentara de papel y de porcentajes, que usara un gráfico como espejo para afeitarse por las mañanas.

No he sido capaz de escuchar el resto del diagnóstico. Por alguna extraña razón me han alcanzado de lleno los sesenta y cuatro años.

Por el contrario, a él no parece afectarle nada de lo que diga el médico. Ahora sé que tiene cáncer de vesícula. Vesícula, que suena a cosa catastral y aburrida, inofensiva a pesar del cáncer.

Mamá ha llamado sobre la una, que está secuestrada por el sofá, que no puede moverse. Por lo visto, se ha echado un rato y ahora la ciática le impide levantarse. Ha avisado al médico, que irá a pincharla.

Ahora sí forman la pareja perfecta, el club de los estáticos, cada uno tendido en su puesto, cada uno en su mundo.

No hace falta que vengas, insiste, me ha pasado otras veces, es cuestión de tiempo, es más importante que te quedes en el hospital.

He creído detectar cierto alivio en su voz.

Me ha hecho prometer que no me moveré de aquí bajo ninguna circunstancia, que seré la sombra perfecta a los pies de su cama, la sombra de su sombra. Le he prometido que la mantendré informada de todo.

—¿Puede bajar un poco esa luz?

Apago directamente la luz. Dormimos la siesta. Pasamos la tarde el extraño y yo leyendo en silencio. Él sabe que tiene cáncer. Por supuesto ya lo sabía, pero solo ahora que yo lo sé, él lo sabe también. Y entonces disculpo su aspereza, los malos modos del otro día quedan diluidos como suero en la sangre.

Me concentro de forma discontinua en el libro, donde frases sueltas hacen diana, y otras no consiguen alzar el vuelo.

Por encima del cáncer, son sus sesenta y cuatro los que se pasean por entre las letras, impidiéndome la concentración. Se yerguen entre nosotros, como un misterio casi religioso. No encuentro el modo de penetrarlos, de convertirlos en un simple número, huérfano de connotaciones.

La enfermera de la Stasi ha entrado para tomarle la temperatura al extraño de forma expeditiva. Está convencida de que los pacientes necesitan órdenes concretas, instrucciones firmes. Que son como niños en busca de seguridad y la disciplina marcial les guiará en su periplo hospitalario. Si se abandonan a sus brazos de acero, se sentirán menos perdidos. Claro que hay muchas clases de pacientes, pero solo dos clases de enfermeras: las de la Stasi y los ángeles caídos del cielo.

Con el extraño sabe que debe moderar el tono, lo excluye del gran grupo, le habla con firmeza del este, salpicada de cierto fastidio mediterráneo un poco infantil, como si por su culpa se viera obligada a modificar las leyes hospitalarias, las leyes que rigen el mundo. Él es la anomalía, viene a decirle.

Los titulares ahí fuera hablan de una sentencia por violación, de un caso de corrupción en el seno de las instituciones de la Unión Europea.

Y cuando leo corrupción solo puedo pensar en la corrupción de la carne, en la lenta descomposición. Y cuando leo violación solo puedo pensar en descomposición de la carne, en corrupción.

El extraño ha recibido una única llamada en mi presencia y hablaba tan bajito que no pude saber con quién. Guarda muchos libros en una bolsa de cuero marrón, pajarillos ovillados esperando extender las alas.

Pasa la tarde.

A las ocho y media, la auxiliar trae la bandeja con la cena: hervido, muslo de pollo, pera. Por pudor bajo a la cafetería y lo dejo comer a solas. Pido un pincho de tortilla con fatalidad, buscando la penitencia en ese huevo corrupto por las horas viciadas de hospital. Pero al morderla, está sorprendentemente jugosa. Me bebo la cerveza en apenas tres tragos.

Al volver a la habitación, el extraño mira por la ventana con cierta melancolía, como si pudiera respirar el aire de ahí fuera con sus ojos, absorber

la humedad del ambiente a través de sus córneas.

En cuanto percibe mi presencia, vuelve al libro.

—¿Le retiro la bandeja?

Lo hago sin esperar respuesta.

—Leer con los restos de un animal muerto siempre es deprimente.

Me arrepiento al instante de haber dicho animal muerto, por insoportables que sean los huesos del plato. También son tristísimos los restos de puré en el borde, recuerdos grumosos de una infancia verduzca. Bien mirado, ese cuadro es el resumen perfecto de hospital: decrepitud y balbuceo sobre fondo blanco.

—No dan muy buena comida aquí, ¿verdad?

—Se empeñan en ponernos a dieta, tengamos lo que tengamos. Aunque sea una operación de menisco.

Y no encontramos mucho más que decirnos.

A las once apago la luz con la sensación de campamento de verano, de precariedad, de compañerismo.

Me cubro con la manta a cuadros, y pego la butaca a la silla para poder estirarme, aunque sé que se irán separando a lo largo de la noche. Me acurruco, observo la figura del comatoso en la penumbra. Me pregunto quién vive ahí debajo.

Erik Satie decía que si algo te aburre, vuelve a hacerlo. Si te sigue aburriendo, repítelo una vez más. Si aun así te aburre, prueba a hacerlo de nuevo, así hasta que deje de aburrirte. Lo mismo sucede con su identidad, cuanto más la pienso, más misterios me genera, más imágenes en forma de padre multiplica.

Con esa idea de que el infinito se cuele en lo ínfimo, cierro los ojos. Pero tras los párpados cerrados, mantengo las pupilas abiertas.

Oigo una respiración en la oscuridad. No sé a cuál de los dos hombres pertenece. Casi me asusto al oír mi voz:

—¿Le gusta la música?

—Sí —responde la oscuridad.

—Mañana traeré algo, clásica, *jazz*, *rock*, lo que quiera. A mí hasta me gustan los boleros.

—Todo eso está bien.

—¿Cuántos cree que seremos aquí, bajo este mismo techo, intentando conciliar el sueño?

—¿Mil, mil quinientos? El público de un concierto de un grupo de cierta fama. Espero no roncar.

—No se preocupe.

Igual tiene tanto miedo que no puedo hacer otra cosa que no tener miedo.

Creo que se oye cada vez que trago saliva, y eso me incomoda, y ya solo puedo fijarme en la saliva que acumulo en la boca y ese hecho hace que se acumule más saliva en mi boca, y tenga que tragar.

—¿Sabía usted que antiguamente los médicos probaban la orina para diagnosticar al enfermo? —dice.

—¿En serio? Qué guarrada.

—Si uno mira hacia atrás y contempla las barbaridades en forma de sangrías, trepanaciones, lobotomías que se han hecho a lo largo de la historia, da un poco de miedo ponerse en sus manos. Claro que a saber qué pensarán en un par de siglos de nuestros modernos tratamientos actuales.

—Tal vez exista un antes y un después en la medicina, una era moderna que lo cambia todo, ¿no?

—Puede. Pero no sé si es un sentimiento general de todas las épocas creer que con uno llegó la modernidad.

—¿No confía en los médicos?

—Claro que sí, hasta cierto punto. La medicina tiene sus limitaciones. El propio cuerpo las tiene. A veces sostenemos una fe ciega en la medicina, les exigimos a los médicos respuestas a todos nuestros males, como si la medicina fuera una nueva religión y los médicos los nuevos sacerdotes.

—Pero es que el cuerpo sigue siendo el mayor de los misterios. No entiendo a la gente que investiga la materia del universo pudiendo investigar de qué se compone el cuerpo.

—En cierta manera yo diría que es lo mismo —asegura.

Y hemos seguido hablando de religión y de medicina, de tener fe en la medicina, de aplicar con rigor las creencias.

No sé qué más dijimos, no lo recuerdo. Cuando desperté, la luz transparentaba a través de la cortina y el ángel rechoncho entraba con el desayuno del extraño, y un buenos días que generaba la suficiente energía renovable como para arrancar una nueva jornada.

Mamá ha llamado antes de las nueve. El practicante le pinchó, pero aún no le ha hecho efecto, esta vez le ha dado fuerte. Iré a verla a mediodía y le haré la comida. Nada de eso, nada de eso, hay una firmeza casi histérica en su voz, mi deber es permanecer aquí, en mi puesto, ya irá Esther a llevarle algo de comer.

—¿Algún juego que le guste? —le pregunto al extraño.

—El ajedrez.

Siempre he pensado que el tablero de ajedrez era el lugar definitivo donde quedaría expuesta mi estupidez, a la vista de todos.

—Yo no sé jugar. ¿Qué tal las damas?

Compré un tablero, no de los chinos. Quería un tablero adulto, elegante, inglés, con tacto de madera y terciopelo. Pasé por casa, me duché. Seleccioné música sin riesgo, clásica, *jazz*, y un disco de The Last Shadow Puppets, *The Age of the Understatement*, que me encanta. Lo grabé todo en un *pendrive*.

Cuando regresé al hospital, el extraño tenía los ojos cerrados, igual que padre. Parecía que les hubiera sorprendido un ataque nuclear lanzado desde el aire. No hay mayor paz que la de un escenario postapocalíptico.

Me senté en la butaca de tortura, con cuidado de no hacer ruido. Un aire denso flotaba en la habitación, un anestésico suave. Apenas me moví, hasta que el extraño abrió los ojos, y fue a hacerlo justo en los míos, en un acto tan íntimo que no dio tiempo a la incomodidad.

—La siesta del borrego —ha dicho, excusándose.

Ha ganado las dos primeras partidas pero yo gano la tercera. Levanta el labio superior cuando piensa, cuando duda. Toma las fichas negras con unas manos frías que no he tocado, tersas que no he tocado. No le gusta perder.

—¿Me enseñará a jugar al ajedrez?

Compone en su rostro un gesto indefinido que podría interpretarse como un sí o un no.

Padre respira un poco más fuerte hoy, quiere hacer notar su presencia.

A las doce, pasa el médico guapo. Parece haber envejecido diez años desde la última vez, ya no brilla con esa luz triunfadora. Parece encadenado

de por vida a este hospital, condenado a arrastrarse por los largos pasillos, entre el óxido de los cuerpos y el olor a desinfectante, mientras algo se le corrompe por dentro, a buen ritmo.

Castiga al extraño por lo del otro día con indiferencia, con contenida rudeza. Este asume el diezmo, resignado.

Se empeña ahora en hablarme con detalle de padre, quiere recrearse en los pormenores íntimos de sus órganos, en los entresijos del tratamiento.

Pero el relato no avanza, su sintaxis pierde fuelle, se espesa hasta hacerse una densa pasta en la boca. Su discurso no nos interesa a ninguno de los tres. Sabemos que solo el subtexto del extraño le importa. Y a mí también en realidad. Cuando termina mi turno, los dejo a solas para proteger la intimidad del extraño, o su derecho a devolver las dentelladas con total libertad.

En el pasillo salta un mensaje del montañero: ¿Nos vemos esta noche, a las nueve?

Esta noche y las nueve son coordenadas que pertenecen a un mundo exterior, aquí no alcanzan a acumular sentido. Aquí la noche es un cuajarón de luz frizada, un gota a gota que no marca segundos sino sustancias, una butaca incómoda que no separa del todo la vigilia del sueño.

No respondo.

Sobre las seis aparece Esther, como recién salida de *Esther y su mundo*, con una falda de vuelo, a cuadros, muy años ochenta, como una paloma despliega sus alas para mostrar unas fabulosas piernas de tebeo.

—Lo que nos faltaba —comenta, refiriéndose a mamá—. Si necesitas que te eche una mano, que te sustituya, como está Manuel, puedo arreglármelas para venir. Esta noche si quieres me quedo yo.

—No te preocupes, he hablado con mamá. Dice que mejor te pases tú por su casa y le lleves algo de comida.

—Sí, ya me ha dicho. Ahora me acercaré.

Pues si ya le ha dicho...

—Mañana entonces me quedo yo por la noche.

—De verdad que no hace falta. Yo ya sé cómo va todo aquí, el cambio de gotero, la máquina de las constantes, las horas a las que pasa el médico, lo tengo controlado. Tú ya tienes bastante con los niños y la casa, ocúpate de mamá.

Me mira con recelo. Por supuesto, si yo quisiera que se quedara, si yo estuviera suplicándole que me sustituyera, ella estaría deshaciéndose en mil excusas para no hacerlo. Si ella sí, entonces yo no, si yo no, entonces ella sí, en esa enfermiza lógica *non sequitur* que nos ha perseguido toda la vida.

Cuando la acompaño al pasillo, comenta, bajito:

—¿Y no te da palo estar aquí todo el día con el viejo?

—Si está en coma...

—Me refiero al tipo raro ese...

Y creo observar un leve tic en su cara, una contracción sutil que estira los tendones de su cuello. Un hilo genético que atraviesa de puntillas su rostro: nuestro supuesto hermano asomándose a través de una ventana de carne.

Me dan ganas de cruzarle la cara para devolverla a su estado original.

—Es inofensivo. En el fondo, es bastante amable, ¿sabes?

Pero ella compone una expresión que bascula entre el escepticismo y la repugnancia.

Me regaló el libro que acababa de leer: *Canción de tumba*, de Julián Herbert, un escritor mexicano que es gordo y es guapo, y le canta a la muerte de su madre, que ha sido prostituta, ha recorrido todo el estado de puticlub en puticlub y ahora agoniza de leucemia en una cama de un hospital de Saltillo en el que hay que pagar para morirse. En realidad no le canta, más bien aúlla como una bestia, retorcida por el dolor de la primera herida, la que nunca se cierra.

Por la mañana vi una tienda de productos *delicatessen* cerca del hospital y compré un poco de queso de la sierra de Espadán, de jamón de Guijuelo, un Ribera del Duero. Ahora la bolsa de papel permanece en un rincón, como un perro obediente. Se me acelera el corazón cada vez que la veo.

Y ahora el mexicano Herbert, puesto hasta arriba de coca, a los pies de la cama de su madre, leucémica y moribunda, se resiste a rezar, no puede hacerlo, puede cantarle a ese lechuzo vampiro que es la muerte, puede mentarle la madre, tallarle las mejillas con una corcholata, pero rezar no. No rezar es lo único que tiene.

Y pienso que sí, que a menudo nuestras posesiones más valiosas son precisamente las ausencias, aquello de lo que hemos conseguido desprendernos.

Me pregunto qué será una corcholata. Estoy tentada de buscarlo en el diccionario pero desisto.

La madre de Herbert fue una prostituta con mucha imaginación que fue inventando personalidades por el camino. Una única profesión y multitud de nombres a lo largo de su azarosa vida, para acabar muriendo con el suyo, con el verdadero: Guadalupe Chávez Moreno. Su hijo le ha rendido con ese libro el más hermoso de los homenajes.

Cuando llega la noche y la auxiliar deja el caldo de verduras y la merluza hervida, yo saco mis pequeños tesoros.

—¿Qué tal si nos saltamos el régimen esta noche?

No quiero adoptar un tono de voluntaria de organización de caridad.

—¿Me acompaña? No me gusta cenar sola.

—Cómo negarme.

—¿Puede beber un poco de vino?

Niega con la cabeza.

—Por eso voy a disfrutarlo más.

Abro la botella con el sacacorchos del chino y sirvo el Antídoto en los vasitos de cristal estrechos para el agua. Vigilamos la puerta.

—Que no nos pille la monitora del campamento —digo.

Sonríe. Extendemos el jamón, el queso, aprovechamos el único plato vacío, desechamos el asqueroso puré que humea desde la bandejita de poliexpán. Comemos mientras Miles Davis le inyecta altas dosis de humo azul a la habitación.

—Está bueno el queso —dice el extraño.

—Es de la sierra de Espadán. Pruebe el jamón.

Masticamos en silencio. Tragamos despacio. El vino, por el contrario, corretea eufórico por la garganta, con sus decenas de patas rojas.

—Hay tostaditas.

El extraño mastica aún más despacio el jamón. Tiene algo de niño con babi de uniforme, algo de presidiario en un vis a vis.

Tose, se atraganta un poco. Me pongo alerta. Le sirvo agua. No quiero que piense que me dan asco las impertinencias de su cuerpo, que le tengo lástima. Por más que digan, la lástima no es más que desecho, los restos podridos de algo que alguna vez estuvo vivo.

Oímos ruidos, escondo el vino. La enfermera pasa de largo.

—Tal vez sea mejor que bebamos del mismo vaso por si entra la de la Stasi y me acusa de envenenarlo.

—No se preocupe, sabe que soy un rebelde.

Cubre su vaso con la sábana.

—Yo la llamo señorita Ratched, me recuerda a la enfermera de *Alguien voló sobre el nido del cuco*, pero en rubio —dice.

—Tiene un aire, sí.

Hablamos de cine y de locura, de amistad incombustible. Hablamos del tiempo, del cambio climático, del reverdecer de la heroína, de los ochenta, del declive de la música de las últimas décadas, de literatura.

Cuando terminamos de cenar, apagamos la luz y apuramos el vino en la penumbra, iluminados por las farolas de la calle, que es una calle distinta desde aquí, que pertenece a una ciudad mucho más lejana, desconocida.

—¿No estará contraindicado el alcohol con la medicación?

Imagino colapsos, taninos violáceos en sus labios, firmas mortales de veneno escritas con mi letra.

—No creo que sea peor que las drogas que me dan aquí.

—Tampoco yo debería beber porque igual estoy embarazada.

Oigo a lo lejos una pequeña microexplosión en la ciudad.

—Es solo una posibilidad.

Él no pregunta.

—Un hijo sin padre —aclaró.

—¿Inseminación artificial?

Veo plástico y semillas negras, de sandía madura.

—Más o menos.

—Eso ya son ganas de engendrar —dice.

Ahora su edad ya no es una amenaza, tan solo una pila casual de años amontonados en un cuerpo.

—¿Le duele?

—No mucho. Aunque yo no sirvo para medir el dolor, sufro cierta insensibilidad. Y apenas produzco lágrimas, desde niño.

—Eso es maravilloso.

—No tanto. El dolor avisa, es un chivato fiel.

—A veces sin motivo.

—Pero puede ahorrarnos daños. No hace mucho, un joven faquir se excedió clavándose unos cuchillos y murió. A raíz del caso, no recuerdo qué universidad llevó a cabo un estudio y analizó el ADN de varios faquires, y llegó a la conclusión de que todos tenían una mutación en un gen que les privaba de la sensación de dolor. Era un problema en la mayoría de los casos.

Es verdad, ¿quién desea un coma?, ¿quién prefiere no sentir nada? Padre, se me ocurre.

—¿Y usted comparte con ellos esa mutación?

—No, tan solo tengo el umbral del dolor alto.

—No es fácil medir el dolor. Alguien debería inventar un aparato que lo hiciera con exactitud, de forma objetiva, con una escala internacional: un sufrómetro.

—Vendría bien en los partidos de fútbol —dice.

—Y en las urgencias de los hospitales.

—En las mutuas laborales.

—En el Congreso de los Diputados.

—En las encuestas del CIS.

—Y en las relaciones de pareja. ¿Mediría solo el dolor físico?

—¿Es posible separarlo del otro? A cierta edad, todo dolor se vuelve físico. Y acumulativo. Montaigne, en uno de sus ensayos, cuenta la historia de un rey de Egipto que fue vencido y capturado por el rey de Persia. Cuando vio pasar a su hija hacia el cadalso, vestida como una criada, se mantuvo firme, sin decir una palabra, los ojos fijos en el suelo mientras sus súbditos lloraban. Poco después, vio conducir a su hijo a la muerte y permaneció en la misma actitud. Pero cuando reconoció entre los prisioneros que iban a matar a uno de sus amigos, empezó a golpearse la cabeza y dar signos de un dolor extremo. Montaigne sostenía que solo el último dolor, el que se posa en la superficie, puede expresarse con lágrimas.

Nos quedamos pensando. Pasa el avión de las once y cuarto. Tal vez él esté a solo un dolor del derrumbe.

—¿Cree que en el coma todo dolor desaparece?

—No tengo ni la más remota idea.

—Yo tampoco. Pero una vez desperté de una operación y me puse a llorar sin saber por qué. Creo que a pesar de la anestesia mi cuerpo conservaba la memoria del quirófano. No se puede eliminar el dolor, ni siquiera en estado de coma, aunque no estoy del todo segura.

Y miramos a padre, de este lado de la cama del extraño. Lo observamos como si su cuerpo fuera una cadena montañosa, y tratáramos de averiguar qué se esconde tras ella, si una ciudad, un desierto, un mar.

Cuando desperté, tenía la cabeza apoyada sobre el borde de su cama. Soñé que él me acariciaba el pelo.

Llevo dos días sin pensar en ninguna enfermedad, sin tratar de desentrañar qué dicen los síntomas.

El médico ha pasado antes de lo habitual. Tenía ojeras. No hay vuelta atrás, no va a recuperarse, no despertará del coma. El silencio transmutará en otro tipo de silencio, más firme, definitivo. Es cuestión de pocos días, de horas quizá.

Quiero llamar a mamá, pero no la llamo. Dilato el tiempo, me acomodo en la indefinición como en un cómodo sofá.

También ha traído los resultados de las pruebas del extraño. Me ha parecido que le hablaba con más delicadeza, con un respeto japonés, áspero pero amable. Los he dejado a solas.

En el pasillo, me cruzo con algunos zombis, sombras caminando sobre el blanco. La acidia es la actitud principal de los acompañantes de hospital. Tras unas cuantas noches de incómodo sillón, los vivos comienzan a deambular por los pasillos como muertos vivientes, tal vez buscando restaurar el equilibrio, tratando de compensar el estado de esos vivos murientes que cuidan día a día.

El extraño leía de nuevo cuando he vuelto a entrar.

Ahora que va a morir seguro, a padre se le ha puesto cara de mártir, a punto de elevarse hacia algún altar en cualquier momento.

Aun así, soy incapaz de mostrar una tristeza verdadera, esa es mi pena.

—¿Quiere que le afeite?

La barba le da un aspecto desaliñado al extraño, temo que desmejore su salud por dentro. Me inquieta que piense que me da asco su cuerpo, los tubos, los goteros, el coágulo de sangre, las cicatrices, el olor ominoso a enfermedad, a desinfectante y a sudor. Para mí, mantiene la dignidad intacta bajo la bata azul.

—Tenemos la maquinilla eléctrica de padre.

He dicho padre a secas, hacia fuera, sin querer.

—Gracias. Creo que voy a dejarme una barba hípster.

Ya no disimulamos ante la enfermera gordita, que es nuestra cómplice.

Le propongo dar un paseo por el patio, por el pequeño jardín que hay en la parte de atrás, aunque es exagerado llamar jardín a un cuadrado de tierra reseca con cuatro naranjos enclenques.

Él tira del gotero como de una mascota perezosa. Fuma alguna calada de mi cigarrillo. Lleva años sin fumar pero no se le ocurre mejor momento para volver a hacerlo, asegura. Caminamos alrededor de los árboles, con sus naranjas bordes, rugosas, tridimensionales, recortadas sobre el verde plano de las hojas.

Por primera vez veo la cicatriz que asoma, abultada, rojiza, un costurón que parece hecho a toda prisa para que no se salga el relleno. Como un pollo a punto de entrar en el horno.

—He sido editor. Soy editor —se corrige—. El año pasado, publiqué un libro precioso de un autor japonés, *Pájaros en flor*, que hablaba de la enfermedad como del florecer del cuerpo. De los síntomas como frutos maduros que el cuerpo expulsa, una vez llegado a la sazón, justo antes de iniciar el declive. La enfermedad como plenitud máxima. Creo que te gustaría.

Es bonita la imagen. Pienso en novelas japonesas que no he leído, en ese ritmo pausado e intenso, como una lluvia invisible que cala sin hacer ruido. Veo su cuerpo florecido, pequeños tallos asomando sus hojas por las rendijas de la cicatriz, como hierbas soliviantando el asfalto. Pero es una imagen de violencia que rechazo.

—¿Cómo se llama la editorial?

—Celda books.

—¿Y por qué celda?

—Porque la literatura es lo más parecido a escribir en la pared de una celda. Y porque una vez oí el mejor criterio para determinar la calidad de un libro: si no le interesa a un condenado a muerte, no es bueno.

—No sé dónde leí yo una escena que se me quedó grabada: un condenado a muerte está leyendo y cuando lo llaman porque es su turno en el paredón, marca la página del libro que está leyendo doblando la esquina superior, y se va.

Me ha preguntado por mi deseo de ser madre. Él no sabe bien qué es eso del instinto maternal. Yo tampoco.

—Un animal que te muerde las entrañas desde dentro —se me ocurre.

Claro que lo mismo se utiliza la palabra instinto para referirse a un violador en serie que a una gata que amamanta a diez cachorros con paciencia y devoción.

Él ha dicho que puede que el instinto en los humanos sea ya una reliquia, un espejismo, residuos de cuando el *Homo sapiens* estuvo en peligro de

extinción. Un recuerdo fuera de nuestra memoria, viajando enloquecido por nuestro ADN.

—Cada día creo menos en la trascendencia y más en la descendencia.

Se me ha ocurrido decirle, y se lo he dicho solo porque sonaba bien.

Me ha contado de un estudio que se llevó a cabo con unos gusanos que se reproducen a una velocidad de vértigo; en unos pocos días, hay varias generaciones nuevas arrastrándose por el mundo. Les insertaron un chip que producía una proteína fluorescente y que se activaba cuando los gusanos sufrían estrés. Cuando la temperatura era de veinte grados, el chip emitía una pequeña fluorescencia. Cuando subía hasta los veinticinco, algo muy desagradable para ellos, la cantidad de proteína se disparaba. Lo sorprendente, lo que venía a demostrar el estudio, es que los hijos y hasta los nietos de esos gusanos, que jamás habían vivido a más de veinte grados, también se ponían fluorescentes, guardaban en los genes una especie de memoria del periodo infernal que duraba dos o tres generaciones.

Pienso en la cadena de traumas fluorescentes que nos alumbró, en lo absurdo de luchar contra eso.

Pienso en su cáncer, en ese puñado de células desvariando por su cuerpo, copiando estupideces en la pizarra, como niños desquiciados ante la ausencia del profesor.

En la habitación, horas después, seguimos la conversación, cada uno reflexionando por su lado, hasta confluir en Beethoven, cuya *Patética* está sonando.

Apenas ha probado el guiso de pavo. Me dan ganas de ir a la tienda *gourmet* y traerle un poco de Stilton, unas hermosas y salivadoras gildas.

—Creo que la paternidad está sobrevalorada. ¿A quién le importan los hijos de Beethoven?, ¿han cambiado en algo la humanidad? Sin embargo, sus obras...

Asiento con la cabeza aunque niego por dentro.

—Todos somos hijos de ellas —continúa—. ¿Sabías que Beethoven se pasó enfermo gran parte de su vida? Hace poco, analizaron un mechón de su pelo y un fragmento de su cráneo y encontraron concentraciones altísimas de plomo. Por lo visto, padecía problemas estomacales y cambios de personalidad que concuerdan con los síntomas de envenenamiento por ese metal. Primero pensaron que era por el agua de un arroyo del que bebía, que estaba contaminada, al final descubrieron que eran los medicamentos que le

suministraban sus médicos para tratarle una pulmonía, que contenían una cantidad de plomo cien veces superior a lo tolerable.

—Así que lo mató el plomo, como a los bandidos del Oeste. O la medicina más bien.

—Unos días antes de morir, llegaron unas botellas de vino que había encargado y al verlas, exclamó: lástima, demasiado tarde. Esas fueron sus últimas palabras antes de entrar en un estado de agonía ininteligible. Dos días después, se produjo una tremenda tormenta de granizo. Sobre las seis de la tarde, cuando un relámpago iluminaba dramáticamente la habitación, Ludwig van Beethoven abrió los ojos, se incorporó, levantó el puño, miró hacia arriba y cayó desplomado, muerto.

—Tal vez desplomado no sea la palabra exacta —apunto.

Y reímos.

—¿Por qué le interesa tanto la enfermedad? —me pregunta.

—¿Hay otro argumento? Para mí lo raro es que no le interese a todo el mundo.

No quiero que piense que me acerco a él con interés de entomóloga, que pretendo extenderlo bien y clavarlo en mi vitrina, con los pies colgando.

—Tengo cáncer de vesícula. Por lo visto, mi vesícula, que no sirve para gran cosa, ha decidido criar un cáncer.

Veo avanzar al cangrejo de playa nocturna cuando dice cáncer. Un cangrejo en cuyo asqueroso vientre no se distingue qué es cartílago, qué viscosa blandura.

—Arrastrar cosas inútiles siempre trae malas consecuencias —dice.

—Yo tuve cáncer de mama. Tal vez por eso quiero embarazarme, para tratar de dar utilidad a estas dos, para justificarlas —digo, y bajo la cabeza, azorada.

Lo he encontrado *sexy* con sus gafas, *sexy* y asexuado a la vez. Es raro, a su lado no se dispara esa alarma tan habitual que tensa mis músculos, que me pone en alerta, que podría resumirse en una frase de Clarice Lispector que leí hace tiempo y que durante tantos años me ha acompañado: mi sexo se equivoca.

—No siempre hay una explicación científica para todo. En Rusia, hay unas morsas que se suicidan, que suben hasta el acantilado y se lanzan al vacío. En masa. Lo vi en un documental de Netflix. Se estrellan con violencia una tras otra, tiñendo de rojo el blanco puro. Se pensó que era debido al cambio climático, al deshielo, al desalojo de su hábitat. Por eso subían al acantilado y terminaban con la agonía. Pero en Alaska, hace más de veinte

años, ya se observó una conducta parecida: más de sesenta morsas lanzándose al vacío en otoño, cuando la luz de la luna es alta. Nadie sabe por qué. Es un misterio.

Había dolor en sus ojos claros. He querido tocarlo, he puesto mi mano sobre la suya, casi por instinto, sin premeditación. Pero él la ha apartado. Como si nada, con la suavidad de la nieve cuando cae, así la ha apartado. Como un adulto cuando un niño quiere tocar un enchufe.

Se ha producido un silencio incómodo.

—¿Vas a ir a la calle?

Ha sido la primera vez que me ha tuteado.

He asentido.

—¿Te importaría traermi un lápiz?

—¿Un lápiz? ¿Blando, duro? ¿HB? —Casi he sollozado.

—No importa, un lápiz.

Salí a comprar un Faber-Castell 4B a la papelería, y también comida para mamá. En la sección de fruta y verdura del Mercadona, una luz de leche cortada, forense, caía sobre los blísteres de plástico que contienen los tomates de plástico, los pepinos de plástico, las manzanas de plástico.

Me ha deprimido tanto el color del uniforme de los dependientes, el marrón, el verde, el naranja, enteros y estridentes. He cogido yogures con fresas en el fondo mientras pensaba en la delicadeza con la que él ha apartado su mano, en la suavidad con que ha rechazado la mía. Su mano blanca, sonora.

He cogido un *pack* indivisible de gazpacho mientras pensaba en los miles de bacterias que habitan dentro de nosotros, en nuestra boca, en nuestra flora intestinal, en nuestro ombligo, en nuestros genitales, ciudades enteras con sus complejos sistemas de organización, formas de vida despreciadas por microscópicas, seguro que todas ellas más felices que yo.

He deseado un virus como una revolución que las haga fuertes, que las haga libres. La infección total por la que se adueñen de mi cuerpo, lo fagociten y lo vuelvan útil por fin.

He arrastrado los pies hasta la caja. He colocado los artículos en la cinta, con resignación.

He pagado con tarjeta. No he tenido que poner el pin porque la compra era inferior a veinte euros.

—No hacía falta que vinieras —protesta mamá.

Resplandece en el sofá, la piel planchada y brillante, en homenaje a la mujer hermosa que fue, una Norma Desmond en lo más bajo de la curva ciclotímica.

Le he dejado el gazpacho, el fiambre, los yogures. Me he marchado sin comunicarle que el final de padre es inminente. Me ha parecido que estaba tranquila, que deseaba ensayar a solas su escena final.

Si el sol dudase un momento se apagaría, eso dijo William Blake. Yo quisiera ser sol, y hacer lo que debo. Pero no le he dicho a mamá que se muere, y la posibilidad de la noche se abre ante mí como un higo, tentadora y dulce.

Sé que el deber destensa, que con sus dedos fibrosos deshace las contracturas en forma de incertidumbre, que todo consiste en dibujar con pulso firme una cruz en la única casilla libre. Una anónima cruz. Por eso alivian tanto los mandamientos de las religiones, y las enfermeras expeditivas.

Pero a mí solo me sale dudar y estar triste, dudar y querer que nos arrase un tsunami, que sobrevenga la noche eterna.

De camino al hospital, recibo un nuevo mensaje del montañero. Hay algo enfermo en esta sociedad que persigue a quien le rechaza, que rechaza a quien le acepta. Algo insano en las redes sociales que hacen de lo viral salud, y no enfermedad, virtud, y no defecto.

No contesto. No contesto con rabia, segura de que esta llegará a su destino.

Es fuerte, ha dicho el médico esta mañana, se aferra a la vida. Otro lugar común. Estamos instalados en los lugares comunes, nos alimentamos de frases hechas, masticamos tópicos que más tarde nos crecen en el hígado en forma de pólipo, en los riñones en forma de piedra, en las orejas en forma de cera. Nos alimentamos de frases basura y en los momentos más duros, apenas alcanzamos a farfullar un «te acompaño en el sentimiento», o un «al menos ha sido rápido, no ha sufrido». Desaparecemos de escena, justo cuando más falta hacemos, sustituimos lo único por lo intercambiable, el original por la copia. Y nos mantenemos a salvo.

La historia de la humanidad es la historia de la cobardía.

Hoy quisiera no volver a ese hospital.

Desde fuera, podría pensarse que padre no ha sido cobarde. Sin estudios primarios, se empeñó en sacarse una ingeniería. Deseaba la palabra ingeniero más que el título, que se adhiriera a su identidad. Ser ingeniero contra el mundo, contra el pasado, contra el hambre de posguerra, mientras trabajaba como peón de albañil. Nunca completó la carrera, pero logró superar el

examen de ingreso a la universidad para mayores de veinticinco años y se sacó los dos primeros cursos. Por aquel entonces ya había montado su propia empresa y solo le importaba saber que podía.

De la misma manera acumuló cultura, para demostrar que podía. Leyó todo Borges, todo Delibes, todo Onetti. La ópera pasó a ser su refugio, aunque siempre despreció a Puccini, decía que hacía música para niños.

Convirtió la cultura en una cinta aislante con la que sellar cualquier emoción, un muro contra el que protegerse de la intemperie.

Cuando su mejor amigo murió de un infarto, su amigo de infancia, su único amigo en realidad, un ser solitario cuyo cuerpo estuvo descomponiéndose varios días en el silencio de su piso hasta que lo encontró una vecina, lo observé en la distancia. Esperé que de un momento a otro se derrumbara al no poder abrir un bote de garbanzos a la primera, al ver una noticia sobre perros abandonados en el telediario. Nada de eso sucedió. Tarareó la *Marcha Radetzky* como siempre, hizo sus ejercicios matutinos habituales, fue a trabajar con la misma energía arrolladora.

Nunca habló de su niñez, de aquella posguerra de sabañón, de una familia venida a menos, donde yo ingenuamente creía que se custodiaban las claves para descifrar el presente. Solo conservaba una foto de niño. Parecía una de esas imágenes trucadas en las que se mezclan las caras de dos famosos, por un lado la boca sonreía, por otro los ojos expresaban miedo.

A pesar de provenir de una familia burguesa, padeció hambre aunque nunca lo confesó. La tía me contó que una vez, de niños, caminaban por la calle de atrás de su casa, rodeada de huertas, cuando pasó un perro y le arrebató el boniato que sostenía en la mano. Padre tenía tanta hambre que corrió tras el chuchó, le dio alcance y se lo arrancó de la boca. Era una bestia entre las bestias.

A los diecinueve años casi se muere. De permiso del servicio militar, quiso llegar al pueblo pero la carretera estaba cortada por la nieve y el autobús no pudo avanzar más. Sin pensarlo dos veces, se lanzó al monte y recorrió a pie los veinte kilómetros que lo separaban del pueblo bajo una nevada antológica. Casi se muere el muy bruto. Esa es la imagen que tengo de él: un animal salvaje avanzando bajo la nieve.

Aquella noche también hacía frío. Llegaba tarde a casa y habíamos fumado porros, me había dejado meter mano, la culpa arrebolaba mis mejillas adolescentes. En el silencio de la calle, oí unos pasos detrás de mí, y el ambiente se impregnó de un olor a genitales manoseados. Seguí caminando, un poco más rápido, solo un poco, sin atreverme a girarme en ningún

momento. Preparé la llave en el bolsillo y cuando encaré mi manzana, cuando estuve a solo unos metros del portal, arranqué a correr. Abrí con dedos gusanos, colé mi delgado cuerpo y empujé justo a tiempo la pesada puerta de hierro forjado. Como en las películas, él se quedó con las manos sobre el cristal, el rostro pegado a él, su aliento empañándolo de vaho. No me dio tiempo a ver su cara, pero su respiración era la mía, el mismo ritmo acelerado.

Corrí escaleras arriba y me metí en el ascensor, temblando. Por supuesto ni se me pasó por la cabeza comentar nada en casa acerca de mi posible violación, a padre menos que a nadie.

Entré en el piso con la culpa multiplicada en el cuerpo. Su voz resonó por el pasillo:

—Apaga la luz del recibidor.

Todo puede resumirse en un apaga la luz, un dejar a oscuras la verdad, el amor rubio, la conciencia.

Realmente, no tengo nada grave que reprocharle, tampoco nada importante que agradecerle. Y es ese desperdicio lo que más me duele, a mí que se me pudre la comida en la nevera y acabo tirándola a la basura sin demasiados remordimientos.

A veces temo despertar y haberme convertido en él sin darme cuenta, haber llegado al final del camino habiendo agotado toda capacidad de dolor. Y que desde fuera alguien piense que eso, exactamente eso, es la maldad.

Sospecho que es la enfermedad lo que mantiene a salvo de la anomia.

Quisiera no tener que volver hoy al hospital.

Pero regreso a la habitación 234 como a mi celda tras un permiso, dispuesta a sufrir, a sufrir un poco más, a sufrir todo lo que sea necesario.

El extraño lee para variar. Ya no me importa qué. Le tiendo el Faber-Castell 4B, y no un vulgar Staedtler negro y amarillo, un lápiz de cremoso grafito que se deshace al subrayar, que deja parte de su ser en la página.

—Gracias, ¿qué te debo?

—Nada.

—Insisto.

—Y yo insisto más. No vale la pena.

Desiste.

—¿Te gusta *Canción de tumba*?

—Sí.

—Estaba seguro de que te interesaría la escritura al límite.

—Por lo visto, todo lo llevo al límite.

—No es un mal sitio donde llevar las cosas. ¿Has leído *El club de los mentirosos*?

Niego con la cabeza.

—Deberías escribir tu vida.

—No es nada interesante.

Silencio.

—Nunca he soportado la compasión. Provocarla me incomoda como pocas cosas en esta vida. La noche antes de ingresar en el hospital, celebré una cena con mi socia y amiga Lola, con Lucas, con Carmen y su pareja. Les dije que me iba de viaje un par de meses a Uruguay, a editar un libro sobre la enfermedad. Y nos despedimos, como en cada uno de mis viajes, como si no fuéramos a volver a vernos. Llevo más de veinte años viajando a Sudamérica, haciendo cenas de despedida como si no fuera a volver.

—¿Un libro sobre la enfermedad?

—Me gusta mentir con algo de verdad.

—Pero ¿y si...? ¿Y si...?

No encuentro las palabras exactas.

—Uno no puede pasarse la vida pensando en agradar a los demás. Y después de todo, Uruguay no es un mal sitio para vivir.

No me hace gracia, pero sonrío.

—¿Y no los echas de menos? ¿No echas de menos a nadie?

Mantiene su mirada fija en mí el tiempo suficiente como para saber que no va a responder.

Padre vigila, parece disimular desde su cama, pero está bien atento a nuestra conversación.

Intentó coger el vaso de agua de la mesita, apenas un par de centímetros lo separaban de su brazo completamente extendido. Se lo tendí, rápida. Y él rodeó mi mano con su mano, lentamente. Una jaula de dedos abrazando el agua transparente. Y la dejó ahí, enlazada a la mía, el tiempo suficiente como para que yo tragara saliva dos veces.

Mamá viene de día, se va en cuanto cae la noche.

Hablamos de avituallamiento, de turnos, de calcetines para padre, por si se le quedan los pies fríos. La rutina doméstica se revela obscena en sus detalles, en su empeño por ignorar lo importante, por alfombrar la agonía de él, su paso apretado hacia la nada.

Y cuando se va mamá, y el extraño y yo nos quedamos a solas, la habitación cambia, ya no es el cubículo aséptico donde se atienden rutinariamente los desastres del cuerpo, copia de una copia de una copia a lo largo del pasillo, planta tras planta, sino que se convierte en nuestro hogar provisional. De noche, la música dispara sobre el corazón del día, y lo agujerea de espacios secretos, de túneles de luces amarillas.

Los días se han vuelto falsas noches y las noches falsos días.

Padre afloja la vigilancia hasta casi desaparecer, hasta ceñirse con rigor al coma.

No sé si felicidad equivale a realidad, pero desde luego se aproximan hasta casi confundirse en estos días. La realidad de sus ojos, de su cuerpo, de sus palabras.

—Mi madre fue madre soltera en una época en que eso equivalía poco menos que a ser terrorista. Falleció a los treinta y ocho años, de un cáncer de ovarios. Nunca me reveló quién era mi padre. Hasta que ella murió, yo ni siquiera sabía que hiciera falta un padre para nada. Tenía ocho años cuando me llevaron al Colegio Imperial de Niños Huérfanos de San Vicente Ferrer, el primer orfanato del mundo. Estaba en el edificio donde hoy se ubica el Corte Inglés de Roger de Lauria. Podría decirse que mi infancia es un Corte Inglés —dice con ironía—. También fue el primer colegio en España que impartió formación académica a las chicas, hasta entonces solo se las adiestraba para las labores del hogar y el matrimonio.

—¿Y nunca buscaste a tu padre?

—No.

Me acuerdo de las morsas en el hielo, no sé bien por qué.

Ya entrada la noche, acaricié la goma del gotero de su vena, su piel frágil, azulosa, delicada como un vientre de conejo.

Dicen que cada veintiocho días renovamos la piel, todas las células, que nos convertimos en otros por fuera.

Toqué el plástico tibio en contraste con la carne. Lo artificial y la vida. Subí por su brazo, bajé por su pecho de asfalto firme, y seguí un poco más allá. El relieve bajo el astringente camisón de hospital.

Apagamos la luz.

Entró en mí de madrugada, cuando nuestros cuerpos ya se habían volatilizado, y no sé bien qué éramos, tierra de un bosque húmedo, el río que empapa esa tierra desde el subsuelo, una oscuridad sin tiempo. Apenas nos movíamos bajo las sábanas, tan cerca el uno del otro.

Me corrí sin apenas ruido, me sorprendió el orgasmo como si volviera a una casa en la que no recuerdo haber estado más que en sueños, una casa fuera de mi memoria.

Pensé que el antónimo exacto de enfermedad es sexo.

Podría dejar aquí el relato. Estaría bien que las historias terminaran en la cumbre, que no hubiera que acometer el descenso. Aunque eso significara morir congelado, con una mueca que cualquiera podría confundir con sonrisa.

Cuando mamá y Esther irrumpieron en la habitación, yo yacía recostada junto al extraño, enredadas sus piernas entre las mías.

No dijeron nada. Ninguno dijo nada. El comatoso menos que nadie. Me incorporé como un muñeco accionado por una palanca, me arreglé un poco el pelo, me puse a doblar la manta que usamos para la butaca.

Mamá hizo como si no hubiera registrado la imagen en su retina. Lo hizo tan bien que llegó a hacerme dudar, acaso la apertura de su iris se abría o se cerraba no en función de la luz, sino de su tolerancia a la realidad. Claro que la luz es realidad, y la realidad, luz.

Esther tenía los hombros caídos, parecía haber encogido. Había en sus ademanes una derrota, una dulzura que nunca había visto.

La mañana transcurrió suavemente. Esther se fue y comimos los tres en silencio, con el comatoso como convidado de piedra. Mamá había traído *moussaka* para nosotras dos. Quise compartirla con el extraño, pero no me atreví. Intercambiamos miradas cómplices mientras él masticaba su asquerosa menestra de verduras en silencio, absurdos como dos adolescentes de visita por primera vez en casa de los padres.

Mamá apenas habló, dijo algo sobre el incidente del tren de Alcalá de Henares, de la receta de la *moussaka*, si con patatas o con láminas de pasta. Ella prefería la clásica con patatas.

La intuí al borde mismo de un cansancio profundo, a punto de desfallecer. Pero la fortaleza de los débiles es extraordinaria, cuando piensas que van a desmoronarse y no incorporarse nunca, entonces aprietan el paso.

A las ocho, se marchó. Antes dijo:

—No puedo aguantar más tiempo sentada aquí, ni pensar en pasar otra noche en esta butaca, no podría levantarme más. Mañana volveré, a las nueve.

No me dio órdenes, no se mostró constrictiva. Avisó de la hora exacta a la que ella y sus iris harían su aparición en el hospital. Se retiró arrastrando mansamente sus zapatos sin apenas tacón.

Cuando se fue, anoté en mi cuaderno:

La única parte del cuerpo que no tiene irrigación sanguínea es la córnea, recibe oxígeno directamente del aire. Los ojos son pájaros libres que anidan en nuestras cuencas. Por eso nuestra mirada no nos pertenece del todo.

Qué importa Brígida, qué lejos queda ya. Tampoco importa si la sangre acude a su cita puntual. Todas las posibilidades están abiertas, intactas. Todas valen lo mismo.

Nos hemos instalado en un presente capaz de aniquilar cualquier tiempo anterior o por venir. Seguramente porque bebemos *champagne*. Él se ha empeñado en pagar un Laurent-Perrier que tanto le gusta. Y a mí también.

Las noches se han convertido en fiestas privadas.

—Yo creo que es porque lo operaron de apendicitis. La gente sin apéndice es gente sin resumen, que no se puede acotar, que no se puede comprender. Míralo, ¿no resulta indescifrable?

Y mira a padre.

—Y lo peor es que en coma resulta igual de indescifrable que cuando estaba consciente.

—Por esa misma regla de tres, ¿la gente sin vesícula somos gente sin bilis, de buen carácter?

—Sí.

Lo beso.

Cada vez es más joven. Hay gente que en lugar de envejecer, sobrevive. Claro que a partir de la felicidad ya solo se puede envejecer.

—Puedo comprender a mi madre y sus delirios, pelearme con ella, resistirme. Pero a él no lo entiendo. Y el caso es que ya me da igual, no supone un drama. Tantos años odiándolo y ahora me parece ridículo. Hoy todo es lo mismo, el odio y la compasión, el hueso y la carne. En el fondo, no nos diferenciamos tanto los unos de los otros.

—Creo que eso viene a decir la física cuántica. ¿Sabes cuál es una de mis palabras preferidas? Reconocer. No por su sonoridad, claro, es una palabra bastante fea, sino porque se lee igual de izquierda a derecha que de derecha a izquierda. Es como si la palabra se girase sobre sí misma para descubrirse, como si esas letras se reconocieran. Es un milagro de la lengua.

—No me había dado cuenta.

Nos miramos, bastante rato.

Luego he abierto la ventana y el aire nos ha hecho reír.

Lo han bajado a su sesión diaria de radioterapia. Pienso en las máquinas antiguas de matar marcianitos, en el sonido que hacían al achicharrarlos, en su cuerpo como una pantalla negra, extraplana. Quisiera acompañarlo, pero permanezco junto a padre.

—Habría que llamar al cura —dice mamá.

—¿Al cura?

Me pilla desprevenida, quitándole la roña al cepillo de dientes eléctrico, que se me escurre entre los dedos.

—Sí, lo he visto por el hospital, es un chico bastante guapo, parece muy amable y profesional.

—Ah, si es guapo... Pero si el papá jamás ha puesto un pie en una iglesia...

—Pero tenía sus creencias.

—¿Un cura? ¿Y en coma? Claro, en coma tiene que estar para aceptarlo.

—Quiero que se vaya en paz con Dios y con el mundo.

—Y bastante guapo. ¿De verdad vamos a arrodillarnos y decir ten piedad de tu siervo, Señor?

—¿Y qué daño puede hacerle? Aunque solo sea por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

Su vida ha sido una sucesión de porsiacasos. Ha consumido su tiempo en evitar más que en conseguir, en negar más que en afirmar.

Claro que incluso el irreverente Oscar Wilde decidió convertirse al catolicismo al final de sus días. Pero al menos murió bebiendo *champagne* del bueno, carcomido por la enfermedad, completamente arruinado. «Estoy muriendo por encima de mis posibilidades», dijo desde aquel hotel de lujo.

Si viene el cura, él también morirá por encima de sus posibilidades.

En ningún momento mamá se ha referido al extraño, sigue ignorándolo como el primer día, con ostentación.

—¿Tú crees en el amor? —le pregunto a bocajarro.

Hace como que no ha oído la pregunta, la cabeza borneada como si oyera el rumor lejano de una tormenta. Se gira bruscamente.

—Una vez me enamoré.

—¿De él?

No responde. Hay un puchero de niña en su rostro, un puchero de años a punto de romperse.

—¿Y cómo se vive sin poder aferrarse siquiera a la idea del amor?

—Hay cosas más importantes, comer por ejemplo, la estabilidad. Los hijos.

—¿Y puede edificarse todo eso sobre la renuncia?

—Te niegas a ver la realidad. Pero ya madurarás.

Qué sardina tan escurridiza la realidad. A veces es fácil apresarla, tan reconocible en esta camilla que toco, en esta sábana que veo, que puedo oler. Pero cuando miro por la ventana, y veo esa estrella, que tal vez no existe en estos momentos, que puede que sea solo un recuerdo de luz en el cielo, dudo. ¿Y un sentimiento? ¿Cuánto tiene de realidad? ¿Y sus delirios? Tan solo me veo capaz de hablar de grados de realidad, dispuesta a aceptar incluso que todo es ficción y que algunas ficciones se repiten, como leyes de gravedad. Que tal vez a eso se parece la realidad, a una ficción repetida.

De pronto, soy mayor que ella, mucho más vieja que mi madre.

—A veces la realidad no resulta evidente —le digo.

—Eso justamente te estoy diciendo.

Nos miramos como dos cromos casi idénticos pero diferentes. Como en un duelo de wéstern, la una frente a la otra, él tumbado entre nosotras, en el centro, como una afrenta.

Decimos lo mismo y exactamente lo contrario.

Durante tantos años, la realidad se travistió de apocalipsis, de fracaso como único destino posible. Pero no es verdad, mamá, que esa sea la única realidad que me corresponde. No es verdad.

Quisiera explicarle que hoy la pobre se tambalea, borracha, que los posmodernos la ningunean, la inflan a drogas psicodélicas, los políticos y los medios de comunicación le meten mano con torpeza, los *fake* se burlan de ella. Pero ella se mantiene en pie, asomando por nuestros descuidos, esperando paciente a que resolvamos nuestras gilipolleces y le devolvamos su forma original.

Ojalá hubierais escenificado la realidad, y nuestros cuerpos de gusano se hubieran teñido de fluorescente.

—Que venga el cura si te hace ilusión.

No se lo esperaba, y en lugar de satisfacción, parece confundida.

—¿Cómo se llamaba el hermano del papá, el niño aquel que murió?

—Germán.

—¿Germán? ¿Como el papá?

—Sí.

—Pero si ese niño murió con ocho años, cuando el papá tenía cuatro, ¿quieres decir que los llamaron Germán a los dos?

—No, a tu padre lo bautizaron Antonio. Y luego, cuando la muerte del hermano, le añadieron Germán, Antonio Germán. Y finalmente, no sé cómo, acabó siendo Germán.

—Antonio...

—Sí, Antonio.

Y entonces él ha dicho:

—¿Qué?

Más que decir, ha arrastrado un gruñido seco, como si se hubiera quedado adormilado en el sofá viendo la tele y lo zarandearan para ir a la cama.

La segunda vez que voy a buscar al médico, lo encuentro en su despacho. Necesito un número.

Le pregunto por padre. Parece haber olvidado quién soy. Me reconoce, pero me mira con una vaguedad de otro tiempo, no me asocia con mi enfermo. Me fijo en el pendiente en su oreja derecha, un minúsculo brillante.

—Germán Aranda, está en la doscientos treinta y cuatro.

Consulta la historia 11675.

El ser humano tiene 206 huesos, 24 costillas, 32 dientes y 21 órganos, incluida la piel.

Le pregunto si es posible prever cuándo se producirá el desenlace. Desenlace he dicho, ya asumo los eufemismos, me integro en la lógica hospitalaria desde el lenguaje mismo.

Que mi madre arrastra una ciática importante, y no puede pasar largas horas velándolo en el hospital pero quisiera estar presente cuando suceda.

Lo entiende perfectamente. Me habla con dulzura.

Que tal vez podamos detectar alguna señal que indique el fin para poder avisarla.

Solo vengo en busca de un número.

Se calcula que el ser humano contiene unos 30 billones con billones de células, pero alberga aún más bacterias, 39 billones, la mayor parte de ellas en el intestino.

Pero él no puede asegurarlo, no hay un indicador claro, cada cuerpo es único, seguro que lo entiendo.

Tres, cuatro días, él no cree que pase de ahí. Está bastante fuerte a pesar del hígado. En cualquier caso, no cree que llegue a la semana. Pero es solo una estimación.

El cuerpo humano posee 200.000 kilómetros de venas. 200.000 kilómetros. Cinco vueltas al mundo en venas.

Y entonces le pregunto por el extraño.

Le crecen dos líneas verticales, una en cada nacimiento de la ceja.

Rehúsa responder. No puede, dice la bata blanca. Esa información es confidencial, solo le está permitido proporcionarla al interesado y a sus

familiares.

El corazón humano bombea con la presión suficiente como para lanzar un chorro de sangre a una distancia de nueve metros.

Pero no hay familiares, ya lo sabe. Él no tiene a nadie en este hospital.

Que por qué ese interés, quiere saber. Por humanidad, digo. Y pienso en sudor, en un mono y en un rascacielos cuando digo humanidad.

Hay más bacterias en la boca de una sola persona que seres humanos viviendo en el planeta tierra.

Que él debe cumplir la ley, asegura. Que está terminantemente prohibido lo que le pido. Que por qué el interés, repite.

Me cuesta creer que sea verdad que al cuerpo humano lo recorran 200.000 kilómetros de venas. No podemos contener el mundo cinco veces, eso no cabe en ninguna mente humana, y menos en un cuerpo.

Por humanidad, le digo. Por favor, le suplico.

Esa información solo puedo facilitarla a sus familiares, insiste.

La tasa de supervivencia de un paciente con cáncer de vesícula biliar en el primer estadio es del sesenta y uno por ciento.

¿Y qué es un familiar? ¿Un actor que representa un papel? ¿Alguien que por un azar genético adquiere unos derechos que en un alto porcentaje se la traen al paio?

He subido entre veinte y treinta decibelios la voz.

En un día, el cerebro humano emite más impulsos eléctricos que todos los teléfonos del planeta juntos.

Yo me limito a cumplir la ley, asegura.

La tasa de supervivencia si un cáncer de vesícula se ha expandido regionalmente es del veintiséis por ciento.

El paciente tiene toda la información, si desea compartirla, es cosa suya.

Pero él no quiere, se niega a pedir ayuda a nadie, no quiere compasión. Él odia la compasión por encima de todas las cosas. Por favor.

Tiene metástasis, dice.

Un número, solo pido un número.

No más de un diez por ciento de posibilidades de supervivencia. Y puede que esté siendo optimista, dice.

Un pequeño trozo de hueso humano puede soportar hasta nueve toneladas de peso.

No he olvidado un sueño que tuve cuando era pequeña. Padecía una enfermedad terrible que me iba paralizando. Empezaba por los dedos de los pies y amenazaba con inmovilizar poco a poco mi cuerpo, hasta impedirme respirar. Jugaba en el patio del colegio cuando aparecían los primeros síntomas, un ligero cosquilleo en los dedos mientras saltaba a la goma. Yo disimulaba con fe, convencida de que si no hacía caso de los síntomas, no solo desaparecerían sino que ni siquiera habrían llegado a existir. Me resistía a ir a la enfermería, confiando en que la negación de la realidad me salvaría de la sarcoidosis. Por supuesto la sarcoidosis nada tiene que ver con eso, no afecta a la movilidad, tampoco una niña de ocho años tiene noción alguna de medicina aunque posea un catálogo completo y preciso de miedos.

Casi treinta años después fueron precisamente las reglas de la ficción las que me salvaron del cáncer.

Recuerdo que desperté de aquella pesadilla infantil, aliviada y angustiada a partes iguales. Aliviada al comprobar que podía mover mis pies, que mis manos, mis piernas respondían a las órdenes de mi cerebro, angustiada al comprender que mi cabeza había quedado ya incendiada de esa conciencia, que era imborrable la quemadura en la memoria.

—Es demasiado corto este tiempo.

La enfermedad es una hermosa ciudad en ruinas. Posee la paz de un claro en llamas en mitad del bosque. Ya toda la desgracia está echada, no hay nada que temer.

La luz del amanecer y la del atardecer se confunden en la habitación. Me he jurado no perder un segundo en quejarme. Lo incumplo.

—Escríbelo, hazlo más largo —dice él—. Confía en la física cuántica.

Bebemos vino de Chablis, de la zona de Borgoña.

De noche, esquivamos a las enfermeras y bajamos a la calle a fumar, los cuerpos burbujeantes.

Nos asomamos a la noche como quien se asoma al reverso de un truco, a un doble fondo desde el que observamos los secretos del ilusionismo diario.

El aire húmedo y aún cálido nos rodea con su aliento, se ciñe como una licra a nuestros cuerpos. Dicen que es el quinto octubre más caluroso desde

que existen las mediciones.

Él en bata, yo en vaqueros. Dos copas de cristal que han viajado juntas, en el bolso grande, y que rellenamos sin pausa.

Nos miramos en la calle. Nos miran también. Familiares demasiado vestidos, del otro lado del truco, algunos podridos, otros floreciendo discretamente.

Al volver a la habitación, hasta padre parece cómplice. Sonríe desde su hieratismo de estatua milenaria, un poco Leonardo da Vinci de nuevo.

No sabía que pudiera existir esta levedad. Cerramos la puerta, apagamos la luz.

No sé qué somos, pero quisiera que fuéramos algo más de tiempo.

Ya solo quedan palabras paliativas.

Nuestras realidades juegan a mirarse a través de las máscaras, a levantarse las faldas, traviesas. Se ríen al advertir una enagua, un rodal de piel, un indicio de pomo al otro lado. Se divierten.

Su mano. La pierna sin apenas vello. Las gafas. Su oreja, pequeña, redonda.

Ha dicho mi nombre.

—Virginia.

Y he nacido en su boca, como una flor nocturna, como un feto salvado de la basura. Como un sustantivo virgen de connotaciones.

—Virginia.

Ha repetido. Y la nada se ha desintegrado.

El dolor es un gen primario, un bebé que tarde o temprano despierta y llora. No llora, berrea como si el mundo fuera a acabarse en su garganta.

Pide una prueba de vida para el rescate. El rehén sigue vivo dentro, mantenemos la esperanza. Dentro del dolor, no hay espacio para muchas cosas, pero sí un pequeño espacio para nosotros.

Cada día tiene menos palabras, más verdades hechas de mutismo.

Mi marihuana y su morfina hablan el mismo idioma. Los cuerpos nos dejan creer que les importa nuestro juego, que somos nosotros los que llevamos las riendas, los que cabalgamos sobre ellos y no al revés.

Comulgo en su boca, larga y bella. Bebo de su saliva amarga.

Su pene, intacto, parece siempre llegado de la infancia.

Cada vez que cierra los ojos un poco más de tiempo del necesario, me asusto. Cuando los abre de nuevo, regresa embebido de él, reforzadamente él.

El frío va llegando sin darnos cuenta, nos va cubriendo de una nieve fina que ralentiza nuestros movimientos, que nos enmudece.

Él baja los párpados cada vez más tiempo, levanta preguntas cada vez más alto.

Aceptamos cada día en este hospital como una ofrenda de flores y fruta. Pero las flores se marchitan al caer la noche, la fruta se pudre sin más. Pájaros cuyo nombre desconozco vuelan hacia lugares más cálidos.

No queremos larvas, ni gusanos, ni moscas revoloteando, solo un poco más de tiempo.

Ojalá pudiéramos permanecer embalsamados en alcohol y música, en presente.

7 de marzo de 2017

Tengo cita a las 9.45 con la doctora Ferrer. En la sala, las paredes imitan un mar infantil, poblado de animales acuáticos. El pulpo de enfrente me sonríe sin parar.

Hay una mujer joven, de unos veinticinco años, los labios gruesos típicos de su estado, o tal vez de la silicona. Ha llamado tres veces a la enfermera para preguntarle cuándo le toca. Esta, de blanco de la cabeza a los pies, se ha deslizado hasta ella con sus zuecos mudos, de *spa* futurista, y le ha respondido que ya pronto, con una distancia educada, con una falta de empatía absolutamente profesional.

Otra mujer, unos años mayor, sin maquillaje, espera junto a una niña pequeña. La niña se empeña en que la acompañe al rincón de juegos, en que se siente a esa diminuta mesa, en una silla de gnomos. La estira del brazo y trata de arrastrarla, hace pucheros. Pero la mujer, que debe de estar en el último mes, le dice que no, le habla con paciencia, le niega sin desfallecer.

Las dos tienen una barriga similar, dura y pujante, y se sientan con las piernas algo abiertas, las puntas de los zapatos apuntando hacia fuera.

Como yo.

La noche en que papá murió, hacíamos el amor despacio, como todas las noches desde hacía dos semanas, tratando de ahuyentar el dolor, de retener el calor de nuestros cuerpos.

Y entonces lo oí, por encima de nuestros gemidos quedos, suspiró, o más bien expiró. Se suspira cientos de veces a lo largo de la vida, casi siempre de forma involuntaria, por cansancio, por alivio, por nostalgia, pero solo se expira una vez.

Comprendí que ese era el último aire que pasaba por su cuerpo. Que se soltaba del hilo y caía, no sé bien adónde, pero caía.

Yo estaba a punto de llegar, me aferraba a ese mismo hilo con desesperación, con una avidez ciega, con una sed atávica.

Me corrí. Y la muerte y el placer quedaron colgando de la misma hebra, balanceándose.

Sentí el fluido derramarse dentro de mi cuerpo, internándose en mis raíces, hinchándolas con su luz.

Cuando me acerqué a su cama, él tenía los ojos abiertos y miraba al techo. No miraba. Por esos ojos pasaba el mundo entero sin dejar impresión, como un cartel antiguo, desconchado, en la autopista.

Su cuerpo era un cuerpo entregado por fin, vulnerable, sin resistencia. Le cerré los ojos, bajé esos párpados por última vez y me abracé a él.

Me abracé a todo lo que no fue y pudo ser.

Eran cerca de las tres de la madrugada. No llamé a mamá hasta las seis.

Permanecimos durante más de tres horas tumbados, abrazados, con el cadáver de mi padre al lado.

Aparentemente nada había cambiado, el coma y la muerte apenas se diferencian a efectos prácticos, pero había algo en la habitación que impelía al respeto, un gas en el que flotábamos y que, estoy segura, es la materia prima de la que está hecha la realidad.

Su cuerpo hablaba ahora más que en vida.

Siento una patada, la maternidad se manifiesta a golpes desde el inicio. Me acaricio la barriga, lo tranquilizo.

Pasé dos meses y veinte días con el extraño. Dos meses y veinte días que cambiaron el mundo, es decir, mi cuerpo.

He escrito nuestra historia, como él me dijo, para hacer que dure más.

Pero no lo consigo.

Hoy ninguno de los dos está aquí.

Hoy hay dos latidos en mi cuerpo, y todos los síntomas de la realidad manifestándose.

He de contarle a la doctora lo del sarpullido en el pecho y en el cuello, esas pequeñas ronchas que han aparecido y que no sé de dónde vienen. Supongo que será una alergia sin importancia. Las náuseas han remitido algo pero siguen ahí. Me resisto a medicarme por temor a dañar al feto, a esa carne del futuro que crece y que lleva su nombre.

—¿Virginia Aranda? —llama la doctora.

Avanzo hacia la puerta blanca.



Bárbara Blasco nació en Valencia y es la autora de *Suerte* (2013) y *La memoria del alambre* (2018).

Estudió Dirección cinematográfica en el CECC (Centre d'estudis cinematogràfics de Catalunya) y guion en la escuela de cine de San Antonio de los Baños en Cuba, y en la UIMP, en la escuela de guionistas Luis García Berlanga.

Licenciada en periodismo, con premio extraordinario fin de carrera. Ha trabajado en diversos medios locales de Valencia y en el gabinete de prensa de la Bienal.

Ayudante de mago, bailarina de *cabaret*, camarera, teleoperadora, actriz secundaria, periodista... ha desempeñado multitud de oficios, todos ellos absurdamente productivos hasta desembocar en el maravilloso e improductivo mundo de la literatura, laberinto del que no consigue salir.